

FRAY MOCHO



De la temporada de los grandes clásicos
Fot. Giachetti.



...nosotros, los
anciano y su hija.
al padre con la frial-
ada del malvado que sabe
necesario a su víctima, y rara
negábamos al postre sin que se
produjera un altercado; altercado se-
ñorial, hecho de silencios elocuentes
y de pocas palabras sangrientas. Los
argumentos acostumbrados eran una
joya que había que vender, un caba-
llo que se quería comprar, una cuen-
ta que pagar, y el "ritornello" de
ella, la disipación del anciano, las
prodigalidades pasadas, el orgullo, las
locuras...

Nosotros, los niños, callábamos con
mirada fija en el plato de mayólica
antigua, contemplando el arribo de
Ulises o la desolación de Penélope, en-
tre las legumbres y la salsa de tomate.

—¡No pagaré, y nada más!—decía
ella, en francés y en voz muy baja,
agregaba:—¡Viejo loco!

—¿Qué has dicho?, ¿qué has dicho?
—exclamaba el conde, también en
francés, irguiéndose en su asiento
con todos los músculos del rostro con-
traídos por el insulto de la hija.—
¿Qué has dicho?

Ella no respondía; doblaba lenta-
mente la servilleta, se ponía de pie,
tranquila e implacable y desaparecía.

El conde la seguía con la mirada,
clara, miraba fijamente durante algu-
nos segundos la puerta por donde se
había retirado; luego, de pronto, se
volvía hacia nosotros, con cara son-
riente, con voz alegre, palmoteando,
como para disipar bruscamente su
angustia y nuestro silencio.

—¡Ah, chicos, chicos! ¿Dónde vi-
mos hoy? ¿A Superga?, ¿a las carre-
ras?, ¿al Gianduia?

Y mientras nosotros discutíamos el
paseo, él se paseaba de un lado a
otro del comedor, fumando y dete-
niéndose de vez en cuando para be-
ber un sorbo de coñac. Luego, de un
pequeño estante tomaba un volumen
y leía en alta voz, con gesto amplio,
algunas estrofas, canturreaba y se
quedaba mirando el cielorraso, so-
ñando...

Tenía una gran simpatía para con-
migo y casi me prefería al nieto.

LETA"

...escritora napolitana Matilde
da de una humilde mujer del
no todo de realidad cotidiana,
por lo mismo irremediable-
" lo publicará en su próximo
nero.



MOTIVOS DEL IGUAZÚ



taratas del Iguazú. — Caída "Las dos hermanas".



El ómnibus del Iguazú Hotel salvando un pantano.



Caída única desde Puerto Aguirre, sobre el río Paraná, hasta el Iguazú Hotel.

Fots. Bejarano.

FRAY MOCHO

Año XII

Buenos Aires, 4 de septiembre de 1923

Núm. 593

EL ALTAR DEL PASADO, por Guido GOZZANO

He vuelto a pensar en el conde Florencio X., el otro día, frente a su palacio destruido, con una amiga mía, de setenta y cinco años.

Y la señora me reveló un misterio sentimental, un poco ridículo, que dormía en mi recuerdo desde hacía casi veinte años.

Frecuentaba la casa de los conde X., hace diez y ocho años y tenía ocho de edad; la misma edad que Victorino, el nieto del conde; cursaba con él el tercer grado en aquella triste escuela de los Padres Barnabitas, del viejo Turín.

La amistad de los dos niños había nacido por interés recíproco. Victorino era fuerte en matemáticas; yo, en composición; uno escribía los temas literarios; el otro, los problemas. Y en los días de vacaciones nos visitábamos en nuestras casas. Para llegar a la casa de mi amigo había que cruzar la parte vieja de la ciudad, ahora casi toda desaparecida: un laberinto de callejuelas húmedas y oscuras, maldicientes a taberna y a fruta picada, donde el cielo aparecía en lo alto como una cinta sutil y tortuosa, entre los muros decrepitos de los palacios nobiliarios.

Reveo en la memoria el palacio de mi amigo. Un edificio del estilo piemontés del 1600; una serie de grandes ventanas, sobre las dos columnas de la entrada un gran balcón de saliente curvo y en el medio el anagrama, en cursiva y la corona conda, y muchas campanulas, muchas rosas, muchos claveles que se retorcían y caían entre los hierros gastados como frescas cabelleras.

Era el estudio del conde Florencio y aquellas eran las flores cultivadas por sus manos.

El atrio y la escalera eran a columnas de granito, vastos, sombríos, fríos, polvorientos. No había portero. Hacía de portero aquel pobre Mini, el fiel criado del conde, su compañero de juventud, de viajes, de aventuras, el cual era también cocinero, mucamo, escudero, mayordomo y constitución, con una criada decrepita como él y un jovenzuelo adventicio, toda la servidumbre de la casa.

Triste casa donde, desde el umbral, se presentía el abandono, la decadencia, el orgullo pertinaz, la estrechez financiera mal disimulada.

¡Cuántos jueves, cuántos domingos transcurridos en aquellas salas oscuras, entre aquellas cosas apolilladas, marchitas, extinguidas!

A la última palabra del deber escolar, que hacíamos por la mañana, bajo la égida del conde Florencio, saltábamos de la silla con un grito de alivio y echábamos a correr por el largo corredor oscuro, y nos precipitábamos en la cocina, para desolación del pobre Mini y de la pobre Ghita, atareados en preparar el almuerzo.

Y durante todo el día tratábamos de interpretar al revés los retóricos

consejos del Libro de la Buena Lectura.

Eran nuestras diversiones favoritas, entre las confesables, fastidiar a la servidumbre, despiumar las aves de corral, traspasar con el florete las antiguas telas con retratos de antepasados, atormentar a la tía Ernesta, la maniática del segundo piso, subir a los tejados, y desde allí, aferrándonos a ciertas ventanitas ovales, arrojar cartuchos llenos de agua, o de algo peor, sobre las cabezas de los transeúntes.

capitán, vacío y arrogante. Y sobre todo, la hermosa figura, la única simpática del conde Florencio, un hombre de físico todavía ágil y esbelto, de abundante cabellera de plata y de perfil perfecto de viejo Lord Byron en decadencia...

Comprendo hoy que era un espíritu culto, infinitamente superior a sus hijos, a aquellos dos mediocres campeones de la iglesia y del ejército, a aquella solterona idiota y a aquella viuda agria e irascible. Debí haber sido, cuando joven, sentimental y ro-

de índice adornado con un gran camafeo, la hermosa cabeza blanca resplandeciente a un rayo de sol oblicuo, la boca voluntariosa, el ojo azul, juvenil bajo el vasto arco ciliar.

Y no era el caso de pensar en una vida austera, en la virtud recompensada... Debía haber llevado una existencia alegre, haber viajado mucho, amado mucho, disipado mucho, según los dictados de la poesía de su tiempo. Y su juventud debió haber sido aventurera, magnífica, inverosímil, como una novela de Chateaubriand.

Entonces vivía casi por entero a cargo de su hija, y el crepúsculo del pobre viejo no era sereno.

Se comprendía esto cuando no estaban presentes el tío cura y el tío capitán y en la mesa nos sentábamos, de un lado, la idiota y nosotros, los niños, y del otro, el anciano y su hija.

Esta azuzaba al padre con la frialdad despiadada del malvado que sabe que es necesario a su víctima, y raras veces llegábamos al postre sin que se produjera un altercado; altercado señorial, hecho de silencios elocuentes y de pocas palabras sangrientas. Dos argumentos acostumbrados eran una joya que había que vender, un caballo que se quería comprar, una cuenta que pagar, y el "ritornello" de ella, la disipación del anciano, las prodigalidades pasadas, el orgullo, las locuras...

Nosotros, los niños, callábamos con mirada fija en el plato de mayólica antigua, contemplando el arribo de Ulises o la desolación de Penélope, entre las legumbres y la salsa de tomate.

—¡No pagaré, y nada más!—decía ella, en francés y en voz muy baja, agregaba:—¡Viejo loco!

—¿Qué has dicho?, ¿qué has dicho?—exclamaba el conde, también en francés, irguiéndose en su asiento con todos los músculos del rostro contraídos por el insulto de la hija.—¿Qué has dicho?

Ella no respondía; doblaba lentamente la servilleta, se ponía de pie, tranquila e implacable y desaparecía.

El conde la seguía con la mirada, clara, miraba fijamente durante algunos segundos la puerta por donde se había retirado; luego, de pronto, se volvía hacia nosotros, con cara sonriente, con voz alegre, palmoteando, como para disipar bruscamente su angustia y nuestro silencio.

—¡Ah, chicos, chicos! ¿Dónde vamos hoy? ¿A Superga?, ¿a las carreras?, ¿al Gianduita?

Y mientras nosotros discurríamos el paseo, él se paseaba de un lado a otro del comedor, fumando y deteniéndose de vez en cuando para beber un sorbo de coñac. Luego, de un pequeño estante tomaba un volumen y leía en alta voz, con gesto amplio, algunas estrofas, canturreaba y se quedaba mirando el cielorraso, soñando...

Tenía una gran simpatía para conmigo y casi me prefería al nieto.



—Ese busto, Jesús, es el retrato de mi padre.
—Pues nadie diría, señora, que es usted hija de un negro.

A mediodía, en punto, sonaba la campana para el almuerzo. Entonces dejábamos todo, nos lavábamos, y preparábamos, para presentarnos a la mesa, una máscara de dulce hipocresía.

Si cierro los ojos, veo el vasto salón de comedor, y en una media sombra, a la Rembrandt, las personas sentadas a la mesa. La marquesa Amalia, viuda y madre de mi amigo, la tía Ernesta, muda y espectral, el tío sacerdote jesuita, insulso, el tío

mántico, el tipo del intelectual de su tiempo, nutrido de Byron y de Lamartine, de Alfieri y de Alcega. Recuerdo ciertas discusiones con sus hijos y conservo en la memoria frases suyas enteras.

...y por último: Alfieri debe ser exaltado aunque sólo fuere por una sola cosa: por haber encontrado metafísica a Italia y haberla dejado alfierrana...

Y vuelvo a ver su mano alzada, mano pálida y perfecta de patrio,

"NICOLETA"

"Nicoleta", de la conocida escritora napolitana Matilde Serao, es el relato de la vida de una humilde mujer del pueblo; relato sencillo, hecho todo de realidad cotidiana, de vulgar miseria y acaso por lo mismo irremediablemente triste. "Fray Mocho" lo publicará en su próximo número.



Acaso su vejez de soñador presentaba en mi infancia extraña, inquieta, curiosa, los gérmenes de la futura literatura...

Durante los largos paseos por la ciudad o por las afueras, lo asaltaban preguntas, atormentándole las manos si tardaba en responder, y recuerdo todavía hoy, con admiración, la profundidad de algunas de sus explicaciones, la claridad poética con que nos daba fácil idea del mecanismo del pararrayos, del teléfono, de la metamorfosis del renacuajo, de la anatomía de la flor.

Pero el "sancta sanctorum" de nuestra curiosidad eran sus habitaciones.

—¡El departamento de abuelito!— decía mi amigo, llevándose el índice a los labios, con gesto de misterio.

Para llegar a esas habitaciones era preciso recorrer toda la casa; una gran puerta doble daba al estudio, que era la sala del balcón florido. El ambiente severo y elegante revelaba al soñador y al hombre de gustos refinados, al estudioso y al mundano. Por un lado una vasta biblioteca llegaba hasta el techo, y en los estantes, entre los libros veíase una serie de bustos de mármol, que despertaban mi asombro.

—Señor conde: ¿esa es tía Ernesta?

—¡No, hijo!—respondía, riendo.—Es Dante Alighieri, el padre de los poetas.

—¡Ah! Entonces ¿ese señor que está ahí es usted, señor conde?

—¡No! Es Lord Byron, mi querido poeta inglés.

Entonces tomaba de un estante un gran volumen de la "Divina Comedia" ilustrada, o "Don Juan" o "El Corsario" y lo hojeaba para enseñarnos las bellas estampas, protegidas por una hoja de papel transparente. Eran aquellas, para mí, horas de un sueño de felicidad.

Pero mi amigo se cansaba pronto y obligaba al abuelo a cosas más ajenas. Entonces el anciano hacía funcionar un "armonium" en el cual ciertas fuentes parecían lanzar un chorro de vidrio espiral y donde pastores y pastorcillas empezaban a danzar a compás de un aire musical gracioso y tenue. O pasábamos a la sala contigua, donde se conservaban las curiosidades que el conde había traído de sus viajes por Oriente, o atrevíamos nuestra curiosidad hasta su dormitorio, tapizado en estilo imperio, a fajas amarillas y azules.

Y llegábamos ante la puerta cerrada de la habitación misteriosa donde nadie había penetrado.

¡La habitación cerrada!

Mi amigo me hablaba a menudo de ella, al leer la fábula de Barba Azul.

—Abuelito tiene también un cuarto donde nadie entra jamás... Ni el mismo Miní, (que era decir todo) ni los tíos, ni mamá... Está prohibido.

—Pero, ¿qué hay allí adentro?

—No sé... no sé...—murmuraba mi amigo, encogido de hombros con misterioso terror.

—Mi fantasía se encendía.

En la cocina, fastidiaba durante horas a la servidumbre.

—Miní, ¿qué hay allí adentro?

—Los prisioneros del 48.—Y sonreía.

—No es cierto.

—Salvajes de Malabar.—Y sonreía.

—¡No es cierto! Miní: tú lo sabes y no quieres decirlo.

Lo sabía y no quería decirlo. Se dejaba fircnear, pegar, pero callaba y sonreía.

La cocinera intervenía.

—¡A ver, niños! Pórtense bien y yo se lo diré, en secreto.

Dejábamos a la víctima, engañados algunos segundos por la promesa.

—El señor conde tiene allí una fiesta, que trajo de la India hace muchos años... Sólo Miní puede verla y la ve dos veces por semana.

Nosotros escuchábamos, poco persuadidos.

Y yo, entre tanto, pensaba en muy diversas cosas.

Jamás he sido muy inocente.

Un día, después que Miní y Ghita se habían esforzado por describirnos la fiera prisionera, el pelo, los cuernos, las zarpas, la cola, interrumpí esas curiosidades zoológicas, diciendo:

—¡Victorino! ¡Ya sé lo que hay allí! ¡está la amante de tu abuelo!

Los dos viejos callaron, se miraron y dejáronse caer en las sillas, desolados.

Pero no era la amante, no era una mujer el secreto de la habitación impenetrable.

Cuando lograba acercarme a esa puerta, una gran puerta del mil seiscientos, con taraceados de nogal y florones de bronce, palpaba la madera y el metal y escuchaba, trémulo, los rumores que suponía del otro lado.

Nada. Jamás nada.

No era un misterio de vida, no era un misterio de muerte y de pasado el que allí se custodiaba; no mujeres, sino espíritus eran los prisioneros de la pesada puerta.

—Mi fantasía se extraviaba, mi curiosidad se exasperaba.

Y yo atormentaba pertinazmente a mi amigo, acostumbrado a aquel misterio, resignado a aquella prohibición; lo obligaba a dejar los juegos, a pasar horas y horas en las habitaciones del abuelo, para poder contemplar, en el fondo, la gran puerta misteriosa.

Llamábamos a la puerta del estudio del abuelo y él aparecía sonriendo.

Pero a veces no respondía. Entonces empujábamos cautelosamente la puerta: el estudio estaba a oscuras y ausente el anciano. Retrocedíamos y huíamos asustados.

Pero una noche tomé a Victorino de la mano, y lo llevé hacia aquella fosca tiniebla.

—Debe estar en el cuarto de la fiesta. Vayamos a verla; vayamos a espiar.

—¡No! ¡No! Tengo miedo.

Yo lo arrastré a través de las habitaciones oscuras; avanzamos a tientas en el estudio, en la sala oriental, hasta el dormitorio.

El conde estaba en la sala misteriosa.

Un rayo de luz filtraba por debajo de la puerta cerrada y se propagaba sobre el mosaico reluciente.

De rodillas, sin respirar, con la mirada entre la puerta y el umbral tratabamos en vano de percibir algo. Sólo llegaba como un humo perfumado, un aroma de incienso.

La sangre me latía violentamente en las sienes. En el silencio oía el latido de mi corazón, isócrono con el tic-tac del gran reloj de péndulo. Luego una voz, la voz del conde, indistinta, alterada, como cuando decía versos, pero más ardiente, afanosa, ya de súplica, ya de exigencia y como dirigida a varias personas y a la espera de una respuesta... y luego, largos intervalos de silencio sepulcral. No comprendía las palabras.

—...horrible... nunca... cabellera... esposa... Katty... Hortensia... recuerdo... perdonar...

Un largo silencio. Luego un suspiro lento y desgarrador, el suspiro del remordimiento desesperado. Luego un soplo, otro soplo, el rayo de luz se debilitaba: el conde apagaba las luces, iba a salir...

Nos pusimos de pie de un salto, y huimos silenciosos como ratas. Sólo al llegar a la cocina respiramos.

Pero una hora después yo quise que volviéramos para llamar a la puerta del estudio. El anciano nos recibió benévolutamente; como de costumbre; nos mostró las estampas, los libros de ciencia y de viajes. Y como, en el fondo, a través de las habitaciones, veía la gran puerta cerrada, no pude contenerme, me armé de audacia y pregunté en voz baja:

—¿Es cierto, señor conde, que hay allí un animal terrible?

Me miró, me pasó una mano por la cabeza, sonriendo, y repuso:

—¡Miní te ha dicho eso? Es cierto. Un ser realmente terrible...—luego calló, y un momento después me pareció que susurraba, como para sí mismo:—El remordimiento, hijo mío.

Los años me apartaron de mi amigo. Supe un día que vivía en París, con la madre, casada en segundas nupcias.

Poco después leí la noticia del fallecimiento del conde Florencio.

Mi infancia se alejó en el tiempo. Pasó durante cerca de veinte años la cosa hecha de días que se llama vida. Olvidé.

Pero he vuelto a pensar el conde Florencio delante de su casa destruida y en compañía de mi amiga de setenta y cinco años; es una de esas damas cuya compañía me atrae, porque llevan consigo una infinita lejanía de figuras, de épocas, de comarcas y su conversación tiene para mí el encanto misterioso de una fábula.

Se acercaba el mediodía. Entramos en una confitería.

—Gracias, amigo. Haga servir un aperitivo para mí y dele una masa a Khy-San.

Sentados en sitio un poco alejado del resto de la concurrencia, junto a una gran vidriera que daba a la calle tumultuosa, yo tenía sobre las rodillas la perrita japonesa de mi amiga, una maravilla de gracia y de fealdad.

Yo miraba afuera, y veía, más allá de las casas nuevas, una gran parte de los barrios demolidos, y en la desolada tristeza de los escombros, de las vigas, de las empalizadas, reconocí de pronto la casa de mi amigo de la infancia ya medio destruida y distinguí las columnas de la entrada y el gran balcón central.

—Señora: ¿conoció usted a los condes X...?

Ella hizo un gesto con ambas manos y sonrió:

—¡Mucho! La condesa fue una de mis mejores amigas... ¡Adorable criatura! Era Dama de María Cristina. Murió muy joven, de mal sutil. La reina la lloró como a una hermana...

—¿Y el conde Florencio?

La señora cesó de sonreír.

Tomó de mis rodillas a Khy-San, la acomodó en sus falda y murmuró, con voz cambiada:

—El hombre de las quinientas amantes.

—¡Quinientas!

—¡Si no tantas, muchas ciertamente. Yo misma conocí a muchas.

Y pronunció algunos nombres, evocando; a cada nombre se asomaba a mi fantasía una larva de mujer convertida en polvo desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo lo conoció usted?

—Hace diez y ocho años, señora. Era compañero del nieto...

—Hubiera sido preciso verle en los días de su juventud... Tenía esa frescura hecha de líneas perfectas, de fuerza, de nobleza, de altivez, de inteligencia... Las mujeres perdían el juicio... Pero era hombre de sentimiento fino. Leo los libros de ustedes y los compadezco. Acaso soy ya vieja y no sé comprender, pero lo que hoy llaman ustedes amor, me parece una charla mundana, un cambio de egoísmo y de vanidad...

—¿Señora!

—Así es... así es...

—Yo era un niño, pero recuerdo que por entonces la vida del conde era triste. Su hija...

—¡Un áspid! Desde hacía años yo no visitaba la casa a causa de ella... ¡Pobre conde!... Tenía noticias de él por el fiel Miní, a quien encontraba algunas veces... Otra figura simpática.

Y ella exhaló un suspiro lento que me recordó otro suspiro desgarrador, oído quien sabe cuándo, quien sabe dónde, y dormido en mi memoria des-

NO HAY QUE HACER EXCESOS

No es sólo la mala calidad de los alimentos lo que provoca las enfermedades del estómago, es también la cantidad, es decir el abuso que da origen a las malas digestiones y al ardor, dolor, acidez, pesadez, etc.

Cuando se sienten estas molestias, es muy fácil corregirlas de inmediato, acudiendo a una cucharadita de bicarbonato cálcico disuelta en media copa de agua, lo cual suprime rápidamente cualquier molestia del tubo digestivo.

Bicarbonato cálcico se halla en todas las farmacias.

de hacía años... Un recuerdo cruzó por mi mente, de improviso.

—Señora: ¿recuerda usted haber oído hablar de ciertas rarezas del conde, de cierta habitación misteriosa?

—¡También sabe eso!... Era pábulo de todos... El cuarto cerrado...

—¿Qué había allí?

—Si se lo cuento, se reirá... Y haría mal porque debería serle ejemplo de la delicadeza de aquel espíritu.

Viejo, decaído, agotado, conservaba intacta la poesía de su primavera; tenía un refugio donde rejuvenecía su corazón decrepito. En esa habitación había reunido todas las reliquias de las mujeres amadas. La sala de los recuerdos...

Se cuentan cosas extrañas. Ocupaban las paredes grandes armarios. En el medio había un reclinatorio, con muchas luces, con muchas flores. El conde se encerraba allí en sus horas melancólicas, encendía los candelabros y quemaba incienso, para que el ambiente fuera sagrado como el de un templo.

Y visitaba los armarios; extraña, palpaba, besaba, uno por uno los recuerdos: el vestido nupcial de la esposa muerta, los brazaletes y el velo de la Persa; la admirable cabellera de oro que Katty N... se cortó y le envió poco antes de apuñalarse en un hotel de Viena; el rosario de una armelita; el manguito de una dama de la emperatriz Eugenia; las babuchas recamadas de pedrería de una cortisana famosa que dejó por él la protección del rey, vestidos, guantes, cintas, cinturones, flores artificiales, flores secas, los objetos más extraños y diversos que una mujer puede dejar en su camino; y retratos, muchos retratos; y cartas, muchas cartas; cada cosa en orden, en su sitio, con un papel en el que se leía un nombre y una fecha...

—Un coleccionista maniático...

—Quizás... ¡pero un gran poeta! Realizada esa visita se arrodillaba al pie del altar luminoso y florido, delante de todos los armarios abiertos y con el rostro entre las manos llamaba por sus nombres a todas las mujeres de su juventud... Había compuesto para llamar a cada una, una estrofa, y todas se encontraban allí, entre esas luces, esas flores, ese incienso, no ya rivales, no ya celosas, hechas hermanas por no existir ya... o por ser viejas, que es la misma cosa.

Khy-San ladraba impaciente.

Yo miraba, a través del cristal, las vigas del palacio lejano, las columnas de la entrada, el balcón ya sin flores. Pensaba en el anciano arrodillado como un oficiante... El demonio de la ironía me obligaba a sonreír.

La señora me miró desolada.

—¡No se ría! ¡no se ría!

Acercó a Khy-San, la calmó con una masa de crema y tuvo en la voz y en la mirada una expresión de pena que fué para mí una revelación inequívoca:

—Ustedes, los jóvenes, no pueden comprenderlo. Pero era dulce amar, era dulce ser amada así...

Cuando estemos juntos

¡Qué de añoranzas no tendrá mi mente
de dicha rebriciante,
cuando al vagar en torno del pasado
feliz recuerde nuestro amor primero,
quizás el más sincero,
al despertar tu corazón amado!

Cuánta alegría mostrarán mis ojos
al ver tus labios rojos,
que prodigando caridad piadosa
busean los míos con cariño puro
sabiendo por seguro
que vierten en mi boca miel y rosa.

Y pensaré también de gozo lleno
que nada hay tan sereno
en las uniones de la vida humana,
qual es el ritmo de la paz bendita
sintiéndose infinita,
donde no llega la pasión mundana.

El mundo cruel en su agitada vida,
de vicio pervertida,
no romperá los lazos y el anhelo
que con ardor profundo nuestro pecho,
forjó como un derecho
teniendo por testigo un mismo cielo.

Ricardo A. Aramburu

EL ÚNICO HEREDERO

por Juan BOUVIER

Cuando yo ejercía como notario en la pequeña ciudad de Pont-sur-Soule tuve los asuntos de una señorita vieja y extraordinariamente original.

Se llamaba Sofia Mignon; pero todo el mundo la llamaba "Carabosse", porque era fea hasta el punto de asustar a los chiquillos. Además padecía accesos de enagenación, lo que daba lugar a que no pudiera tener criados y que la mayor parte del tiempo vivía en una vieja casa, sin que un alma le hiciera compañía.

Un buen día se la encontró colgada de la viga maestra de su granero.

Y aquí comienza mi historia.

Antes de suicidarse, "Carabosse" había tenido la idea de escribir a unas cincuenta personas para invitarlas al acto de su inhumación.

La lista de elegidos respondía al estado de su espíritu. Supe que se emparejaban la encargada del quiosco de necesidad de la estación del ferrocarril con el presidente de la Audiencia, y el ciego del puente sobre el Soule con el subprefecto. Figuraban también un boticario, un periodista, una modista, algunos abogados, cinco o seis pescadores, etc., etc.

Yo había recibido también una carta que me obligaba a asistir al entierro de mi cliente hasta que fuese depositada en la tumba. Pronto sabréis por qué.

El entierro había sido fijado para las diez de la mañana, y aquel día hacía un tiempo espantoso. Caía esa lluvia de otoño, fría, cerrada, que azota a las personas y las cosas y que a los más audaces obliga a quedarse en casa.

Cuando llegué a la casa mortuoria había una docena de invitados, calados hasta los huesos.

Como, por tratarse de un suicidio, no había ceremonia religiosa, el cortejo debía ir directamente al cementerio y por el camino más corto. Se puso, pues, en marcha al paso de los caballos que arrastraban el furgón.

La violencia de la lluvia aumentaba hasta ser insostenible. Las escasas personas que acompañaban los restos de "Carabosse" fueron desfilando y desapareciendo una tras otra. Tres, más decididos, continuaron haciéndome compañía, entre ellos un gendarme. A cincuenta pasos de las puertas del cementerio, ante una posada que tenía por nombre "El Hotel de los Aflicidos", dos no pudieron resistir la tentación de quedarse a beber, y ya sólo me acompañó el gendarme. ¿Por qué se obstinaba éste en continuar? Yo no pude por menos que admirarlo.

Ya sabéis que "Carabosse" me había escrito una carta, que me obligaba a asistir al entierro; pero no os he dicho que esta carta contenía otra, en cuyo sobre se leía: "Aquí está mi testamento, al que usted debe

dar lectura sobre mi tumba, en presencia de todos los que asistan a mi enterramiento".

Entonces yo, llegado el momento oportuno, rompí el sobre y leí en alta voz:

"Yo, Sofia Julia Mignon, instituyo como mis herederos, excepción de lo empleado en pompas fúnebres, a todas las personas que asistan a la lectura de mi testamento, que será dada por mi notario. Legra verend, al borde de mi tumba, "Deseo buena suerte a mis herederos, y les digo adiós hasta la eternidad. Amén."

Terminada la lectura, me dirigí al gendarme, único allí presente:

—Amigo mío, ¿ha comprendido usted?

Juntos los talones, hizo un saludo militar y contestó:

—Perfectamente.

—Sois, pues, el único heredero de una fortuna de medio millón de francos. Os felicito.

—A vuestras órdenes—respondió el gendarme, y adelantó un paso y me preguntó:—¿Está terminada la ceremonia?

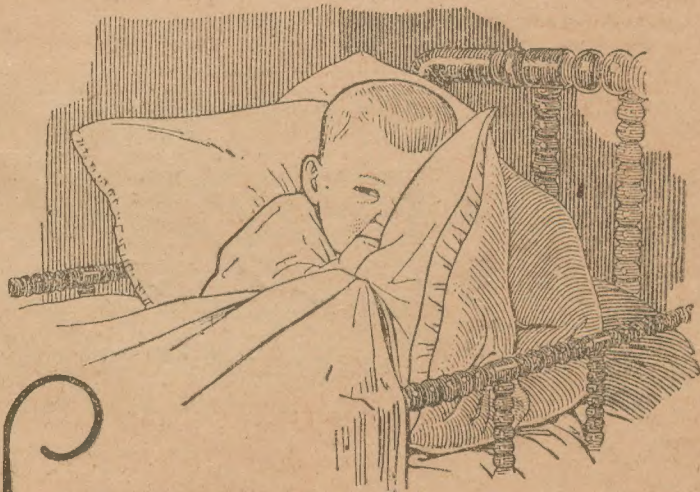
Y como yo asentiera, agregó:

—Pues bien; yo declaro que si no me hubieran ordenado que asistiese al entierro, por ser civil y para evitar toda manifestación intempestiva, dada la fama de la señorita, no hubiera osado yo venir aquí, con este tiempo a propósito para las ranas.

Y concluyó, sacudiéndose como un perro que sale del río:

—¿A veces tiene algo bueno el servicio!

El director de correos de los Estados Unidos calculaba últimamente en 70 millones de dólares la pérdida anual que ocasiona al estado la ignorancia del público en su relación con los servicios de correos, es decir, por los inconvenientes de las malas direcciones de las piezas postales, que obligan a un triple trabajo, y por la falta de conocimiento del funcionamiento de los mismos servicios, inconvenientes todos, agrega, fácilmente evitables si el público fuera más ilustrado.



Les berceaux sont des nids joyeux...!

Las melodías que ensalzan la hermosura de nuestros hijos y la dicha inmensa de poseerlos, no pueden sino hablarnos de los bebés sanos, los que no conocen la tristeza de los días grises, pues nosotras las madres sabemos que si nuestro hijito sufriera, no habría risas ni diabluras. Por esto, para que nuestros hijitos sean felices y bulliciosos y para que llenen la casa con sus cantos de pájaros alegres, debemos fortificar en nosotras mismas la "esencia de su vida", la leche de la madre, de la que dependen la felicidad de nuestros hijos y de nuestros hogares. La Malta Palermo, tomada en la mesa o entre el día, enriquece en valor nutritivo y en cantidad la leche materna.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S.A. — Buenos Aires



Malta
PALERMO

Crónicas
españolas

EL MADRID VERBENERO, por Antonio GUARDIOLA

Lo primero que sorprende al que llega a Madrid desde Barcelona, es ver que las gentes sonríen y aun ríen por las calles. A lo largo del boulevard del Prado, por las calles, por las plazas, las gentes ríen. Esto nos sorprende a nosotros que hemos perdido en Barcelona la costumbre de reír y aun de sonreír. Porque Barcelona, urbe colosal, ciudad infinitamente más llena de vida y de actividad que Madrid, y donde la lucha por la vida ha adquirido en estos últimos tiempos caracteres téticos, se ha tornado, a pesar de su cielo azul y de sus montañas incomparables, y de su suave Mediterráneo, en una ciudad triste y desconfiada, reverso en todo de Madrid, que sigue siendo la "alegre y confiada" que cantara el poeta...

¿Qué duda cabe que Madrid ha progresado, y mucho, en estos últimos años? Pero es, como decía Blasco Ibañez, un progreso material, exterior, de ladrillos puestos unos encima de otros. En el fondo, en lo moral, Madrid, resumen y compendio del alma española, sigue teniendo la misma alma que hace veinticinco años. Por las aceras, aunque algo mejor vestidas y rara vez con el bellissimo mantón de flecos, siguen desfilando las modistillas con abnias de majas, sonriendo siempre a los pipos, que caen sobre ellas como una lluvia de flores... obstruyendo el paso, están los mismos grupos de estudiantes y conachuelistas que ya formamos nosotros hace diez o doce años; las terrazas de los cafés y de los "bares" siguen siendo, a pesar de los tés-danzantes, mentideros de los que añora Diego San José, "destos mentideros de las gradas que diz que son la gracia andando, digan lo que dijeren gentes que no trataron a las mozas del partido, ni a los soldados y estudiantes..." Y los "sitios clásicos" de Madrid no han perdido ni un ápice de su viejo y mohoso y dulcísimo perfume de leyenda y tradición: aquí está la plaza de Santa Ana, con sus cervecerías entre jardines, "rendez-vous" de cadetes y estudiantes, junto al teatro español, que nos evoca las noches blancas de nuestra niñez, la Navidad madrileña... las horas incomparables que pasamos "en el palco", escuchando abortos al "alcaldado de Zalamea"...; aquí está la calle de Sevilla, con sus aceras infestadas de cómicos y toreros...; la terraza del "Lion d'Or", con sus alegres tertulias, el Colonial, la Montaña...; la calle de Alcalá, con su eterna alegría ruidosa, una alegría "taurina", casi agresiva, que nunca se interrumpe... Y son los mismos atardeceres bulliciosos y animados; el mismo ir y venir de la multitud que erra al azar, sin prisas, tranquila, riendo siempre, "despidiendo chistes", haciendo de la vida y de las horas una fiesta perpetua... por obra y gracia de este carácter verbenero del Madrid siempre verbenero...

Todo está igual: el alma, las cosas... En nuestra tertulia del "Lion d'Or" hemos vuelto a encontrar a los mismos amigos queridos, y hemos hablado de las mismas cosas: de nada. ¡Y hemos hablado durante un mes, seis o siete horas cada día, como cotarras, todos juntos, incansablemente! Este es el encanto: es el encanto de la mosen que se agita sin cesar sobre el mármol de la mesa, contenta de vivir solamente!... ¿Dónde está la lucha?... ¡Bah!... Aquí, Fernando, Luis, Miguel, Augusto, los Pepes, médicos, abogados, artistas, sólo saben hablar de trivialidades. Y ese es el encanto: se sueña, se olvida... De

vez en vez, un amigo abandona la "peña" para ir a los toros... Y nos envuelve el mismo ambiente de leyenda y de poesía de nuestra primera juventud, cuando recitábamos versos en el café de Zaragoza, y, luego, paseábamos, ya a altas horas de la noche, por el Madrid viejo, a la luz de la luna, envueltos en nuestras capas románticas, "esperando la gloria...": las calles misteriosas del Codo, del Conde, de la Paja...; después Toledo, Segovia, Pretil de los Consejos...

Todo está igual: el alma las cosas... hemos ido a la verbena, ya tarde, en "pandilla" y hemos visto las mismas rifas, los mismo "tíos vivos", los mismos puestos de churros y de albahaca... el mismo ruido, la misma alegría... Otra tarde ha sido el encanto del "Retiro" o el aún más "chic" del Parque del Oeste, donde hemos

Evoco nuestro viejo poema, que nunca se me olvida de tus trenzas el perfume galán...; tu voz—que es el recuerdo más dulce [de mi vida] y tantas bellas cosas que nunca volverán...

Y yo, luego, con Fernando, con Pepe, con "ellos", camaradas "de Madrid", volviendo hacia la Puerta del Sol a las últimas luces del crepúsculo, por entre plazas y jardines llenos de la alegría y de las risas de los niños, he sentido caer una lágrima de mis ojos: yo hacía mucho tiempo que no lloraba; pero en Madrid, el alma, las cosas, que siguen siendo iguales, aún tienen el misterioso y divino encanto de hacer que se lllore al decir un soneto...

Todo está igual: el alma, las cosas...

REMITA \$ 1.-M/N. y le mandaremos un libro ilustrado que enseña cómo ganar hasta varios miles de pesos extra al año por medio de una industria fácil y agradable que en su propia casa puede atender cualquier persona.

OFERTA LIMITADA.

ESCRIBA EN SEGUIDA.

CASA P. A. REINHOLD-Belgrano 499 - Bs. Aires

evocado el alma de tantos veranos... iguales que este, geométricamente iguales que este...

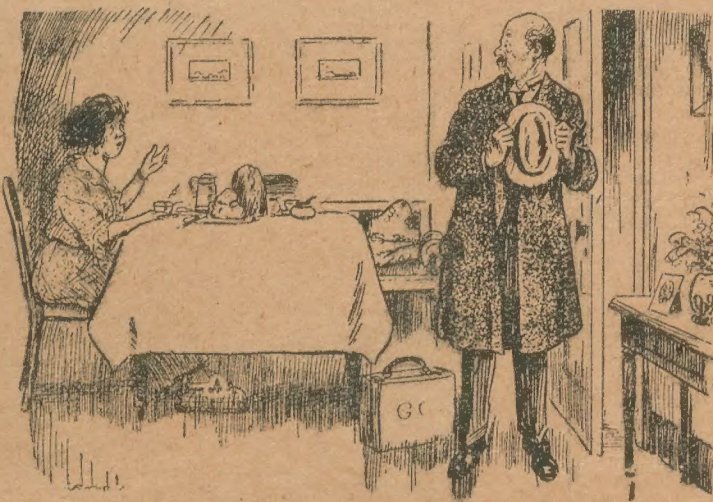
Y para que Madrid siga siendo siempre igual en nuestro corazón, una tarde, en la redacción de un periódico, hemos vuelto a encontrar a Carre y hemos evocado con él la vieja "peña" del café de San Bernardo, donde venía mi pobre hermano Juan, Seijas, Corbalán, Varela... y donde "Emilio", el "Divino", en voz cansada y medio muerta, nos recitaba sus sonetos incomparables:

En el ambiente frívolo de este café [galante, lloran las melancólicas arpas napolitanas... tú surges en mi alma toda blanca y [fragante con el suave perfume de las cosas le- [janas...

Lo que recorren los dedos en la escritura a máquina

¿Hay algún mecanógrafo o mecanógrafa que haya calculado alguna vez la distancia que recorren sus dedos en doce meses? Los dedos de los mecanógrafos son los más sorprendentes viajeros de la creación. Pueden recorrer enormes distancias sin sentir la fatiga que experimentarían los pies y las piernas si anduvieran lo mismo. Se ha calculado que la mano de un escribiente de velocidad ordinaria, recorre en un año 16.000 kilómetros mientras que los dedos de un mecanógrafo hacen un recorrido diez veces

COsas DE LA PATRONA



—Si vas al centro, tráeme una trampa para cazar ratones.
—Te traje una hace tres días!
—Si, pero ¡tiene ya un ratón!

La cura de Primavera

Uno de los métodos curativos recomendados en Europa y especialmente en Alemania desde la antigüedad, es lo que se llama la cura de Primavera, la cual se practica en todos los hogares: niños, jóvenes y ancianos, sanos o enfermos, pobres o ricos, todos hacen su cura de Primavera. Nadie deja de recordar su dosis de azúfre terminado que debe tomarse de mañana en ayunas, desde que se inicia la Primavera, para así purificar y librar el organismo de todo contagio o enfermedad.

mayor, o sea 160.000 kilómetros al año.

La cuestión de la distancia recorrida por los dedos de los mecanógrafos ha despertado no poco interés entre los hombres de ciencia, los cuales han hecho también investigaciones acerca de la distancia recorrida por los dedos de un pianista, trabajando continuamente y con gran velocidad. Para calcular el trabajo del cerebro y de los músculos al tocar el piano, Sir James Paget rogó a la famosa pianista Mlle. Janotha que tocara una de las piezas más rápidas que conocía, un "presto" de Mendelssohn. Tomada nota del tiempo empleado y del número de notas emitidas, resultó que la pianista había tocado 5.995 notas en cuatro minutos y tres segundos, es decir, más de 24 notas por segundo. Cada nota requería, por lo menos, dos movimientos voluntarios del dedo, doblarlo y levantarlo y, además otros movimientos de las muñecas, los codos, los hombros y los pies.

"Ciertamente—escribía nada menos que setenta y dos distintas variaciones en las corrientes de fuerza nerviosa transmitidas del cerebro al músculo, cada segundo, y cada una de estas variaciones estaba determinada por un esfuerzo distinto de la voluntad. Además, cada uno de estos movimientos iba asociado con la conciencia de cada posición, de cada dedo antes de moverlo y después de moverlo.

"Había, por lo menos, cuatro sensaciones conscientes para cada una de las veinticuatro notas emitidas cada segundo, o, lo que es igual, se operaba noventa y seis transmisiones de fuerza de las manos a las fibras nerviosas del cerebro, cada segundo."

Mlle. Janotha aseguró a Sir James que aun cuando había ejecutado la pieza de memoria, podía haberla tocado igualmente de prisa con el papel a la vista, aunque esto hubiera añadido otra a las sensaciones asociadas con cada nota. Teóricamente, en opinión de los hombres de ciencia, no hay límite para lo que los dedos pueden hacer, por difícil que parezca a primera vista la proporción.

GUANTE DE BELLEZA

Usando todos los días y durante una hora el GUANTE DE BELLEZA...

...seca y evita las arrugas del rostro y conserva la juventud indefinidamente. Precio en goma gris, \$ 5, y en goma colorada, \$ 8. MENTONIER, en goma gris, \$ 2, y en goma colorada, \$ 4 m/n. Solicite Catálogo Ilustrado, gratis, de artículos para la Belleza del rostro. — Importador: PEDRO GIMENEZ - LAVALLE, 963

Las mujeres en la literatura. — Manon Lescaut (del abate Prevost)

por Luis DE OTEYZA

El hombre es un animal despreciable, y la mujer, su digna consorte. Pero aunque sabemos esto perfectamente, hombres y mujeres nos esforzamos en ocultarlo a nuestros propios ojos. No tenemos ni el valor de nuestra vileza. Y así cubrimos el cuerpo y nos disfrazamos el alma.

Filosofía pura, ¿verdad? Ciertamente, sí, hermanos; filosofía pura. ¿Que a qué viene? Pues viene con motivo de la creación literaria que en la protagonista de su novela "Manon Lescaut" hizo el buen abate Prevost de Exiles. La figura de Manon ha encantado al respetable público. Pero el respetable público oculta cuidadosamente por qué le ha encantado esta figura.

Y es muy sencillo. Manon no tiene otro mérito que el de ser el arquetipo de la perfecta vulpeja—no lo sé decir con más finura,—y este mérito no puede reconocerse. Por eso, al sentirse conmovidos por las aventuras de Manon los lectores y las lectoras buscan todo género de pretextos para disfrazar el sentimiento que experimentan. Claro, ¿qué van a hacer?...

Confesar, como confiesa Pablo de Saint-Victor, que Manon Lescaut, menos culpable y menos inmoral, no conmoviera tanto, fuera reconocer que lo que en ella interesa es su corrupción misma. Y eso es inconfesable. Sólo Alfredo de Musset, que presumía de vicioso para "epatar" a los burgueses, se ha atrevido a decir de la hija espiritual del abate Prevost: "¡Qué perversa y qué ardorosa!... ¡Cuánto la amaría yo si viviese!..."

Pero debe tenerse en cuenta que Musset decía esas cosas por pura "posse", y que se atrevía a decirlos convencido de que nadie ignoraba su estado de tuberculoso en grado último, que le forzaba a castidad completa. Queda, pues, solo Saint-Victor confesando francamente por qué le conmueve Manon. Sin embargo, añade: "Cuando la fiebre erótica alcanza el paroxismo, inspira respetuosa compasión, como la locura y como esas otras terribles enfermedades que parecen proceder de una mano sobre natural cayendo sobre la arcilla humana." Con lo cual el gran crítico se pone a la altura de cualquier criticastro.

No es por ahí, D. Pablo; no es por ahí. Por ahí va la procesión de los hipócritas que afirma admirar la constancia de Manon, siempre fiel al caballero Des Grieux, hasta cuando le traiciona; creer que en ella los errores de un temperamento ardiente dejan sitio a las virtudes de un alma sensible, y advertir heroísmo, nada menos que heroísmo, en el arranque final que la hace fugarse al desierto donde la espera la muerte. Por ahí fué el gran camandulero del abate Prevost...

Si y sí. Ese camino siguió el autor de "Manon Lescaut" para escaparse al comprender que iban a acusarle de haber querido rehabilitar y casi provocar el vicio. Y así dijo que se había propuesto sólo ofrecer un espantoso ejemplo de la fuerza de las pasiones y que en su libro "se encontrarán pocos sucesos que no puedan servir para la enseñanza de las costumbres." ¡Qué fantástico!

No voy ahora a reseñar la novela del abate Prevost, porque ya lo hice en otra ocasión—véase mi libro "Galería de obras famosas", editorial "Viuda de Pueyo"—y porque no es esta ocasión de hacerlo. Pero estudiaré, sí, el carácter de la protagonista para demostrar cómo es imposible que obra donde actúa semejante ciudadana sirva para lo que su autor dice haberla escrito.

A Manon la conocemos muy joven, casi niña, y lo primero que sabemos de ella es que sus padres la mandan en reclusión a un convento "para refrenar su afición al placer, ya descubierto". En seguida la vemos aceptar los galanteos del caballero Des Grieux, con quien se tropieza al anochecer en la calle, y fugarse con él antes de que luzca el día. Como observaréis, lectores, los comienzos de la carrera de esta aprovechada muchachita no pueden ser más rápidos ni más decisivos.

Nada tengo yo que decir contra la vida conyugal, y por eso nada digo en son de censura porque Manon viva conyugalmente con el caballero Des Grieux. Sólo si habré de advertir que a Des Grieux y a Manon, al matrimonio se les olvidó el pequeño detalle de casarse. Y habré de advertirlo añadiendo que Des Grieux pensó legalizar la situación casándose con su amante; pero que desistió de ello porque Manon "acogió con frialdad este plan".

Verdad es que Manon tenía otro proyecto. Pensaba separarse de su primer amante para quedar en la dulce compañía de un amante segundo, menos abnegado, pero más rico. ¡Cuestión de ideas! Albergaba esta apreciable joven las ideas de gastar, triunfar y brillar, y a Des Grieux se le estaba acabando el dinero.

Por lo demás, Manon, como la gente del pueblo, "tiene su corazoncito", y ama a Des Grieux, aunque no lo parezca. Podemos dudarlo viendo que cuando se encuentra en fondos vuelve a los brazos de su verdadero amor, dispuesta a gastarse con él la fortuna que debe a su amor fingido? Ahí, en la constancia de las relaciones de Manon con Des Grieux, es donde nos debemos apoyar para juzgar sensible a la viciosa.

Pero yo no me apoyo en base tan falsa. Creo firmemente que a Manon no la importa un comino Des Grieux, y que al ir a él en esta ocasión lo hace por mal instinto, porque le ve vistiendo hábitos sacerdotales, atraída por el sacrilegio, que es, al cabo, una nueva perversión. Y la prueba es que luego ya no le busca más.

Desde entonces, Des Grieux es quien sigue a Manon y ella no hace sino huirle, unas veces, y tolerarle, sólo tolerarle, otras, en su compañía. No hay en esto más

excepción que cuando su amante la saca de la cárcel. Y la verdad, que se siga a quien guíe por el camino que conduce fuera de una prisión, no es una muestra de amor ardiente.

No, Manon no es constante en su amor a Des Grieux por la razón sencilla de que no podía amar con constancia a nadie. La inconstancia es la determinante de la personalidad de esta mujer, que en la virginidad necesitaba las rejas del convento y las persianas del harén en el desposorio. Manon, si permanece unida a Des Grieux, es porque éste le sirve para ayudarla en sus trapisondas y sobre todo, porque la permite dejarle por otro.

Y sentido esto, vamos contra la gran prueba de amor que da Manon a Des Grieux. "Prefiere la pobreza, a una rica alianza, y consciente en huir al desierto con aquel a quien ama, mejor que casarse con otro", si lo leo en uno de los panegiristas de la sensible Manon, y por todo comentario sólo tengo que añadir que es mentira. Nada más que eso. Mentira, mentira y mentira. Manon sale de Nueva Orleans con Des Grieux después que éste ha matado en duelo a Syunclet. No huye, pues, del matrimonio ni abandona un rico pretendiente, sino que abandona un difunto y huye de la acusación de complicidad en una muerte. ¡Que no es lo mismo!

Visto queda, por tanto, que la creación del abate Prevost no tiene de admirable ni constancia fiel al amante, ni virtudes de alma sensible, ni heroísmo en el arranque final. ¿Que, sin embargo, conmueven a los que las leen las aventuras de Manon?... Yo eso no lo he negado, ni lo niego, ni lo negaré. Advierto sólo que la interesante figura de esa mujer ardorosa y perversa no tiene otro mérito que el de ser el arquetipo de la perfecta vulpeja.

Y digo que si por eso encanta al respetable público, debe el respetable público dejarse de hipocresías y confesarlo francamente.

Muchos animales marinos contienen cine y cobre. Ese último metal se encuentra particularmente en las ostras, en proporción infinitesimal, sin duda, pero lo suficiente para darle un color verde y a veces cierto sabor metálico. Entre los animales terrestres las serpientes tienen también cobre en su sangre, lo que le da cierta tonalidad azulada. Se cree que este cobre obra en el organismo a manera del hierro en los animales superiores, es decir, que sirve de vehículo del oxígeno a los tejidos.

Si desea usted agua de colonia de clase superior, acción persistente y perfume delicado y de buen gusto, use el

Agua de Colonia
Mendel

y hallará en ella un exquisito producto de cualidades insuperables.

Perfumería MENDEL

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo: calle Cerrito, 673

LUZ Y SOMBRA



MARCELO (arriba). — For aquí iría bien.
HIPÓLITO (abajo). — ¡Por este conducto vamos mejor!

Dib. de Rojas.

PUCHITOS

En los grandes centros poblados de China, se ha impuesto el industrialismo moderno con todos sus defectos, agravados por la baratura deprimente de la mano de obra. En las fábricas de seda de Chifú, se paga a los obreros un jornal de seis centavos oro por trece horas diarias de trabajo. Los mineros trabajan diez horas diarias bajo tierra, durante los siete días de la semana. Niños hasta de nueve años trabajan en las fábricas de fósforos desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche. En un informe hecho por una comisión extranjera, se lee: "Ochenta de estos párvulos trabajadores tienen que ir todos los días al hospital a someterse a un tratamiento médico, pues los vapores de azufre y de mala calidad les dañan los ojos y los pulmones."

Asombra por su cuantía el número de los obreros nuevos que se necesita todos los años en las fábricas de los Estados Unidos para reemplazar a los que abandonan el trabajo o son despedidos. Un estudio hecho recientemente en ciento cinco fábricas de todas partes del país, revela que la proporción en que se necesita esos sustitutos es de ciento por ciento anual, lo que quiere decir que anualmente se renueva totalmente el personal obrero, y si bien esta renovación puede perjudicar algo a los industriales por la impericia del personal novel, resulta beneficiada la higiene mental del pueblo, pues nada hay que desgaste más la voluntad, la iniciativa y la inteligencia que la monotonía fatigosa de un trabajo siempre igual y mecánico como el que caracteriza al de las fábricas de todas las maquinarias.

Los chinos cultivaron el algodón centenares de años antes de que aprendieran a usarlo, y conocieron sus usos por intermedio de los habitantes de la India. Los árabes introdujeron el algodón en España en el siglo décimo. La primera mención de la existencia del algodón en Francia data del siglo diez y seis. Se ignora cuándo y cómo llegó el algodón al continente americano. Probablemente los nativos de la India, que según justificados asertos de historiadores llegaron a América años antes que Colón, trajeron de su país semilla de esa planta y la cultivaron en América. Lo cierto es que cuando Colón desembarcó en la isla de San Salvador vió que el algodón se producía allí con abundancia y que con su pelo los indios fabricaban hilo, y con este hilo, redes y hamacas.

La vinchuca, especie de chinche que infecta los ranchos en el interior y en el norte del país, resiste a largos ayunos. En una sesión de la Sociedad Entomológica de Francia fué presentado un ejemplar procedente de la República Argentina que había estado siete meses sin recibir alimento.

Cada localidad geográfica tiene antecos, periecos y antipodas. Los primeros son los puntos situados en distintos hemisferios pero en longitud y latitud iguales; los segundos son los puntos situados en el mismo hemisferio e idéntica latitud pero a 180 grados de diferencia en longitud. Los antipodas son los puntos directamente opuestos en la superficie del globo. La ciudad de Córdoba, por ejemplo, tiene los antecos en el Océano Atlántico Boreal, cerca de las islas Bermudas; los periecos en la Australia occidental a diez leguas al norte de la ciudad de Perth y los antipodas en China, al sur de Pekín.

NOSTALGIA

Amo los viejos tiempos llenos de poesía y de nobles hazañas, cuando mis ascendientes, sin miedo a la burlesca sonrisa de las gentes, eran ejemplo y gloria de la caballería...

Siento tedio del siglo; debí nacer un día de heroicas epopeyas y hazañas eminentes; ser apóstol, ser mártir de ideales insurgentes, o rey a la cabeza de mi hueste brava.

Enfermo de nostalgia vivo en un mundo extraño, me siento en un ambiente completamente huraño, mas no me importa nada, sólo para mí valgo...

Y mientras por la senda voy deshojando flores, escondiendo en mis profundos archivos interiores los viejos pergaminos de mi linaje hidalgo.

Enrique VELASCO.

Córdoba.

La madera más cara del mundo es la del "cabol", un árbol de Africa, que se paga a tres mil quinientos dólares el metro cúbico.

Los caballos tienen miedo a los ratones.

Con la madera de roble puede hacerse gelatina.

En Noruega abundan mucho más los rengíferos que los caballos.

Los alfileres se inventaron en Inglaterra hace 327 años.

El presidente del consejo de ministros de Inglaterra que más tiempo ha estado en el poder ha sido Robert Walpole que gobernó durante 20 años y 326 días.

De una curiosa broma, con visos de estafa, fueron víctimas algunas municipalidades rurales de los Estados Unidos. Un buen día se les presentó un señor anunciando que había inventado

una maquinaria mediante la cual lograría provocar la caída de determinada cantidad de lluvia en el aire. Se comprometía a poner en práctica su invento por una suma que se le pagaría una vez obtenido el resultado prometido. La propuesta fué seriamente considerada. Sólo por casualidad se advirtió más tarde que la cantidad de lluvia prometida por el supuesto inventor, era la mínima que caía todos los años en esas localidades.

El 5 de septiembre de 1873, Francia terminó de pagar totalmente su deuda de guerra a Alemania, con una ratificación de una honradez que le da derecho a exigir la misma conducta de la Alemania remisa. A pesar de los grandes sacrificios que importó para Francia el pago de esa deuda, la moneda francesa no se despreció en más de 2.50 por ciento, es decir, que 100 francos valían, después de la guerra, 97 francos y 50 céntimos.

En los Estados Unidos se usan lápidas mortuorias de cristal con los retratos de los difuntos, hechos con el mismo vidrio al fundirlo.



En esta palabra, al parecer tan frívola, hay un hondo sentido. El que sabe reír, sabe vivir. El que de vez en cuando abre en la monotonía de la diaria existencia un paréntesis que abarque el goce de una grata compañía, el encanto de la música, el placer del baile, las delicias del amor y del vino, en otras palabras, quien cumple prudentemente con

cuanto significa ese mandato: ¡Ríe! es quien mayor fuerza acumula para afrontar la lucha de la vida. El miedo de que un dolor de cabeza, o un poco de malestar, fatiga y nerviosidad siga a uno de estos momentos de expansión, no existe desde que apareció la CAFIASPIRINA. Bastan dos tabletas para que el dolor de cabeza se alivie en pocos momentos y para que el organismo experimente una grata sensación de descanso, energía y bienestar. Idéntica eficacia tiene la CAFIASPIRINA tratándose de dolores de muela y oído; neuralgias; reumatismo; resfriados, etc. Pero su principal superioridad sobre todos los analgésicos que existen, es el hecho de que no afecta en absoluto el corazón. Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS de una dosis. Ambos empaques están identificados por la Cruz Bayer.





SECCION VERMOUTH

Y HAGA USTED UN FAVOR

Una rueda del carro se había encajado en una huella profunda. El carrero hacía muchos esfuerzos, con el látigo y las riendas para salir del mal paso. El caballo no demostraba gran interés. Un transeunte, después de contemplar durante cinco minutos, se decidió a dar una manita. Apoyó el hombro a un rayo de la rueda, dió un empujón y el carro salió.

El carrero le dijo:
—Gracias... gracias... ya me parecía que con un sólo caballo no iba a hacer nada.

CLASE DE LITERATURA

—Veían, señores,—decía el puntano, profesor de literatura (radical) en el colegio nacional.—La naturalidad "más primero" que nada. Es preciso escribir como se habla...

CON LOS NUEVE

—¿Sabes qué papel te han adjudicado en la nueva obra de X?—decía un artista a un compañero.—El de motorman!

—¿Y qué hay con eso?

—Te compadezco, che!

—¿Por?

—Debe ser un papel... aplastador.

UN SISTEMA

No obstante lo aburrido de la pieza uno de los espectadores, cuyo interés parecía en plena decadencia, aplaudía con energía de vez en cuando. Su vecino se atrevió a preguntarle:

—Dígame, señor: ¿la obra le parece realmente buena?

—¿Qué esperanza!

—Disculpeme, señor, que insista: entonces, ¿por qué aplaude tanto?

—¿Yo? ¡Ah! para despertarme.

DURA FILOSOFIA

Uno de nuestros escritores, muy conocido pero también muy discutido, decía días pasados:

—¿Qué quieren! hay que ser filósofo y coleccionar todas las piedras que a uno le tiran. Son el comienzo del pedestal.

NIÑAS DE HOY

—¿Jesús! ¡Filomena! ¿Por qué lloras?

—¡Ay Elisa!
—Pero, ¿qué? ¡chica!
—¡Ay, Elisa! he perdido mi novio.
—¿Y eso te aflige tanto? ¡Jesús, qué chica!
—Es que no tengo más que otro.

PEQUEÑA DIFICULTAD

—¿Cómo va tu libro?
—Macanudamente. Ya lo tengo listo para la imprenta, y te daré una linda noticia: Lugones me ha escrito el prefacio.
—¿Y el asunto de la publicación está arreglado?
—Casi, casi. Tengo una pequeña dificultad con el editor que es medio bruto. Imagínate que no quiere publicar más que el prefacio.

TEATRO NACIONAL

Uno de nuestros autores más aplaudidos—llegó ya al número cien (de las representaciones)—se resolvió a escribir un drama—una cosa que te hace llorar, te hace, como dice él. Presentado ha sido el drama y seguramente será representado. Debido a una indiscreción del empresario, estamos en condiciones de reproducir una frase que "te hace llorar".

La escena representa el momento en que el pobre gaucho llega a la puerta de un palacio, llama y dice:
—"Demen" un vaso de agua por favor, pues tengo tanta hambre que no tengo donde dormir.

¡POR ESO!

En el baile de gran gala de la sociedad Palmas y Glorias de Villa Crespo.

El joven—perfume de "mil bouquets", pañuelo de seda una cuarta fuera del bolsillo del saco y botines de charol y paño color canario,—pregunta a su compañera con voz aristocrática:

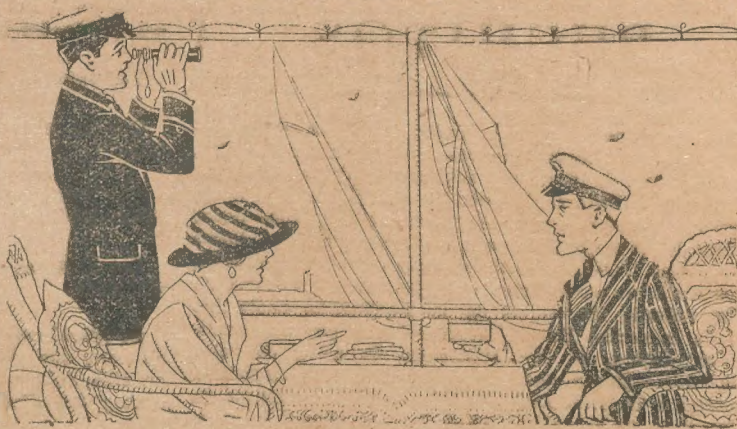
—¿Ama usted mucho la danza, señorita?

Y la señorita responde a su "caballero":

—Regular; sabe?; pero el médico me ha dicho que trate de sudar mucho.

TACTICA PROFESIONAL

Un médico, llamado a casa de un cliente muy rico, después de examinar la parte enferma del fulano, exclama:



Un paseo en yate

es más saludable y grato si al sentir el apetito que estimula el aire puro del río, se toma una taza de chocolate Noël, delicado artículo que nutre y deleita el paladar porque está hecho únicamente con cacao de la mejor clase, azúcar refinado y vainilla superior.

Téngalo presente:

Chocolate

Noël

Puro, sabroso y aromático.

Para todas las edades y en todo momento.



—¿Caramba! ¿Tiene usted el fúnculo más hermoso que he visto en mi vida!

Está de visita un amigo íntimo del médico, el cual hace un gesto de asombro ante la exclamación de su amigo, éste le dice en voz baja:

—Cálate; yo sé lo que digo: siempre hay que halagar al cliente.

¡YA NO HAY GENTE HONEADA!

Después de penetrar con mucha dificultad en el edificio bancario, el ladrón recibió una agradable sorpresa: se vió, de pronto, delante de la caja de hierro. Dirigió la luz de la linterna a la puerta de la caja, y con no menor sorpresa vió en ella colgado un cartelito que decía:

"Economice dinamita. La caja no está cerrada. Dé vuelta el picaporte y abra."

El ladrón titubeó, pero luego se dijo: "Después de todo, nada cuesta probar".

Y dió vuelta al picaporte. Instantáneamente la luz eléctrica inundó el local; un sistema de campanillas comenzó a sonar ensordecedoramente y segundos después aparecían tres guardianes que se apoderaban del ladrón.

Una hora después, en el calabozo, el hombre murmuraba:

—Soy demasiado confiado, demasiado inocente. Tengo demasiada fe en la naturaleza humana...

(Personajes: Germana, Luisa y Emilio. Jardín sonriente de una de las mejores villas de Asnières. Bajo un toldo, Germana, enrojecidos los ojos por las lágrimas, lee y vuelve a leer los diarios que dan emocionantes detalles de la catástrofe de la vispera. Un tren descarriló en el túnel de Bagnolles, y se incendió. Numerosos muertos.)

Germana (leyendo a media voz, lentamente, como para comprender mejor).—*Once cadáveres carbonizados, no han podido ser identificados hasta ahora: una niña de doce años, rubia, lleva al cuello una medalla de Nuestra Señora de Lourdes. Un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, alto, que debía tener el pelo negro y llevar barba... (Con desesperación.) ¡Es él! ¡Es él! (Toma febrilmente otro periódico.) Entre los muertos que hasta este momento no han sido identificados hay un hombre que debía tener unos cuarenta años, muy alto, barba y cabello negros, con una cicatriz en la nuca, producida, al parecer, por bisturí al operar un fúnculo...*

LA CATASTROFE, por E. G. GLUCK

(Contraída, temblando la voz.) No hay duda posible. Es él... es él... (Solloza con la cara entre las manos. De pronto, se incorpora bruscamente. Ha oído que la puerta de la verja se abría. Va a salir; pero se para al ver la cara agitada de su amiga Luisa.)

Luisa (tendiéndole los brazos).— ¡Pequeña mía!

Germana (apoyándose en su pecho).— ¡Ah!

(Permanecen abrazadas largo momento. Luisa, llorando silenciosamente. Germana, gimiendo. Poco a poco cesa de llorar. No puede más.)

Luisa (haciéndola sentar).— ¿Quieres tomar algo?

Germana (débilmente).— No... no... Gracias. Entonces, ¿es verdad? ¿No hay esperanza ninguna?

Luisa (dolorosamente).— Ninguna.

Germana.— ¡Dios mío!

Luisa.— Sé valiente.

Germana.— ¿Verdad que es él?

Luisa.— Sí.

Germana.— ¿Muy desfigurado?

Luisa (después de dudar un poco).— Bastante...

Germana.— ¿Cómo debió sufrir!

Pero, al menos, acabó de sufrir, y a mí, a mí me queda toda la vida para sufrir. ¡Ah! Si supieras qué remordimientos tengo... Anteaquer no fui buena para él. Le hice sufrir expresamente, por cálculo... Le amaba tanto, que siempre temía perderle. De vez en cuando le daba a entender que podía dejarle, para que se pusera celoso... ¡Qué crimen hacer padecer al que se ama! ¡Qué imprudencia despedirle con palabras agri-dulces! ¿Sabe una si le volverá a ver? ¡Pobrecito mío! (Llora.)

Luisa.— Te lo ruego. Cálmate.

Germana.— ¡Qué mal le correspondió! (Redobla sus sollozos.)

Luisa.— ¡Cálmate! ¡Viene tu novio!

Germana.— ¿Qué me importa todo! ¡Voy a decirte la verdad!

Luisa (con autoridad).— No. Él te ama, aunque tú no le amas. Es un gran hombre... que no merece que destruyas su felicidad...

Germana.— Es atroz que no pueda llorar como quiera.

Emilio.— ¿Qué ocurre? ¿Qué pasó? ¿Por qué esta tristeza? (Ve los diarios esparcidos.) ¿Es por la catástrofe?

Germana.— Sí... Pienso en los pobres parientes que no verán jamás a esos desgraciados.

Emilio (con tono de afectuosa queja).— Pero no debes ser tan sensible... ¿Qué harías si hubieses perdido...?

Luisa.— Pero ¿no comprende usted que llora por eso? Piensa si hubiera usted estado en el tren y en el número de muertos. ¡Ah! Esos hombres que si no se les explica todo punto por punto...

Emilio (enternecido, feliz).— ¡Oh! ¡Querida mía!...

FUÉ EN BROMA...

por Charles FOLEY

Un día, entrando en su casa, el señor Lucidor, el inquilino del primer piso, compositor musical entonces en boga, se hallaba tan preocupado que dió un fuerte empujón a la pequeña Lolota, hija de la portera, que, como siempre, estaba paseándose por la escalera. Al ver a esa chiquella de catorce años, delgada, esbelta, sonriente y desgreñada, el compositor tuvo una inspiración.

—Y... ¿por qué no, Lolota?

Y abriendo la puerta de su departamento, la hizo entrar y la acompañó hasta el piano.

—Canta, chiquilla... vamos... lo que quieras, para ensayar; no tengas miedo.

Lolota no era tímida.

—No sé otra canción que "De vuelta de la Revista", señor Lucidor.

—Está bien, canta.

Y cantó la chiquella.

—¡No está mal!—dijo el maestro.—Me falta la princesa para mi opereta. Lolota ¿quieres representar el papel de princesa?

Se sonrojó la chiquilla.

—¿Yo... princesa?... ¡Oh! ¡No es posible, señor Lucidor!

—Basta que digas sí.

—¡Oh! De todo corazón, se lo prometo.

—Está bien. Irás mañana al teatro conmigo. Vete ahora, tengo que hacer.

Lolota volvió a la portería, como lea.

—¿No sabes, mamá?... Haré el papel de princesa... De veras... Acaba de decirme el señor Lucidor... porque le gusta mi voz.

Durante toda la noche no hizo la chiquella otra cosa que soñar con palacios, adornos y apoteosis, y se veía en medio de todo aquello, vestida con falda de brocado, cargada de diamantes y dando la mano a un príncipe encantador que tenía el más hermoso bigote rubio del mundo.

El día siguiente, Lucidor llevó a Lolota al teatro.

Durante el camino, le hizo ensayar la romanza que debía cantar, y luego le dijo:

—Cuando veas al príncipe adelantarse hacia ti y una vez que haya concluido su saludo, le contestarás: "¡Por fin, es usted, mi bello príncipe!... lo estaba esperando... lo amo a usted... ¡qué felices seremos!" Repite, vamos a ver.

—¡Oh! lo diré muy bien, señor Lucidor; está en mi carácter.

Y efectivamente, repitió muy bien, subrayando con un profundo suspiro su "¡por fin!", y pronunció con una mirada tan extraña las palabras "¡qué felices seremos!", que el maestro no pudo contener una carcajada.

—¡No es la convicción lo que te falta, Lolota!

—¡Oh! No, señor Lucidor; la convicción nunca me ha faltado.

Llegaron delante de una pequeña puerta descolorida, entre dos carteles sucios, la que daba a un corredor sombrío.

—Hemos llegado; entra,—dijo Lucidor.

—¿Cómo!... ¿aquí?—contestó Lolota, azorada.

Y entraron; ella, indecisa; él, empujándola. Después de subir unas escaleras que no acababan nunca, llegaron a la escena, un tablado inundo lleno de polvo, en medio de bastidores de madera, desde los cuales colgaban adornos de trapo y cartón. Los artistas estaban ensayando a la luz de un solo pico de gas, ante el abismo negro, inmenso y frío, de la sala vacía. Retrocedió Lolota.

—¿Dónde está, pues, mi palacio, señor Lucidor?

Señaló el maestro los horribles andamios que los rodeaban, y contestó: —¡Aquí lo tienes!

Y sin parar mientes en la mueca de la chiquella, la entregó a la encargada del vestuario.

—Sigue a la señora,—dijo—y haz lo que ella te diga.

Una mujer con cara de arpía llevó a Lolota, cada vez más conmovida, a un entresuelo que recibía la luz de un pequeño patio húmedo.

Se animó un poco la chiquella bajo

—¡Oh! ¡Dios mío, señora! ¿si perdiera estos tesoros?

—No se agite usted por eso; tenemos vidrios de repuesto...

—¡Estas son alhajas de broma!

—¡Ven pronto!—gritó Lucidor,—es el momento de tu entrada en escena.

Y la empujó hacia el tablado, diciéndole:

—¡Canta tu romanza!

Cantó Lolota; pero no tan bien como la víspera: no tenía ya el mismo entusiasmo.

Frunció el ceño el maestro, y luego dijo:

KALISAY El mejor Aperitivo 21 años de éxito

el traje lujoso con que la vistieron: una falda de raso rosa, cubierta de bordados de oro; pero, al tocarla, sintió que el raso no era más que percal.

—No se acerque usted demasiado a los bastidores,—refunfuñó la vieja,—pues el oro de los bordados, chiquilla, no es más que papel, podría desgarrarse.

Lolota se sentía siempre más desilusionada; sin embargo, cuando le pusieron un collar de esmeraldas y una corona de diamantes, tuvo un escrúpulo:

—¡Ten cuidado! He ahí al príncipe que entra... ¡No olvides tu réplica!

Entraba efectivamente el príncipe, que hizo a la chiquella el efecto de una aparición deslumbradora.

Cubierto todo de terciopelo y plumas, sólo se veía de su persona un hermoso bigote rubio, el mismo que había soñado Lolota.

Se inclinó hacia la princesa y moduló su saludo. Quedó en éxtasis Lolota, la boca desmesuradamente abierta, hasta que le gritó Lucidor, enfadado:

ASÍ DEBERÍA SER



El señor corpulento. — Té para tres.

—¡La réplica, la réplica! Recordó la otra:

—"¡Por fin, es usted, mi bello príncipe!... lo estaba esperando... lo amo a usted... ¡qué felices seremos!"

Hubo un murmullo general:

—¡Con qué convicción lo dice la chiquilla!

Había concluido el ensayo. Desvistieron a Lolota. La tomó el maestro de la mano y se hallaron de nuevo en la calle.

—Pues bien,—dijo Lucidor,—¿qué te parece tu palacio?

Contestó la chiquella con una mueca: —¡Oh! ¡Un palacio de trapo y cartón, señor Lucidor!

—Sí, pero ¿tu vestido de raso, color de rosa?

—¡De percal!—rectificó Lolota.

—¿Tus alhajas?

—¡Puro vidrio!

Y agregó luego, con profundo desencanto:

—No son más que palacio, raso y diamantes de broma.

Después de un rato, animándose algo y con los ojos brillantes, dijo al maestro:

—Felizmente, el príncipe era bello y amable. Desde que me dijo que me amaba me sentí consolada; y el palacio, mi vestido de raso, mis bordados de oro y mis diamantes, todo me pareció verdadero.

Preso de un escrúpulo, se rascaba Lucidor una oreja.

—¿Tan hermoso te pareció el príncipe Lolota?

—¡Oh! sí, señor.

Había tanta convicción en esas palabras, que Lucidor se resolvió a hablar, aunque preveía el efecto de su revelación.

—Debo decirte la verdad, Lolota; el príncipe no es menos falso que todo lo demás.

—¿Cómo?—exclamó la chiquilla, con voz ahogada.

—El príncipe tiene cincuenta y cinco años; lleva un corset para disimular su enorme vientre, tiene cabello blanco bajo la peluca rubia y muchas arrugas bajo los afeites.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Lolota, profundamente afligida.

—Sin embargo, ¿el hermoso bigote, señor Lucidor?

—Más que falso; se lo pega en los labios. Debo agregar que es casado, padre y hasta abuelo.

Hubo un largo silencio; luego preguntó Lolota, con voz temblorosa:

—Y ¿sus cumplimientos? ¿sus juramentos de amor?

—Pura broma, Lolota.

En ese momento entraban en la portería. Era tiempo; Lolota sentía oprimirse el corazón, y cuando el maestro le preguntó:

—Hasta mañana, ¿no es cierto?

Halló la chiquella bastante valor para contestarle:

—No, gracias, señor; busque usted a otra princesa. Prefiero llevar percal verdadero más bien que raso falso, y dormir en una portería de ladrillos, yeso y madera más bien que en un palacio de cartón.

—Y ¿tu porvenir, Lolota?

—¡Oh! mi porvenir será probablemente un obrero como papá; pero espero que no necesite cola para llevar bigote.

—Sin embargo,—insistió el maestro, muy contrariado,—parecías tan feliz, tan encantadora... me habías prometido...

Entonces Lolota, con una expresión de malicia en los ojos, contestó:

—¡Fué en broma, señor Lucidor!

LAS DISTRACCIONES DE MI TÍO

por Daniel RICHE

Una lluvia abundante caía ruidosamente sobre el asfalto y extendíanse tristes los grandes bulevares bajo el agua, sólo iluminados delante de las casas de negocio, cuyos escaparates derramaban torrentes de luz sobre las aceras.

Mi tío Justiniano, al llegar al extremo de la calle Dronot, se encontró en un serio apuro.

Le habíamos explicado bien: "Darás vuelta, primero, a la derecha; luego, a la izquierda y seguirás después siempre derecho". Pero el buen hombre era tan distraído y había oído tan vagamente nuestras instrucciones topográficas, que una vez llegado a la gran arteria parisense, no se acordaba ya de nada.

No veía en su derredor sino a personas que caminaban presurosas, agachándose bajo sus paraguas, y no había un solo agente de policía a quien pudiese pedir alguna indicación.

Bastante contrariado, se preguntaba mi tío si no sería mejor volver a casa, aunque tuviese que soportar las bromas que habría sin duda provocado su distracción—esa distracción legendaria que le había hecho llevar un día al estudio de su escribano un papel que contenía un hermoso salchichón, en lugar de unos títulos de propiedad—cuando, de súbito, llamó su atención un joven que, con el cuello del sobretodo levantado y un pañuelo puesto encima del sombrero, caminaba sin prisa alguna, como un hombre que no hace caso a las variaciones atmosféricas.

Sacándose el sombrero, lo detuvo mi tío.

—Disculpe usted, señor. ¿Dónde queda la calle de la Michodière?

—¿La calle de la Michodière?

Y estaba para darle la indicación solicitada, cuando le llamaron la atención el enorme paraguas de cotonada azul, la larga levita verde y los pesados botines de su interlocutor. Cambió entonces de idea:

—¿La calle de la Michodière? Pues, mire usted: allá voy precisamente. Si quiere usted ofrecerme un abrigo bajo su paraguas, lo acompañaré en cambio a donde quiere usted ir.

—¿Cómo no!—exclamó tío Justiniano, encantado.

Y amparado con el mayor cuidado al joven tan servicial, se puso a caminar a su lado, conversando amigablemente.

—¿No es usted parisiense?—preguntó el cicerone.

—No.

—¿Ya se ve.

—Felizmente—contestó con orgullo mi tío.—No tengo el aspecto enfermizo y débil de los habitantes de la capital.

—No me parece tenga usted gran aprecio por los parisienses.

—¿Yo?—protestó enérgicamente mi tío, temiendo haber desagradado a su compañero.—¡Al contrario!

Y comenzó un elogio interminable de los habitantes de la gran ciudad. Pero al cabo de veinte minutos, sintiendo penetrar la humedad en sus botines, a pesar del espesor no indiferente de las suelas, se acordó de que debía ir a visitar a uno de sus amigos.

—¿Estamos lejos aun?

—Ya vamos a llegar.

—Mi sobrino me había dicho que quedaba muy cerca...

—¡Oh! Comprenderá usted: en París estamos acostumbrados a las largas distancias, que un viaje de una hora es nada para nosotros.

—Si hubiera imaginado esto, habría tomado un carruaje—dijo suspirando mi tío.

—¡Bah! No habría tenido yo el placer de conocerlo a usted.

Y continuaron caminando bajo la lluvia torrencial que parecía iba a romper el paraguas de cotonada azul.

El desconocido había hecho su presentación: era pintor al óleo y a la acuarela. Si mi tío se resolviera un día a inmortalizar su efígie, esperaba le daría la preferencia.

—¿Y falta mucho aun?—repetía tío Justiniano, sin escucharlo.

Cuando aparecieron a través de la lluvia los faroles de la plaza de la Bastilla, el artista se acercó a una puerta, y después de haber tocado el botón de la campanilla, dijo, con un suspiro de satisfacción:

—He llegado a mi casa menos mojado de lo que creía, gracias a la amabilidad de usted.

—¿Y la calle de la Michodière?—le preguntó mi tío, algo inquieto al verse abandonado.

—¡Ah! ¡la calle de la Michodière! Y mientras se abría la puerta y penetraba en su casa, agregó con aire burlón:

—Tiene usted que volver a donde nos hemos encontrado... Queda a un paso de allí...

—¿Mi suegra? No, no; desgraciadamente goza de una salud excelente.

—¡Ah! Tienes razón: me equivocaba. Fué tu esposa...

—Pero no, no: mi padre.

—¡Ah! es cierto. ¡Qué distraído soy! Entonces Roussignol, como buen hijo, comenzó un elogio del padre, que parecía no acabaría nunca.

Mi tío lo escuchó con atención durante unos segundos. Pero después, distraído al mirar los objetos que lo rodeaban, mientras el amigo continuaba el relato de los actos meritorios de su ascendiente, empezó a cantar. En un principio fué un murmullo apenas perceptible; pero luego, llevado por el ritmo que repetía inconscientemente, acabó por cantar a plena voz.

Lo interrumpió una exclamación de Roussignol:

—¿Es demasiado!... ¡cantas!

Contestó mi tío, extrañado:

—¿Qué dices?... ¡canto?... No he abierto la boca.

—Hace diez minutos que estás cantando. ¡Es una vergüenza!

—Perdóneme, mi querido amigo—dijo mi tío, tomando de las manos a Roussignol y lamentando sinceramente



—Cuando yo tenía tu edad, mi padre no me daba más que una sola tajada de torta.

—¿De veras, papá? Entonces puedes estar contento de vivir con nosotros...

Y se cerró la puerta con gran ruido. Quedó, en un principio, azorado mi tío; luego, comprendiendo que había sido víctima de una broma, empezó a dar de puntapiés a la puerta y a gritar:

—¡Miserable!... ¡salvaje!... ¡pena!

Pero la puerta de roble permaneció impasible en su solidez y el desgraciado tío se vió obligado a renunciar a la inútil explosión de su ira. Felizmente, pasaba un carruaje de alquiler: subió a él y acabó su peregrinación precisamente como debió haberla empezado.

Cuando tío Justiniano llegó a casa de su amigo Roussignol, iba ya éste a acostarse, pues eran las nueve pasadas.

Después de un cariñoso abrazo, pasaron los dos amigos a una salita.

Sentado en una cómoda butaca junto al fuego recordó vagamente mi tío haber recibido de su amigo una parte listado de negro, y le dijo entonces suspirando:

—Con que, mi pobre amigo, ¿tuviste la suerte de perder a tu suegra?

haber ofendido a un amigo de treinta años.—Tu historia me conmovió demasiado... Y entonces... comprenderás... con motivo de mi enfermedad al corazón... procuraba...

—¿Cómo! ¿Sufres de una afección cardíaca?—replicó el otro, algo calmado.—No lo sabía.

—Sí, sí: una enfermedad antigua, de la que no hablo ya... Se me manifiesta sobre todo cuando me aburro... Y tú ¿no tienes ninguna enfermedad?

—¡Ah! mi amigo—contestó Roussignol, olvidando completamente el canto irrespetuoso, y feliz de poder hablar de sí.—Sufro de esto, sufro de aquello; tengo un dolor a la derecha, un dolor a la izquierda...

Y, afecto como era a las explicaciones detalladas, comenzó el relato minucioso de sus males.

Esta vez, mi tío temiendo caer en una nueva distracción que pudiese disgustar a su compañero de infancia, se hundió más en la butaca, y apoyando su frente en las manos, escuchó con toda atención.

Pero después de escuchar por un

ES COSA SABIDA

que las hemorroides tienen, en los mismos pacientes los mejores aliados para que el mal prospere. La naturaleza de esta enojosa enfermedad determina el propósito de mantenerla oculta, y esta circunstancia favoreciendo el desarrollo de la afección, infligía un cruento suplicio a los atacados, quienes sufrían en silencio, sin poder libertarse del flagelo, hasta que intervenía apresuradamente el bisturí, en dolorosísima operación de posibles consecuencias graves.

Por suerte, la ciencia, resolviendo brillantemente el problema, consiguió encerrar, en una de sus maravillosas síntesis, llamada Noridal, la virtud terapéutica capaz de substituir ventajosamente a la cirugía y de acabar de raíz con tan penosa dolencia. El Noridal es un milagroso específico que constituye un verdadero éxito de la moderna farmaceopea y que ha venido a redimir a los que sufren esa cruel enfermedad, poniendo a su alcance el modo de extirparlo definitivamente.

MENDEL Y CIA.

Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439

Montevideo: Cerrito, 673

buen rato la larga jeremiada pronunciada en un tono bastante monótono, empezó tío Justiniano a sentir cierto aburrimiento que le hacía cerrar los ojos y no dándose bien cuenta del lugar en que se hallaba, pensó:

—Pero ¿no se irá nunca Roussignol? Tengo mucha gana de acostarme...

Daban las once y el otro estaba todavía en su sexta enfermedad: una laringitis, y mi tío suspiraba:

—¿Me va a recitar todo un diccionario médico? ¡Dios mío, cómo desearía que se fuese!

Para llamar la atención del amigo sobre la hora avanzada, en el momento en que se detenía para tomar aliento, díjole mi tío:

—Acaban de dar las once.

—Es verdad—contestó su interlocutor, después de observar el reloj.—¿Acostumbas acostarte temprano tú?

—¿Yo? Cuando no viene nadie a fastidiarme, a las diez estoy en la cama.

—¡Ah!

Roussignol arrojó un trozo de leña a la chimenea, donde el fuego estaba para apagarse, y dijo, suspirando:

—Como comprenderás, mi vida es muy triste, con tantos sufrimientos. Y no te lo he dicho todo aun: hace dos meses me hicieron una operación.

—¿Una operación, mi amigo!

—¡No se irá al fin este idiota!—pensó mi tío.

Roussignol lo imitó sin interrumpir por esto la historia de un reumatismo en el dedo meñique.

Entonces mi tío, perdiendo la paciencia, tomó la lámpara, una lámpara enorme y pesada.

Quiso Roussignol quitársela, diciéndole:

—Hazme el favor, amigo; no te incomodes.

—¡No faltaría más!—contestó mi tío empujando suavemente al otro hacia la puerta.

Una vez en la antesala, dijo Roussignol, en tono amigable.

—Espero que nos veremos pronto.

—Sí, sí; pero no de noche, porque me acuesto mucho más temprano que tú.

—Como quieras.

—Entonces, ¡buenas noches!

Sintiendo cierto cansancio en su brazo, gracias a la pesada lámpara, y viendo que el amigo no se decidía a salir, abrió la puerta y díjole:

—¡Vamos! ¡Buenas noches!

Entonces Roussignol, algo indeciso y sonriendo, insinuó:

—Mira: si no te fuera muy necesaria, podrías dejarme mi lámpara...

Mi tío tuvo un sobresalto.

—¿Tu lámpara?...

—¡Caramba! Estás en mi casa, y

esa lámpara la he recibido en herencia; por consiguiente...

—¡Cómo! ¡estoy en tu casa! ¿Y no me lo decías?—gritó mi tío furioso.— ¡Y hace dos horas que me aburro escuchando tus chilindrinas!

—Pero...

—¡Ah! ¡estoy en tu casa! Pues bien ¡te juro que no volveré más!

Y entregando la lámpara al amigo azorado salió golpeando furiosamente la puerta.

Pero, incorregible en sus distracciones, volvió a su casa sin sombrero.

Falsos entierros históricos

Uno de los muchos falsos entierros que registra la historia, es el de Teobaldo, duque de Praslin, que sobrevivió bastante tiempo a la noticia de su suicidio en París, el 24 de agosto de 1847, y a su supuesto entierro.

Preso por haber asesinado a su mujer, hija del mariscal Sebastiani, con el objeto, según se dice, de casarse con la institutriz de sus hijos, cuando iba a verse la causa de su crimen, se hizo pública la noticia de su suicidio. Decíase que se había envenenado con arsénico para evitar a su familia la deshonra. Se celebró el entierro, y aunque algunas personas sospecharon

que todo ella era pura superchería, la caída de Luis Felipe y demás acontecimientos políticos que a la sazón se desarrollaban en Francia, apartaron la atención pública de aquel suceso.

Unos treinta años más tarde, en la casa de corrección de Fauconbeau, vivía un anciano de rugoso rostro y lengua larga barba blanca, que iba siempre vestido con hábito de monje. Decíase que este anciano era el duque de Praslin, que después de su pretendido entierro había sido encerrado en un manicomio, pues sin duda estaba loco en el momento del asesinato, y luego recluso en el correccional a

EL APOSENTO ABANDONADO

¿Adónde se ha ido?
¡Fatal peregrina de incógnitas rutas!
Al fondo del fúlgido espejo
su trémula imagen espérale oculta;
si vuelve, saldrá jubilosa a encontrarla...
¡Volver! ¿Y si no vuelve nunca?
¡Oh helado terror de la muerte!
¡Oh noche de muerte y angustia!
Los brunos tapices de Persia
que sumen la estancia en sedosa penumbra,
se agitan
se agitan y danza la turba,
la turba fatídica
de sus multiformes y aéreas figuras
El raudo relámpago
los rojos vitrales enciende y alumbra
con cárdena luz las ojivas
y esbeltas columnas
del triste aposento vacío,
do intruso murciélago profana la bóveda oscura.
¿Qué fuerzas terribles la impelen?
¿Qué simas recorre convulsa?
Avanza la esfera rodante del trueno,
la atmósfera en sombra retumba,
se inflaman las nubes
y el lívido rayo fulgura.
¿Adónde se ha ido?
¡Fatal peregrina de incógnitas rutas!
¡Oh helado terror de la muerte!
¡Oh noche de muerte y angustia!
El negro y enorme reloj bizantino
palpita en su lóbrega urna,
su lóbrega urna de ónix,
diciendo una vaga canción de ultratumba;
la esfera dorada
es ojo que gélido escruta,
la péndula de oro
deslizase muda
y luce, vestal pavorosa,
ardientes berilos de luz taciturna.
¿Qué fuerzas terribles la impelen?
¿Qué simas recorre convulsa?
¿Adónde se ha ido?
¡Fatal peregrina de incógnitas rutas!
¡Oh helado terror de la muerte!
¡Oh noche de muerte y angustia!

Augusto Cortina Brarena

NO OLVIDE:

la instalación de cañería para calefacción a gas en cocinas, baños, etc.

EL GAS es un combustible de uso imprescindible en todo edificio moderno, y especialmente en las casas de pisos o departamentos.

COMPañIA PRIMITIVA DE GAS

ALSINA 1169

Coop. 110, Central

U. T. 4760, Rivadavia

condición de que no revelase su nombre.

Otra versión asegura, que en 1848, llegó a Nicaragua un caballero francés que, llamándose asimismo doctor Teobaldo Praslin, comenzó a ejercer allí la medicina; casó después con una dama española, y de ella tuvo tres hijos y dos hijas, que todavía viven en Nicaragua. Según parece, todos los franceses que entonces vivían en aquella república, le reconocieron como el duque de Praslin, hasta tal punto, que en el país no se le llamaba de otro modo que "el duque".

Admítase la versión que se quiera, ello es que el duque de Praslin no se suicidó, y que su entierro fué una farsa.

Hace algunos años, se decía en toda Europa que el rey Juan de Sajonia había vivido, después de su entierro oficial, en un monasterio de las montañas, considerando como un lunático que padecía manía homicida. Se daban toda clase de detalles acerca de la farsa de su entierro; el mismo Víctor Tisnot, en uno de sus libros sobre Alemania, se ocupa de ella, y el hecho de no haber sido expuesto el cadáver del rey después de su muerte, daba a esta suposición muchos visos de verosimilitud.

Con el objeto de evitar que se dijese lo mismo del archiduque Rodolfo, dispuso el emperador Francisco José de Austria, después de la tragedia de Meyerling, que se expusiera al público el cadáver del suicida, a pesar del lastimoso estado en que se encontraba.

Del zar Alejandro I de Rusia, creese generalmente en aquel país, que después de su entierro oficial vivió todavía muchos años recluso voluntariamente en el monasterio de Alexeiffski, en la Siberia.

Realmente, en su muerte y entierro hubo muchas circunstancias extrañas que apoyan esta creencia popular.

Durante los treinta y seis años que transcurrieron desde que este monje misterioso apareció en el monasterio, hasta que murió en 1864, fueron a visitarle más o menos en secreto, casi todos los príncipes de la familia imperial de los Romanoff, siendo el último que fué a verle el zarevich Nicolás Alexandrovich, hermano mayor de Alejandro III. Más aún. Desde que Fodoró Kosmit, que así se hacía llamar el monje, fué enterrado en el mismo monasterio, ningún miembro

de la familia imperial rusa visitó el país sin ir a ver su tumba y rezar ante ella.

Podría alguien preguntar qué motivos pudo tener el emperador Alejandro I, para dejar el trono por medio de una macabra comedia; pero no hay que olvidar que durante los últimos años de su reinado, dió este zar pruebas manifiestas de un profundo fanatismo, y como resultado de éste, de horribles remordimientos por la parte de responsabilidad que pudiera haberle en el asesinato de su padre, el zar loco Pablo, en 1801.

También se decía en Rusia, hasta el término de la guerra ruso-japonesa, que el general Skobeleff, no había muerto veinte años antes en Mosú, como oficialmente se había dicho. Skobeleff, era el ídolo del ejército y del pueblo ruso, que vulgarmente le conocía con el nombre de "general blanco". En cierta ocasión, estuvo a punto de lograr que Rusia, poniéndose al lado de Francia, declarase la guerra a Alemania, y esto, unido a que era el paladín del partido eslavo, le hizo más de una vez molesto para el gobierno. Su muerte, anunciada en el preciso momento en que la guerra con Alemania parecía inminente, hizo creer a algunos, que no era más que una estratagema para alejarse patrióticamente del mundo y de la política y evitar un compromiso al zar. Todavía en 1898, hubo alguna ciudad en Rusia que, esperando recibir la visita del "general blanco", engalanó sus calles y colgó sus balcones. Sólo cuando vieron que su heroica figura no surgía para acaudillar las tropas en la lucha con el Japón, se convencieron los rusos de que Skobeleff estaba efectivamente muerto.

Los campesinos de Irlanda, creen por su parte que el célebre patriota Parnell no había muerto, por más que en 1891 se celebrase su entierro.

Dicen, que cuando el amoso "leader" se convenció de que no podía contar con la lealtad y disciplina de sus partidarios, y comprendió que su existencia después de los escándalos relacionados con su matrimonio constituía un perjuicio para la causa de su país, resolvió desaparecer, bien fuese para siempre, bien hasta tanto que Irlanda tuviese gobierno propio.

Añádese que el ataúd en que se hizo su entierro encerraba solamente un muñeco, mientras él, afeitado y desfigurado, salió del país vestido de cura.

UN CONSEJO, por Florian PARMENTIER

Oscar Brulebec, vendedor ambulante, tenía un burro y un carrito; el uno tiraba del otro, y él iba así a vender su pacotilla a los pueblos vecinos.

Pero ocurrió que el burro murió, y Brulebec fué al mercado para adquirir otro asno, y, no habiéndolo encontrado, se decidió a comprar un hermoso caballito, que se lo vendieron por 300 francos. Lo bautizó con el nombre de "Wladimiro".

Al regreso se encontró con su camarada Vilebroque, que exclamó:

—¡Te permites un pura sangre!

—A falta de un burro...

—¿Y cuánto te ha costado?

—Trescientos francos. ¿Es caro?

—Si trota, vale setecientos.

—¡Oh, en cuanto a eso, admirablemente!

—En fin: que sea enhorabuena.

Pero al primer recorrido por los pueblos, Brulebec regresó descontento, y su amigo Vilebroque, al encontrarle preocupado, le preguntó:

—¿Sigues satisfecho de "Wladimiro"?

—¡Tú lo has dicho, es un hermoso caballo!

—Puedes entonces estar orgulloso.

Brulebec, comprendiendo que sentía envidia Vilebroque, procuró preparar el negocio.

—Cierto es—dijo a su camarada—que yo estoy satisfecho; pero la gente de los pueblos es muy especial. Al verme, parecía que querían decirme: "Brulebec, estás en camino de hacer fortuna. Hoy, un caballo; mañana será un automóvil. ¿Y quién paga todo eso? Lo pagamos los campesinos y es justo que moderes tu ganancia." Por eso me pregunto yo si no habría hecho mejor comprando otro burro.

—En fin, amigo mío, ¿quieres venderme a "Wladimiro"?

—¡Oh, venderlo! Yo no he dicho eso... Pero, en último término, la ocasión hace al ladrón. Veamos: ¿me darás cien francos sobre su precio?

Entraron en un bar, y después de tomar sendos vasos de vino, terminaron por ponerse de acuerdo.

Concluido el negocio, Vilebroque reclamó el certificado de sanidad. Pero Brulebec, después de haber dado un puñetazo en la mesa, exclamó:

—¿Cómo es eso? ¡Entre camaradas tanto requisito! ¡Vaya con los amigos! ¡Ahora iba a desconfiar de él! En todo caso, "Wladimiro" seguiría en la cuadra.

Vilebroque agarró a Brulebec cuando éste se marchaba:

—¡Vaya, amigo mío, no te incomodes! Hablo de ese documento porque es la costumbre y no creía ofenderte. Pero toma los cuatrocientos francos, pues tengo confianza en ti.

Brulebec se calmó súbitamente.

—Desde el momento que tú me das explicaciones...

Dos días después le correspondió a Vilebroque

echar la bilis. En cuanto vio a Brulebec en la calle se puso a apostrofarle como un demonio, tratándolo de ladrón y de pirata y jurando que "eso no pasaría", sino que lo llevaría a los tribunales.

Brulebec contuvo la risa. Al primer viaje había advertido que "Wladimiro" padecía una enfermedad crónica, que reaparecía a la menor fatiga, y eso le había determinado a deshacerse del caballo. Y como había tenido la precaución de hacer el negocio sin dejar rastro escrito, se refa de la cólera y de las amenazas de Vilebroque.

—Escucha—le dijo tranquilamente;—yo no comprendo tu historia; nunca he tenido yo caballo, y mal he podido vendértelo. Pero como eres un camarada, te voy a dar un consejo; eres joven, y puedo serte útil: cada vez que veas un hombre dispuesto a desprenderse de aquello que a él mismo le es necesario, hazte esta reflexión: "Yo no soy muy inteligente, pero no importa... Comprendo que el negocio es malo."

No te pido nada por el consejo: es un regalo que te hago.

QUEDA DÉBIL EL QUE QUIERE ESTARLO

Las numerosas felicitaciones de enfermos y de médicos que nos ha valido la

NUCLEODYNE

(el tónico que da fuerza)

nos prueban que al crear este remedio hemos hecho una obra útil.

En efecto, toda persona que se siente débil, floja, desganada, sin ánimo, triste, debe, sin vacilar, tomar una botella de NUCLEODYNE. Su efecto tónico, rápido, se comprende al saber que entran en su composición: Fósforo fisiológico que es alimento de las células del cuerpo; estriénina que es el tónico por excelencia de los nervios y zumo vital de toros, que activa la función de todas las glándulas del cuerpo.

ES UN BUEN REMEDIO

Farmacia Franco Inglesa

La Mayor del Mundo

Sarmiento y Florida

Bs. Aires

CÍRCULOS

Todas las cosas inmortales vuelven en círculos innúmeros y eternos: los astros y las almas, primaveras del corazón y otoños de los árboles.

Así me vuelve aquel amor que un día floreció de rosas mi silencio.

Hoy su solo recuerdo hinche la vela de la nave que entonces tripulaba esa mujer para surcar mi vida.

Y para honrar la fiesta del retorno, de sentimientos se empavesa mi alma como ciudad que a un triunfador recibe.

Mujer, tú no supiste que te amaba; que yo anhelé sentir tus pensamientos caer sobre mis manos—ruiseñores zahareños que pudiese hacer volar en torno de mi ser, y a mi albedrío.

Las muy pocas palabras que dijiste casi a mi oído, alguna vez, cayeron como, bajo los árboles de otoño, las frutas que derraman su semilla para los bosques de mañana, y siempre.

Cuán halagüeño tu decir de entonces! Cuando me viste combatiendo solo como en los muros de ciudad sitiada por el amor de algún ideal concreto.

"Que no te abata ni un instante nunca la tristeza indecible de ser grande; pues se paga en dolor el don divino del corazón gentil o el don del genio."

Con ritmo de almas o con ritmo de astros todas las cosas inmortales vuelven.

Roberto BRENES MESÉN.

LOS "ELLOS" DEL CINE



Douglas Mac Lean acaba de firmar una importante contrata. Está trabajando en "Subiendo" película que, según dicen, llamará la atención, sobre todo, por el papel que en ella desempeña Mac Lean.



Henry Hull, popular y simpática figura del cine, está filmando la película "Shakespeare tenía razón".



Malcolm Mc Gregor es un recién llegado al mundo del cine, pero su iniciación fué brillante. Desempeñó con acierto un papel difícil en "Cadenas rotas".



Richard Barthelmess es, sin discusión, un gran artista y en multitud de papeles ha revelado su superioridad. Es padre de una artista gentil: Mary Hay Barthelmess.

El gobernador de la provincia de Buenos Aires. visita a Bahía Blanca
con objeto de presidir la iniciación de varias obras públicas



El primer mandatario de la provincia de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo, acompañado del intendente municipal de Bahía Blanca, señor Jorge Moore, del presidente de la comisión de recepción, señor Eduardo González y de otras personalidades, momentos después de descender del tren que le condujo a dicha ciudad bonaerense.



El gobernador señor Cantilo, entrando en la municipalidad, se-ñalando a la comitiva oficial y del público que lo acompañó desde la estación ferroviaria.



Los alumnos de las escuelas locales, tonando el himno nacional frente al edificio de la municipalidad, desfilando, cuyos banderos presenciaba el señor Cantilo el desfile de la columna.

En el acto de la colocación de la piedra fundamental de las obras de saneamiento. Durante la ceremonia hicieron uso de la palabra los señores señores Marcial Gandiotti y Ramón Olacirregui.

Grupo de señoritas de la sociedad bahiense que asistieron al baile organizado por el Club Argentino, en honor de los distinguidos huéspedes.





Vista parcial del público que presenció la colocación de la piedra fundamental del edificio de los tribunales de la provincia.



El gobernador de la provincia, durante la bendición de la piedra fundamental de los tribunales, ceremonia que, además del primer mandatario bonaerense, fué presenciada por el vicegobernador, los ministros, varios senadores y diputados nacionales y numerosos miembros de la magistratura.



El señor Cantillo firmando el acta de la colocación de la piedra.



Las fotografías obtenidas durante la visita que el primer magistrado de la provincia, realizara a la escuela María Auxiliadora (a la izquierda) y a la número 3, acompañada por su señora esposa y por varios miembros del consejo escolar. — En dichos establecimientos docentes, fueron obsequiados los ilustres visitantes con hermosos ramos de flores. Foto. Márquez.



DE RUSIA MAXIMALISTA Y DE CHINA CONVULSIONADA



Una muestra de la poderosa maquina de guerra montada por Trotzky. Elementos de la 14.^a división de infantería del ejército bolchevista, desfilan, cantando, por una calle de Moscú.



El gobierno del soviet ha establecido casas de reposo, situadas en parques, para los obreros en días de asueto. Aun en esta obra humanitaria no descuida la propaganda. En la fotografía aparece el comunista Zorin, dirigiendo la palabra a la muchedumbre reunida en una de esas "casas de reposo".



Pintoresco aspecto de un regimiento chino que parte de Pekín para la campaña contra los bandidos. Los soldados, cuya formación es bastante caprichosa, van provistos de sombrillas, abanicos y faroles de papel.

Tome nota, señor intendente Noel



En la ciudad de Santa Bárbara, California, la municipalidad ha tenido la gentileza de instalar en un parque público, mesas y asientos de cemento para los pic-nics

Aviación



Escuadrón de aeroplanos de Haviland vuelan en formación durante una revista aérea celebrada en el Aeródromo de Hendon, en presencia de los reyes de Inglaterra.



El capitán Olivero, piloto aviador que recientemente intentara batir el record de altura, que él mismo mantiene, y cuya ascensión no pudo controlar por haberse descompuesto el altímetro que llevara y que puede observarse en la rodilla izquierda. Fotografía obtenida en el momento de aterrizar su avión, del que descendió casi helado.

Fot. O. Rodríguez.

Elogio de un multimillonario



John D. Rockefeller, el multimillonario famoso, el día que cumplió ochenta y cuatro años de edad, en magnífica salud física y moral, no obstante su aspecto apergaminado.



Sobre verde césped, Caperuza Roja, Pulgarcito y gnomos de lenguas barbas, evocan, en arcilla, a los personajes que Perrault inmortalizara en sus cuentos.

Pálido sol invernal acaricia las cabecitas infantiles de los alumnos que corretean en el campo de juegos de la Escuela Argentina Modelo, donde el niño halla a la fiel intérprete de su alma, a la inteligente maestra que descubre aptitudes, estimula iniciativas, encauza tendencias, aplaude esfuerzos y avalora resultados.

Inclinada sobre diminuto telar, Rosario Vera Peñaloza sonríe ante las vacilaciones de sonrosados dedos que tejen con piolines, y los ojos negros reflejan ternura, curiosidad, interés por el trabajo de la pequeña discípula.

¡Cuán profundo respeto inspira esa mujer evangélica que a nadie teme mirar al rostro!

Descendiente de enérgicos aragoneses, dueños y señores de los Llanos de La Rioja, y de ilustres vasos, que ostentaban la característica altivez de la raza, ella bien revela en su idiosincrasia la noble estirpe de sus mayores.

Si aquellos sus antepasados, mucho se afanaron por fundar pueblos, mayor empeño demostraron en instruir a sus hijos enviándolos a la Universidad de Córdoba, de ahí que más que el oro de sus caudales brillaran en su linaje los nombres del Deán Funes, del general Paz, y que la dignísima educacionista hoy consagrada a ideales al progreso de su patria.

Con el poeta puede decir:

"Yo renuncié las glorias mundanales por el arduo desierto solitario para sembrar también abecedario donde mismo se siembran los trigales".
Almafuerte.

Orlunda de aquellos valles, do crecen gigantescos cardones, y limitan abruptas cumbres, que perfuma el clavel del aire, empezó su apostolado en la Escuela Normal de la Rioja, continuando sus estudios en la prestigiosa de profesoras de la ciudad de Paraná.

Los recuerdos que allí dejara como alumna y maestra, grabáronse muy hondos en la culta sociedad entrerriana, la que, al celebrar, ha dos años, el cincuentenario de la fundación del establecimiento, rindióle cariñoso homenaje.

Inicióse en la cátedra desempeñando la de castellano en la Normal de la Rioja, donde ciencia y solaz encontró en la biblioteca que custodiara y dirigió el Jardín de Infantes.

De los centros educativos que Sarmiento implantara en el país, ninguno ha sufrido mayores vicisitudes que el Kindergarten; si el maestro halló ventajas, ministros sabios aconsejaron suprimirlo...

Observadora perspicaz, espíritu investigador, hábil psicóloga, Rosario Vera Peñaloza fué siempre partidaria entusiasta de la obra de Froebel, y, cuando con el correr del tiempo, la doctora Montessori difundió el sistema que lleva su nombre y el snobismo pedagógico aplaudió sin reservas su originalidad, ella realizó un estudio comparativo de ambos, difundiólo en interesantes conferencias y en folletos ilustrados que sintetizan en lenguaje claro, sencillo, sin oropel, sus apreciaciones.

Luego adaptó lo mejor de cada uno a las modalidades, tendencias y tradiciones nuestras, completando con todo lo que su ingenio y experiencia le sugirieron, el Material Argentino de Jardín de Infantes.

De allí, del dulce retiro que anhela Tagore, "del rincón de paz que había hallado en el mismo corazón del mundo del niño", llamóla el gobierno de la Nación, para que, hábil piloto, salvara del naufragio moral, la Escuela de Maestras de Córdoba,

UNA EDUCACIONISTA

cuyo prestigio zozobraba ante la opinión pública.

Sólo una mujer enérgica, de firme voluntad, "sin miedo y sin tacha" podía desempeñar tan delicado cargo, Rosario Vera Peñaloza respondió con creces a la confianza que en ella se depositara.

Directora, no vaciló en renunciar cuando un ministro firmó un nombramiento sin su aquiescencia, sabiéndole mejor el pan duro de cada día, ganado sin menoscabo de su dignidad, que sabroso manjar con mengua de ella.

Acortando las horas de reposo y prolongando las que destinara a lecciones particulares, encaró la difícil situación.

¡Y cuán amarga es a veces la copa que brinda esa enseñanza en hogares donde se regatean los honorarios del

implicaba la dirección, cuyas puertas se abrieron, sin litúrgicos protocolos, a profesores y alumnas.

Fué abolido el denigrante sistema de espionaje que conspirara contra la libertad de opinar de catedráticos y discípulos y convirtiera en serviles instrumentos a muchos seres débiles o ambiciosos; reemplazóse la rutinaria fórmula de convencional disciplina, por aquella otra que respetando la idiosincrasia, educa la voluntad para que armónicamente cada elemento y el todo, lleguen a realizar un ideal de progreso y perfección.

Poco a poco, con mesura y firmeza, hizo sentir la influencia benéfica de la educacionista de alma, cuya presencia en las aulas era un estímulo y una garantía.

Con la sencillez y la modestia inherentes al mérito, substituyó al pro-



Señorita Rosario Vera Peñaloza.

maestro para aumentarle sueldos al chauffeur!

Conocimientos, tino y ecuanimidad, valieron para ser nombrada inspectora de ejercicios físicos y en 1911 directora de la Escuela Normal Alberdi en la docta Córdoba.

Por aquel entonces, la veterana Escuela Normal de Profesores de la ciudad de Buenos Aires, aquella que fundara Sarmiento en 1874, se desmoronaba, carcomidos sus cimientos por el misterioso teredo del obscurantismo y profanados sus umbrales por la politiquería que subvierte valores reales para entronizar imaginarios, quema incienso a mercaderes de conciencias, hostiliza a la virtud y difraza a la verdad.

El templo del saber era un sepulcro blanqueado.

Para que Ariel recuperara sus dominios y desalojara a Caliban, para reconstruir y oxigenar aquel ambiente, era necesario un carácter de acero, un espíritu liberal, con amplitud de miras, sin las restricciones que imponen personalismos y camarillas.

En 1912, Rosario Vera Peñaloza aceptó la pesada y honrosa carga que

fesora que faltaba y más de una vez, el especialista en ciencias o letras, lo fué con ventajas por la eximia pedagoga.

La primera en ocupar su puesto, continuaba en la brecha a la luz de la lámpara, cuando hacía ya muchas horas la campana había enmudecido.

No hubo iniciativa que beneficiara al establecimiento que no fuera acogida con entusiasmo, sin escatimarle sacrificios ni esfuerzos para realizarla, empeñándose siempre en agrandar la órbita de acción del centro educativo, ya fuera en el magisterio, entre los padres de las alumnas o ante el público en general.

En más de una oportunidad, quienes debían secundarla en sus propósitos, arrojaron abrojos en su camino, sin conseguir desviarla de sus fines.

Afable, granjeábase la respetuosa confianza de las alumnas, de ahí, que, benévola confidente, conociera miserias y dolores que discretamente alliviara.

La escuela que recibiera con docientos veintisiete alumnas en el curso Normal y alrededor de trescientas en el de aplicación, era colmena, que a

fines de mil novecientos diecisiete, tenía más de mil quinientas libadoras de saber.

Transcurría el tiempo en sana atmósfera de estudio y labor, en tanto vengativo fetiche tejía su trama en las sombras.

Mano aleve rozó en sus fueros la delicadeza de la directora y, en vispera de acogerse a bien merecido descanso, presentó su renuncia el 28 de noviembre de 1917, la que el ministro aceptara veinticuatro horas después.

Ante el insólito hecho, clamaron los padres de las alumnas que pidieron en vano, ser escuchados, el magisterio protestó de la afrenta y la prensa independiente hizo oír su voz en todos los ámbitos del país. Jamás olvidaré la impresión que la noticia causara en las aulas ni la dignísima despedida de la noble maestra.

En la sala de actos públicos, de pie, ante los profesores reunidos, aquella mujer de pequeña estatura, parecía muy alta por el altivo pedestal que se labrara en toda una vida consagrada al cumplimiento del deber.

Con voz suave, hizo breve balance de las condiciones en las cuales quedaba la escuela, agradeció la colaboración que le prestara el personal y, sin una sola palabra que revelara el dolor del agravio, deseó el mayor éxito a quien la sucediera en el puesto que hasta ese momento había desempeñado.

Terminó, y largo rato reinó profundo silencio, silencio inquieto, silencio solemne, como aquel de las montañas riojanas del cual nos habla Joaquín González, donde el vuelo de un ave alarma todos los nidos, las guaridas y las viviendas.

En aquel silencio inquieto corrían lágrimas, ahogábanse sollozos, gritos de impotencia e indignación, el silencio de aquella pequeña multitud era más elocuente que el de la naturaleza.

Voz, que la emoción velaba, manifestó el sentir del auditorio y minutos después ella alejábase con la frente erguida y ánimo sereno.

Acalláronse músicas y cantos de las jóvenes que en vísperas de recibir el diploma, que las armaba caballeros de civilizadora cruzada, sentían cruel escepticismo herir sus ensueños de justicia.

Dolorosa cobardía moral mancilló la conciencia de muchos cuyos labios selló el temor de caer en desgracia; la falta de ley sobre estabilidad del magisterio empequeñece y deforma el carácter de quienes deben predicar con el ejemplo.

Proscripta de los establecimientos Nacionales, Rosario Vera Peñaloza desempeñó en Córdoba, la inspección de escuelas particulares y municipales, y es actualmente directora de la Escuela Argentina Modelo.

Desengaños ni arbitrariedades la arredran, encarna las palabras del prólogo de su interesante obra sobre "Enseñanza práctica de la Geometría": "estamos obligados a propender el bienestar general tomando la participación que nos toque en la tarea común de elevar el nivel moral de los ciudadanos y preparar mejor para la lucha por la vida; porque son problemas de moralización y de trabajo los de la hora presente".

En ratos de solaz lee su libro predilecto "La alegría de vivir" de Marden o deja que sus primorosas manos realicen artística labor, que más de una vez fuera premiada en la Exposición de Arte Decorativo.

Ha tiempo, el Honorable Congreso de la Nación recordó a la meritoria educacionista, pero no halló eco que respondiera a su iniciativa.

Aun entonces había el concepto de justicias, según bandera y partido, hoy, creo, tengo fe, en que hay justicia en mi país.

Emma DAY DE OLIVA.



Elogio del general Agustín P. Justo, recientemente ascendido



Correntino como San Martín, organizador como Paz, vidente como Riccheri.

Caricatura de Juan Antonio Sanguinetti.

DE LA TEMPORADA DE INVIERNO EN LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ



Un grupo de turistas que quieren pasar a la historia.



A la hora de la partida.



Un paseo en bote con rumbo a la "Garganta del Diablo".



Descanso, durante una ascensión, camino de los saltos.



Capricho de la naturaleza: obsérvese las ramas del árbol de primer término que forman el perfil de un bebé, mirando hacia la izquierda.



Contemplando, desde a bordo, las bellezas del Alto Paraná.



Señor Marcelino D. Dhers.



Señor Santiago Pegretti y señoritas María Antonia y Emilia Pegretti.



Señor Félix Renón y su esposa señora Luisa H. de Renón.



Apetito duplicado, como consecuencia de las excursiones.



El diputado Martínez dando una manita, en un paso difícil.



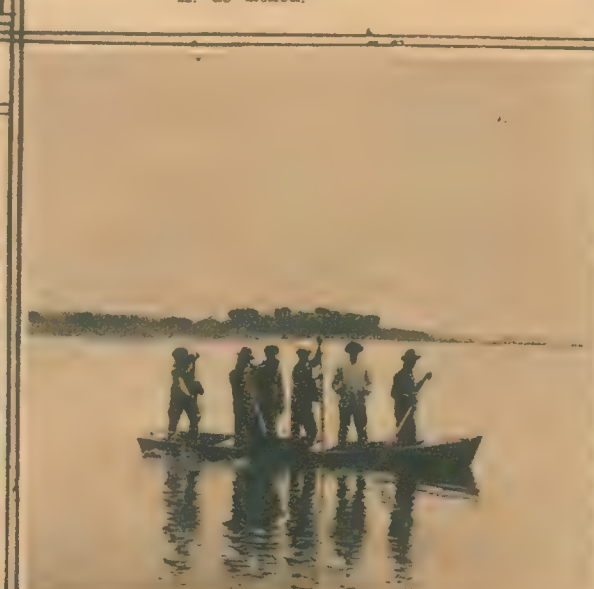
Dos laboriosas.



La despedida con un maticito.



Atravesando la Garganta del Diablo.



La señora Eugenia Cesio de Richeri y la señorita Marta Cornille.



Señora Teodolina Cesio de Cornille, señorita Marta Cornille y señores Gaspar Cornille y Horacio C. Bustamante.



HOMENAJE A LOS HÉROES DE COCHICÓ



Victorica (Pampa). — Traslado de los restos de los héroes de Cochicó, al monumento levantado en la plaza del mismo nombre. El gobernador del territorio, teniente coronel Núñez, pronunciando su discurso.



Durante el baile realizado en la municipalidad y organizado con motivo del homenaje tributado a la memoria de los héroes mencionados. Señoras de Alvarez, Zidebotonn, Viniegras, Bustos Bazán, Castellano, señoritas Lucero, Gómez, doctor Calusio, concejal Viniegras, señores Alvarez, Degref y capitán Niella.



El señor E. Zamorano, pronunciando su vibrante discurso en el acto de ser bajados los ataúdes para trasladarlos al nuevo lugar que se les ha destinado.



Monumento erigido en la plaza Cochicó, de Victorica, a cuyo pie fueron depositados los restos de los héroes, que se hallaban en el atrio de la iglesia parroquial.



Cabera de la procesión cívica que acompañó el traslado de los féretros, al desfilar frente al edificio de la municipalidad.

Fots. Diógenes A. Quiroga.

VIDA CANINA



Tres lebreles de magnífica estampa que figuraron en la Exposición Canina, recientemente inaugurada en las Tullerías.



Otros dos lebreles de pura raza, exhibidos en la misma Exposición.

Fots. H. Leon.



INFORMACIÓN GRÁFICA DE ROSARIO DE SANTA FE



Parte de los concurrentes al almuerzo ofrecido por el Moto Club Rosario, festejando el décimo aniversario de la fundación de dicha entidad. El acto se llevó a cabo recientemente en el campo de aviación, donde la institución de referencia tiene instalado su motodromo.



Grupo de señoritas que constituyen el "Comité Billiken Marcelo T. de Alvear".
Fots. Cornet y Aranda.



El cónsul del Uruguay, autoridades locales y parte de los comensales que asistieron al banquete efectuado en la Casa Uruguay, con el cual se conmemoró el aniversario de la independencia de la República Oriental.

DE ALCORTA



Elenco de aficionados que tomaron parte en la velada literario-musical organizada por el "C. A. Los Andes", con motivo del cuarto aniversario de su fundación. De pie, de izquierda a derecha: V. Di Lella, J. Glize (secretario del Club), V. Copertari, S. Canterle, S. Martínez, A. Cucco, J. Salvatore, A. Cucco y B. Di Fonzo. Sentados, de derecha a izquierda: A. Rossi, S. Romano (presidente del Club), señorita M. Bertrán, señor V. De Francesco (profesor de música a cuyo cargo estuvo la dirección musical de la velada), señorita Y. Rossi y V. Monti.



NOVEDADES DE LA PANTALLA



Dos escenas de la interesante película "La ramera aristócrata", donde la actuación de Irene Castle, la notable protagonista de "Te quiero... te adoro", se destaca, en todo su valor artístico, encarnando la figura principal de dicha dramática producción, perteneciente al programa Arte de la Corporación Argentino Americana de Films y recientemente estrenada con éxito en nuestros cines centrales.

Conservatorios



Señorita Catalina Steinberg, joven de doce años de edad que acaba de recibir su diploma de profesora de piano, en el conservatorio musical "Sarmiento".

Menudencia canina



El perro más chiquito de Europa es "Mucki", de raza Peking y de cuatro años de edad, que pertenece a una familia austriaca. Cabe en una copa de tamaño común.



De la estada del doctor Estanislao S. Zeballos en Estados Unidos



Como complemento de la copiosa información cablegráfica publicada por la prensa de la capital, referente a las interesantes conferencias sobre derecho internacional, que nuestro distinguido compatriota, doctor Estanislao S. Zeballos, está pronunciando en Estados Unidos, publicamos la vista del lujoso y confortable edificio del Williams College, de Williamstown, Massachusett, galantemente cedido para alojamiento del ilustre estadista argentino.

Retratos de actualidad



Señor Cándido Villalobos Domínguez, destacado miembro del partido Liberal Geor-gista, que acaba de pronunciar varias conferencias de crítica financiera.

Las últimas nevadas en Comodoro Rivadavia



J. A. Fernández Ladra, activo agente y corresponsal fotográfico de "Fray Mocho", difundiendo nuestra revista en las nevadas regiones de las pampas patagónicas, con una temperatura hasta de 15 grados bajo cero.



Vista general de Comodoro Rivadavia, tomada durante una de las recientes nevadas caídas en dicha región



La zona donde se hallan los yacimientos petrolíferos del Estado, totalmente cubierta por la nieve. Fotografía tomada desde un cerro próximo.

Fots. Fernández Ladra.



La temporada de invierno, en Rosario de la Frontera, continúa en su apogeo



Una procesión de fieles dirigiéndose al Santuario de la Virgen de la Montaña



Señora Josefa Zubiaurre de Maritarena e hija.



Señor Bernardo Ruiz Cicuño (a la izquierda), autor de la novela "María Teresa".

Universitarios argentinos en Europa



El doctor Carlos Alberto Bancalari, prestigioso facultativo argentino que actualmente visita las clínicas del viejo mundo, en viaje de estudios profesionales. Recientemente escribió un interesante trabajo sobre el Congreso Internacional de Parasitología, Higiene Social y de Educación Profiláctica, Sanitaria y Moral, realizado en París, en ocasión de celebrarse el centenario del nacimiento de Pasteur.



Señores Velaz, Menéndez y Bengolea "bocheando".



Familias de Naredo y Maritarena.



Señora Carmen Avallé de Fourcade y señorita María T. Dubarry.



¡Buen provecho!



Es criollo. ¿Quién lo duda?

Fots. Castañeda

"FRAY MOCHO" EN CÓRDOBA



Asistió a la convención últimamente realizada por el partido Radical y que dio lugar a los numerosos y pintorescos incidentes del dominio público.



Grupo de estudiantes de medicina del último curso, que se trasladaron a Buenos Aires, en vista de estudios.



Partido de polo jugado entre la oficialidad del regimiento de artillería montada. Tres instantáneas obtenidas durante el desarrollo del juego.



Jugadores que intervinieron en el partido de football realizado en la cancha de Belgrano. A la izquierda: el team de Peñarol, de Montevideo, derrotado en el encuentro, saludando al público al aparecer en el field. A la derecha: cuadro de Talleres, de Córdoba, que ganó el partido marcando dos a cero goals.

PROGRESOS DE LA VIALIDAD EN LA PROVINCIA DE SANTA FE



San Justo. — Equipo caminero, propiedad del gobierno de la provincia, construyendo, en forma inmejorable, las calles de dicha zona.



Vista del campamento de trabajadores, empleados en las obras de vialidad.

Fot. A. S. Bon.

OLOR DE MAR, por Wilbur HALL

En las tierras del interior no sabían qué misterio contemplaba Poltarness. En un día tranquilo, cuando reinaba la calma, y los hombres paseaban felices o apacientaban sus rebaños en las praderas, levantábase de pronto, del lado del mar, el viento del poniente. Presentábase cauteloso, gris y lúgubre, llevando hasta algunos el grito famélico del mar que clamaba por los huesos de los hombres; y aquel que lo escuchara, perdía el sosiego. —Lord Dunsany: "Beholder of Ocean".

Cuando el "Lucy S. Sterritt" naufragó a la altura de los Grand Banks, las primeras noticias de la catástrofe se recibieron en el pueblo por vías indirectas, y los pormenores sólo vinieron a conocerse cuando regresaron las embarcaciones.

El capitán Bádger, y Martha su esposa, una mujercita endeble, consumida por los cuidados, se aferraron a la esperanza de que habría sobrevivientes, tratando de convencerse a sí mismos de que, de los veintitrés tripulantes, su hijo Híram, que era el patrón, y Mark, hijo de Híram, que era el contramaestre, se habrían salvado. Trataban de engañarse a sí mismos alimentando la ilusión de que vendrían a bordo de alguno de los otros buques de la flotilla que los habría recogido. A no ser por esa ilusión, ninguno de los viejos hubiera podido contemplar de frente, sin dejar ver su tribulación, al pequeño Salem, chico de cinco años, último vástago que les quedaba de su dilatada prole.

—Nos ha robado a los demás,—le dijo el capitán a Martha, refiriéndose al mar grisáceo que batía sin cesar las rocas de The Point, al pie de la altura en que estaba la casa.—No acabó conmigo, pero me baldó y me sentó en esta silla a que me cuidaras durante quince años. ¡Bien puede perdonar a Híram y al muchacho!

—Bien puede,—contestó Martha en tono animoso. Y luego, con voz trémula, añadió:—Pero, ¿y si nos los ha quitado, Matt?

—Si nos los ha quitado, a Salem no lo dejaremos ir al mar nunca. Nos lo llevaremos lejos, ¡donde jamás oiga hablar del mar, donde jamás vea un buque, donde jamás sepa lo que es sentir una cubierta bajo los pies ni un cabo húmedo en las manos. Es el único que nos deja.

—El muchacho lo tiene en la sangre, Matt.

—¡Hum! —gruñó el capitán,—todas esas son patrañas de los libros. Si el muchacho crece donde nunca sepa de más nada que vacas, sementeras y cosechas, en vez de navegación y marineros y perpetua charla acerca del mar, la sangre de seis generaciones de marinos no hablará nunca en él. ¡La sangre! Es lo que mamamos desde que somos niños de pecho lo que nos hace marinos.

—Se la pasa en el astillero de Shipley,—dijo Mrs. Bádger.—No puedo sacarlo de allí.

—Haz que se quede en casa. La sangre no importa, pero sí la cabeza, y quién sabe si el mar se le meterá en la cabeza más fácilmente viendo construir buques que de cualquier otro modo. No lo dejes salir, por lo menos hasta que los muchachos vuelvan.

—Hasta que los muchachos vuelvan.

Así trataban de desvanecer sus propias aprensiones.

El capitán Anson Doud, de la goleta "Out Bound" fué quien subió la colina a llevarles la noticia. Contó

después que el viejo la recibió con una blasfemia, pero que su mujer no hizo más que apretar al nieto contra su seno, como para impedirle que oyera. Y en esto se equivocaba el capitán Doud. Lo que Martha Bádger hacía era defenderlo del mar, como si sus brazos pudieran impedirle que contestara al llamamiento que había arrastrado a cuatro generaciones ante su vista y que nunca le devolvió a ninguno de los suyos, excepto a su esposo, y ese baldado.

Al cabo de un mes los Bádger habían vendido cuanto poseían y se habían marchado de The Point para el oeste. El suceso parecía increíble y constituyó por un tiempo la comidilla de la aldea.

Sólo unas cuantas mujeres adivinaron el verdadero motivo del viaje; unas cuantas, cuyos compañeros no

ras. Hacíales extrañas preguntas a las personas que le ofrecían en venta casas y granjas. Averiguaba siempre si vivían en los contornos personas de la Nueva Inglaterra o familias de navegantes. Esperanzados, en la creencia de que trataba de encontrar paisanos y cofrades, se los buscaban, y cuando los encontraban, él desaparecía, y el trato quedaba interrumpido con deplorable brusquedad. Al cabo el anciano encontró en Montana un valle pequeño, a manera de enorme copa, por el cual corría con violencia un río, y que estaba protegido por montañas altísimas. Era muy de dudar que alguna vez hubiese llegado a ese rincón de las Montañas Rocallosas nadie que a lo sumo hubiera contemplado el mar. Allí se establecieron.

En su tierra de unas cuarenta hec-

la ubre de una vaca que olía de un modo "tibio y agradable", y divertíase inventando explicaciones fabulosas de los misterios de la ubre.

Afirmó que era menester que alguien fuera delante de la yunta del arado a fin de espantar de los surcos a los cuervos, y cuando Salem se cansaba, Joe le permitía que se montara en el caballo de la izquierda que avanzaba por el negro surco de tierra olorosa, el cual era muy manso y muy seguro en las vueltas.

Esto era sólo una parte de lo que Joe hacía para el niño. Durante largo tiempo, eso fué bastante; pero a la larga empezó a fastidiarlo. Principió a pedir nuevas cosas que ver y que hacer. Una mañana detuvo en el camino a tres chicos robustos y descalzos, los cuales le dieron a oler la caja en que llevaban su almuerzo y le hablaron de la escuela con jactancia. Ese día Salem preguntó a sus abuelos por qué no lo enviaban a él también a la escuela.

Los dos ancianos tenían tramada una conspiración extraordinaria. El capitán Bádger, condenado a vivir preso en su sillón casi todo el día, caviló tanto sobre el asunto que éste llegó a obsesionarle. La herida le había llegado al alma, volviéndolo agrio e implacable. No era fácil para un hombre nacido y criado en la atmósfera marina y entre marineros abstenerse de toda referencia al mar, y sólo conseguía hacerlo a fuerza de estar siempre sobre aviso. Esto era lo más difícil de su propósito. Su vida había estado ligada al mar; mirar ahora en torno suyo, hora tras hora, día tras día, sin poder divisar el horizonte azul más allá del tumulto de la resaca; no oír el violento estruendo de las olas contra el promontorio; no percibir el olor del mar, sino contemplar solo, los campos ondulantes de las laderas todos circunscritos—¡cuán poco espacio!—por la eternidad de las montañas constituía de por sí un castigo irritante y embrutecedor. Por eso era más de admirarse que consiguiera echarse un candado en la boca para bien del nieto.

Todo el amor que los dos viejos habían tenido que repartir entre sus muchos hijos reconcentrábase, ahora que el mar les había arrebatado a los demás, en el chico desgreñado. Eran gente severa, nativa de una tierra severa y acostumbrada a una severa disciplina, de modo que el pequeño Salem no resultó un niño mimado. Pero el afecto entrañable de los viejos los mantenía pendientes de él. Ellos eran su fortaleza y su defensa. La recompensa del anciano capitán y de su mujer consistía en que el muchacho confiaba en ellos y de ellos dependía, y en que no conocía el mar: sólo conocía el campo y sus labores y su vida tranquila.

Habían demorado el enviarlo a la escuela porque la temían. Cuando Salem expuso sus argumentos infantiles, entraron a discutir el caso. Por fin Martha convino:

—Eso lo mantendrá ocupado. Me acosa a preguntas y se la pasa poniéndome en aprietos.

—Bueno, que pruebe entonces—asintió a la postre el anciano.—Pero ve el primer día junto con él y observa qué es lo que le enseñan. El mar puede tenerlo todavía en la cabeza, esperando sólo una palabra para adueñarse de él.

Salem asistió a la escuela. Pasó un año y luego otro, y los viejos olvidaron sus violentas aprensiones, aunque sin perder por eso nada de su cautela.

Pida en
CHOPP

QUILMES

DE

INVIERNO

exquisita cerveza
de la estación.

yaecían en tumbas que pudiera señalar una lápida, sospecharon que el viaje de los Bádger con el niño era, en realidad, una fuga.

Para el tierno Salem el desarraigo significó solamente unas cuantas cosas e impresiones nuevas, llenas de delicia. Apreciaba el mundo por sus apariencias, se interesaba en todo, a todo estaba atento, mostrándose inquisitivo, curioso, infatigable. Aquel primer viaje en ferrocarril fué una aventura como nunca la soñara; y más todavía se divirtió en sus peregrinaciones por el oeste de Iowa, Nebraska, Dakota del Norte y Dakota del Sur, en busca de un lugar propicio. El capitán Bádger, sin embargo, no se satisfacía de buenas a prime-

tareas formada por cañadas, prados y colinas y una dehesa con árboles en la parte de arriba, Salem gustó las delicias que sólo un muchacho criado en la ciudad puede experimentar cuando por primera vez se encuentra en el campo. Joe Bónesteel, peón que había sido "comprado junto con el rancho", era tarde y estúpido, pero se prestaba para ser compañero de un muchacho de seis años.

Enseñó a Salem a montar a caballo, y le regaló una pistola de seis tiros, trazando en su culata con una lima emblemas de hazañas de tirador, a fin de que el muchacho urdiera una versión de su significado.

Exprimía en la risueña boca de Salem cálidos y espumosos chisquetes de

De vez en cuando alguna pregunta o alguna observación trivial del muchacho los ponía en apuros. Su propósito de impedir que oyera hablar del mar era empresa complicada y difícil. Es claro que no lo consiguieron del todo. El chico se presentó un día en casa, ya de ocho o nueve años, diciendo que quería un barco, porque todos los demás muchachos tenían y los echaban a flotar aguas abajo en el río crecido o con ellos organizaban regatas en la oscura superficie del remanso que usaban para bañarse.

El capitán Bádger le dijo al muchacho con voz tonante que no se acercara al agua.

—¡Barcos!—bramó.—Si no tienes bastante en que ocuparte, te encontraremos algo más.—Sin embargo, algún tiempo más tarde vinieron a descubrir que uno de los compañeros de Salem le había regalado un barco, y que Salem lo había aparejado, imitando a los demás chicos. Pálido de ira, el capitán llamó al nieto.

—¿Qué es eso de un barco otra vez?—preguntóle con aspereza.

—Róscome me regaló uno, y yo le puse las velas, pero no lo eché al agua.—Déjamele ver.

El juguete era un trozo de madera como de treinta centímetros de largo, con una proa hecha toscamente con una sierra; tenía un mástil y las velas eran retazos cortados de una sábana vieja.

—¿Tú hiciste las velas, Salem?—preguntó el capitán.

—Sí, abuelito.

—Bueno. Si puedes jugar sin molestar, ve con los muchachos y juega con tu barco en el remanso; pero si vienes a casa mojado te doy una zurra, ya lo sabes.

—No me mojaré.

No comprendió el rezongo de satisfacción del viejo. El capitán Bádger le contó a Martha el incidente con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Es un pedazo de palo que no quiere andar sino acostado. ¡Y las velas!—y se detuvo para reír.—No te preocupes pensando que tiene el mar en la sangre. El barco está aparejado por todo un hombre de tierra, sin duda; ya se ha olvidado del astillero de Shipley.

No los sorprendió saber, más tarde, que Salem se había aburrido pronto del barco y lo había regalado. El aparejar el juguete le había interesado por manejar con sus manos las herramientas, y comenzó a divertirse con la carpintería, mostrando cierta disposición para ella; pero le gustaba hacer cosas útiles para la casa y la granja.

A los trece años, Salem estudiaba geografía, y el capitán se puso a observarlo de nuevo.

—¿Estás aprendiendo lo que son continentes, lagos, cabos y ríos?—preguntó.—¿Por dónde van ahora?

—Vamos por África,—dijo el muchacho con seriedad.

—¿África? ¡Hum!

Acudieron a la mente del viejo lobo de mar las bien recordadas escenas de playas tropicales y negros medio desnudos, hombres gallardos vestidos de blanco y poblaciones de chozas apiñadas, de la bulla de estridentes voces que hablan en jergonzas exóticas, y del rumor de las olas que ruedan majestuosamente en las playas solitarias, cabrilleando a la luz del sol; de olores de calor húmedo de los que envolvían colonias de mala fama, donde acaecían cosas inusitadas; y, en medio de todo, el olor del mar del trópico. Las reminiscencias se le agolpaban a la punta de la lengua, pero se refrenaba.

—África es un lugar de terrible calor, según me han dicho. Hay allí tiburones y negros asesinos. ¿Qué más has aprendido?

El muchacho recitó algunos hechos

aislados, con dificultad y sin entusiasmo.

—¿No te gusta mucho la geografía, verdad, hijito?—preguntó el capitán.

—Algo; pero más me gustaría trabajar con las manos.

—Dentro de poco tendrás bastante que hacer en el rancho.

—Sí; así lo creo; pero eso no es viajar. Me gustaría ver el mundo.

—¿Ver el mundo? ¿Dónde puedes encontrar un lugar mejor que éste?

—Volvería aquí, por supuesto. No es que no me guste la granja.

Más tarde el capitán le dijo a Martha:

—Eso es desasosiego de muchacho. Le encontraré más que hacer.

Comprendió que había llegado la hora de arraigar profundamente al muchacho en el suelo, de inducirlo a que gozara del nuevo ambiente en que vivía. Salem estaba bien dispuesto, y, con la ayuda de Joe Bónesteel como aliado, el anciano hizo atractiva para el muchacho la ocupación de labrar la tierra, valiéndose del único medio práctico que conocía, es decir, atribuyéndole al nieto los méritos y dándole las recompensas de que eran dignas sus acciones. A poco Salem empezó a depositar dinero en un banco de la población vecina y a considerar ciertas partes de la finca como si fueran suyas propias. La escuela y el trabajo lo tuvieron sumamente ocupado durante un año o dos.

Crecía, convirtiéndose en un muchacho vigoroso e inteligente, bastante fuerte y robusto para sus quince



CACAO

"Paulista"

SANO

Y

NUTRITIVO

Sec. Premios: Av. de Mayo 864

lidad.—Pueden olvidar que tuvieron que rendirse, pero no olvidarán que seguí golpeándolos después. Esa es la razón.

Un vecino que presencié el desenlace de una de las riñas fué a contárselo al capitán Bádger.

—Venció al hijo de Snowden,—dijo el vecino,—y luego le dió un par de golpes como si dijéramos para colmo. No es cosa de mi incumbencia, pero si fuera hijo mío, me parecería que revela una mala tendencia que debería quitársele.

El capitán Bádger se enderezó.

—No se preocupe por las malas tendencias de Salem,—dijo secamente.—

—Dice usted que el otro muchacho era más robusto que él? Pues bien; el otro se quedará aporreado, usted lo verá.

Casi con júbilo se dijo más tarde:

una comezón de echar a andar hacia algún punto desde donde pudiera ver el mundo. Sentíase como encerrado. Cuando fué a Two Forks, lo hizo con gran anhelo, pero sintió que sus ansias volvían a encenderse cuando, después que llegó a esa población rural, comprendió que su anhelo era ir más lejos. ¿Por qué? No lo sabía, ni pensó mucho en ello tampoco.

Tenía que hacer el trabajo de la granja; y poseía una prometedora cría de marranos de raza, su terreno propio de más de cuatro hectáreas y su caballo: todo lo que necesitaba. Era más de lo que tenían la mayor parte de los mozos de su edad. Todas esas cosas le gustaban, las miraba con interés y las cuidaba con inteligencia y esmero cada vez mayores. Pero una o dos veces había experimentado el sentimiento extraño, tan fuerte como una convicción absoluta, de que no había nacido para labriego; de que no había nacido para vivir encerrado entre dos montañas. Esto lo ponía perplejo.

—Viviría como perdido fuera del valle,—se dijo.—Este es mi lugar. Y entonces, ¿por qué no he de permanecer aquí?

Como no encontró respuesta renunció a seguir haciéndose preguntas.

Henry Mather iba a la ciudad de Helena en el otoño. Henry era el mejor camarada de Salem. Eran del todo diferentes, pero simpatizaba el uno con el otro. Henry invitó a Salem a que lo acompañara.

—Le escribiré al tío Port que vas conmigo. Tiene dos automóviles y un caserón; es un hombre acomodado. Veremos la ciudad, iremos al teatro y nadaremos en el Sweetwater. Discullo a tu abuelo.

Así lo hizo Salem.

—¿Para qué?—preguntó el capitán con aspereza.

—Quisiera ver la ciudad, abuelo.

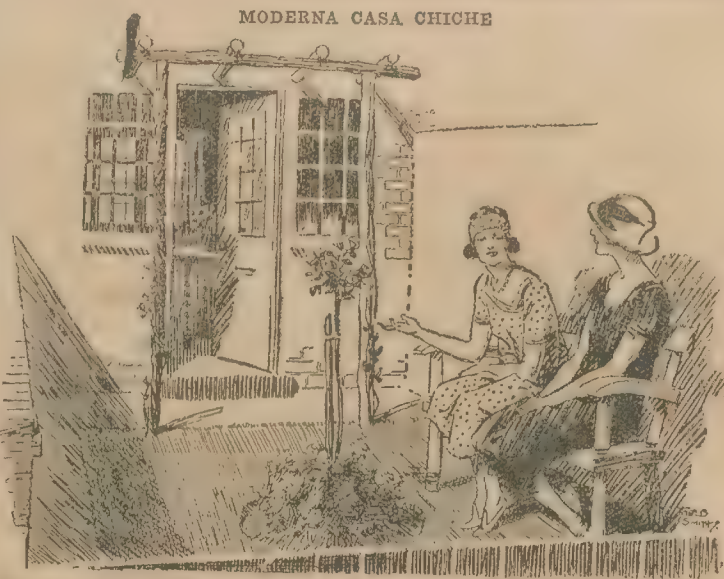
—Es exactamente lo mismo que Two Forks; sólo que es un poco más grande.

—Lo creo; pero Mr. McHarg nos llevará a pasear en automóvil, y de ese modo conoceremos la comarca, que es lo que deseo.

El capitán consintió. Salem regresó desilusionado, algo silencioso. Había sido una repetición del viaje a Two Forks: nada más claro ni intenso que el hecho de que Salem sólo deseaba ir más lejos. Volvió a su cría de cerdos y a su trabajo y hasta a la escuela superior, en la que entró ese otoño con entusiasmo. La mejor de sus marranas parió en agosto, y en septiembre, con su ventregada de cochinitos de pelambre afelpada y lustrosa, se ganó el segundo premio en su clase en la feria del condado. Este triunfo acreditó a Salem como criador. Sin embargo, dos veces, después de haber estado en Helena, sintió de nuevo el mismo extraño impulso de viajar.

Aquel invierno fué memorable por sus ventarrones. Todo el valle sufrió en consecuencia; y los Bádger perdieron el granero viejo. Fué un invierno largo, con copiosas nevadas, y la primavera se presentó tardía. Salem mostró mucha preocupación por

MODERNA CASA CHICHE



—El jardín no es grande, por cierto; pero si tenemos abierta la puerta de la sala llega un poco de aire...

años. Estaba satisfecho de la vida tal como la encontraba; era de índole tranquila y un poco tímido, pero lleno de energía, complaciente y capaz de adaptarse a los juegos, a los planes y a los entusiasmos de los demás, lo cual le granjeó el afecto de sus compañeros. Era muy capaz también para cuidar de sí mismo y, aunque no era pendenciero, tenía un genio que había que respetar una vez que se soliviantaba. Después de su primera riña, cuando tenía catorce años, tres o cuatro mocetones de más edad repararon en él, y un año más tarde, cuando estuvo listo para ello, los venció uno tras otro, en dos días de riña intermitente. Y no los venció solamente, sino que los aporreado hasta que pidieron gracia y después les dió unos porrazos finales que les parecían a las almas tímidas gratuitos y hasta crueles.

—¿Por qué le seguiste pegando a Pete después que se dió por rendido, Salem?—preguntóle alguien.

Salem contempló de frente a su interlocutor.

—¿Para no tener que hacerlo otra vez,—contestó con la mayor tranqui-

—Mantendría una tripulación tan en orden como si estuviera en misa. ¡Qué buen contramaestre haría!

No obstante, no le dijo a Martha nada de esto.

Salem se convirtió en una especie de jefe de los muchachos más circunspectos, y todos lo querían. Pero cada día experimentaba más el deseo de sentirse solo. La mayor parte de las cosas que entretienen a los muchachos comenzaron a parecerle tontorrías. Hablaban de las muchachas y las reuniones de la feligresía en la iglesia, y las diversiones de la escuela significaban para ellos la presencia de muchachas. Salem sólo podía pensar en éstas como en la demás gente. Todo cuanto los otros mozos encontraban en ellas delicioso era para él desabrido y tonto. Iba a ser sano y recio, de modo que se mantuvo aislado. Así tenía tiempo para pensar en las cosas: en las cosas y en los lugares.

Habíase preguntado siempre qué habría detrás de las Montañas Rocallosas, y qué habría más allá de la tierra que estaba detrás de las montañas. Y entonces sentía en las piernas

sus animales y perdió varios días de escuela porque los caminos estaban intransitables; y también a causa de su trabajo. Lefá bastante; pero el capitán Bádger, en secreto, censuraba estrictamente esas lecturas, y se sintió más tranquilo cuando halló que los libros eran publicaciones del gobierno sobre la cría de cerdos y el cultivo de la alfalfa. También había un libro de aventuras en el interior de la China, obra truculenta y lúgubre que el viejo dejó pasar con desprecio.

Cuando sobrevinieron los primeros días tibios, Salem mostró una actividad febril. Tenía grandes planes con sus cerdos e iba a hacer un ensayo eriendo dos terneras de pura raza que un vecino le ofrecía a un precio tentador. Además, había que construir un granero nuevo. El capitán Bádger había empleado semanas enteras proyectándolo y sacando la cuenta del costo de la madera. Iba a ser un granero estupendo; pues lo construiría de tal modo que ningún ventarrón de Montana pudiera sacudirlo ni dañarlo. Su interés y el buen tiempo lo permitieron vencer hasta cierto punto su incapacidad física, de modo que en abril salió de la casa a inspeccionar la fábrica de los cimientos y el corte de las vigas del piso. Salem estaba absorto en el proyecto, manejando la escuadra y la sierra.

El capitán se quejaba de los materiales.

—No se consigue buena madera en esta comarca,—le dijo a Jóberson, el carpintero que había contratado en Two Forks.—Nada más que nudos y rajás: toda de clase inferior. ¡Si consiguiera madera de Maine!

—Podía usted ver si Hamilton de Gállatin tiene una mejor,—sugirió Jóberson.—El otro día estuve allá y vi que llegaba de Séattle un tren cargado de cedro.

—Voy a ver,—respondió el capitán.

Fué, en efecto, a Gállatin y encontró lo que buscaba. Dos semanas después un camión automóvil descargaba los grandes trozos en el sitio en que iba a construirse el granero.

Salem no asistió a la escuela esa semana. Había mucho que hacer en casa. Su vieja afición a manejar herramientas le infundía el deseo de ayudar a cortar la madera. Con sus animales y con un lote de terreno que había sembrado de alfalfa de Utah el verano anterior, mientras Bónesteel criticaba la innovación y refunfuñaba, porque con la vejez se hacía conservador, Salem no tenía tiempo para más nada. Por el momento no se acordaba de sus inquietudes. Estaba más contento con la fina mientras más esfuerzos pedía ésta.

En una tibia mañana de abril en que el sol brillaba en un cielo limpio y la tierra ostentaba un verdor opulento que extendía sus matices claros hasta las obscuras arboledas de la montaña, el mozo comenzó a cuadrar las ocho gruesas vigas de las esquinas del granero: los nuevos trozos que habían venido de Gállatin. Jóberson había marcado los cortes, mientras el viejo capitán se agitaba atisbando detrás de él; y Salem colocó la larga y aguda hoja de la sierra en la línea marcada; con cierta noción de la importancia de su tarea. El capitán Bádger les había explicado con mucha insistencia que esa parte del trabajo del corte tenía que hacerse con gran exactitud, porque de eso dependía la firmeza y seguridad de la fábrica toda.

La sierra comenzó a zumbir en su vaivén, abriéndose paso lentamente en la madera, Salem, pensando en sus cerdos, trabajaba mecánicamente. Cuando el primer corte iba por la mitad, se detuvo, retiró la sierra y le pasó los dedos distraído, a lo largo de los dientes, quitándole las partículas de aserrín que tenía adheridas.

Estaba pensando que el próximo otoño sería menester construir un establo de cuatro pesebres, porque no podía dejar las dos novillas a la intemperie, y quizás tendría para esa época dos más, que Bláckinton había ofrecido venderle.

De súbito, con ese vago sentimiento, que todos hemos experimentado alguna vez, de que sucedía algo que había sucedido otra vez antes en alguna parte, olfateó, miró con rapidez hacia las montañas circundantes y comprendió que no debía estar allí pensando en el cuidado que debía tener con sus novillas en el otoño.

La voz del capitán Bádger vino a sacarlo de su abstracción.

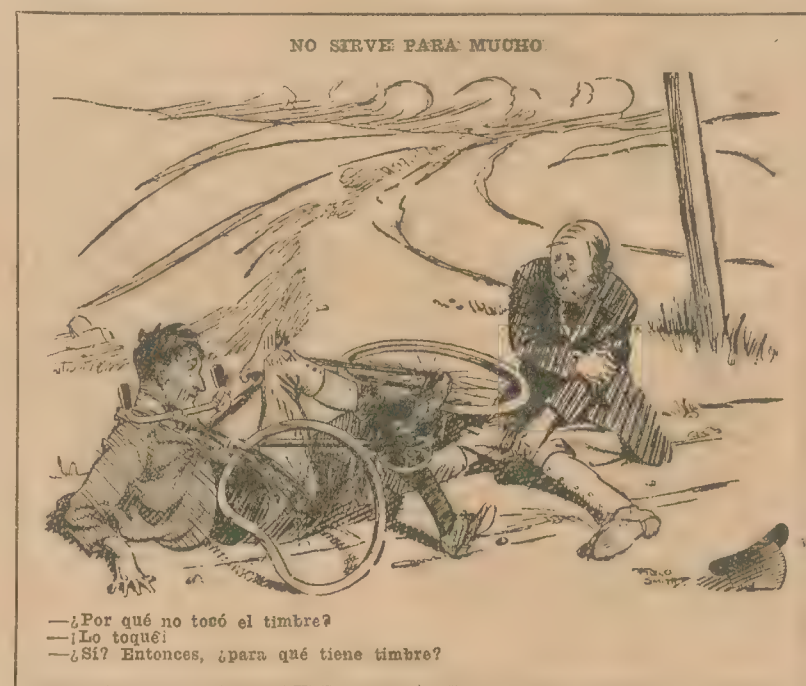
—¿No te propones que esa sierra se caliente mucho, Salem?—preguntó con sarcasmo.—Si es mucho para ti.

—Estaba pensando en los animales,—contestó Salem, y se puso a aserrar de nuevo.

Sentíase vagamente inquieto y desconsolado. La sierra llegó al otro lado del madero, y la punta angular de éste cayó por tierra con un golpe sordo. Salem se inclinó para ponerla a un lado y sintió de nuevo cierto olor especial. Distraído, recogió un puñado de aserrín.

Tenía éste el olor ordinario de la madera: olor de resina, fibras y savia que se ha secado entre las fibras; pero había algo más. Salem la arrojó al suelo como si fuera algo que le desagradaba. Se dirigió al otro extremo del madero y colocó la sierra en la línea marcada.

Pero no llegó a moverla. Púsola a un lado y se dirigió de nuevo al montón de aserrín que estaba debajo del primer corte.



—¿Por qué no toqué el timbre?
—¿Lo toqué!
—¿Sí? Entonces, ¿para qué tiene timbre?

—¿Qué olor es ese, abuelo?—preguntó, tendiéndole un puñado de aserrín al anciano.

—¿Ese? Olor de madera. ¿Por qué?

—Huele de un modo raro.

Jóberson intervino:

—Es muy probable que esta madera la hayan traído en almadía por la sonda.

Un torrente aterrador de injurias ahogó la voz del artesano estupefacto, el cual retrocedió un paso, empuñando instintivamente una azuela en la mano, como para defenderse. Jamás había oído semejantes palabras ni semejante tono.

—Debo tener este granero acabado antes del otoño,—concluyó sonrojándose.—Mueva un poco esa azuela.

Salem se quedó tan sorprendido como Jóberson, pero el incidente le hizo olvidar la cuestión que lo había llenado de perplejidad. Todo el resto del día trabajó de firme, sin inquietudes ni cavilaciones conscientes.

A la hora de la comida estaba

VINOS

CALVET

AVDA. ALEM 401 BUENOS AIRES.

tranquilo; después dijo que deseaba ir a casa de los Máther a ver a Henry. El capitán gruñó, y Martha lo vió marcharse con mirada de cariño y de orgullo.

Salem se dirigió a la caballeriza, ensilló su jaco y se marchó para no regresar jamás.

En la mañana temprano Henry Máther se presentó en el coche en que acostumbraba ir a la escuela.

—Salem dijo que empezaría a ir a la escuela de nuevo hoy,—principió a decir,—¿es que?...

Mrs. Bádger había salido de la casa, corriendo hacia él, y ahora estaba de pie cerca, apoyándose en una de las varas del coche.

—Henry, ¿no pasó Salem la noche contigo?—preguntó con voz temblorosa.

—No, señora; apenas estuvo un rato en casa. Parecía como si hubiera estado pensando en otra cosa. ¿No lo ha visto usted?

ayer,—contestó el capitán.—¡El olor... tenías razón, Martha!

—¿Tenía razón en qué, Matt?

—Dijiste que lo tenía en la sangre. Su sangre respondió. ¡Era el olor del mar!

Los monjes y las bibliotecas medioeveles

Thomas Jameson, notable escritor protestante, afirmó años atrás en el "Cyclopedia of English Literature" (t. 8, p. 184), que si no fuera por los monjes medioevales se habría apagado la luz de la libertad y de la ciencia; ellos durante más de diez y seis siglos dieron albergue en sus pacíficos claustros a los grandes pensadores de la antigüedad y preservaron del común naufragio las grandes tradiciones del arte antiguo. Los monjes fueron los únicos que pacientemente y constantemente fueron copiando los preciosos códices, esos mismos que ahora tanto aprecian nuestros magnates y que con tanto afán todos buscamos. En los primeros siglos del Cristianismo cada iglesia tenía a su lado, o en su mismo interior, una "biblioteca pública" y existe una carta de San Jerónimo a Pamaquio en la que le dice que permita el libre uso de las mencionadas bibliotecas (ecclesiarum bibliothecis fruere). El obispo Alejandro de Jerusalem tenía en el año 250 una rica biblioteca y un no menos rico archivo. El papa San Dámaso (366-384) hizo construir un edificio especial para la biblioteca de Roma y el papa Agapito (535-536) otro más cómodo y de mayores proporciones. En una de las paredes se leían estos versos: "Hos inter residues Agapetus pure sacerdos | Codicibus pulchrum condidit arte locum". En las reglas de los monjes benedictinos había varias sobre el uso de los libros y en ellas se ordenaba al bibliotecario que cada día recogiera los libros, examinara si estaban en buen estado, vigilara que estuviesen todos y los encerrara, bajo llave, durante la noche. Algunas de las bibliotecas conventuales tenían dos mil y tres mil libros y todas ellas solían tener en las paredes inscripciones o avisos, lo mismo que las grandes bibliotecas modernas. La de San Isidoro de Sevilla (600-636) tenía sobre la puerta este distico: "Non patitur quenquam coram se scriba loquentem | Non est hic quod agas, garrule, perge foras". ("A nadie es permitido hablar cerca de los que estudian: Charlatán! Si nada tienes que hacer, vete de aquí.") ¡Cómo se esmeraban aquellos beneméritos monjes en conservar los libros que poseían! Ricardo de Bury escribió en su "Philobiblon" que, "después de los ornamentos y vasos sagrados al divino culto, nada han de estimar tanto los monjes como los libros de la biblioteca, por lo cual deben todos esmerarse en no dañarlos ni ensuciarlos". Razón tenía Montalembert en exclamar: ¡Qué sería de nosotros si los monjes medioevales no hubieran trabajado como trabajadores!

J. BOOCKLOVER.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Para evitar que los niños se muerdan las uñas, es lo más conveniente el empleo del tafetán inglés líquido. Antes de usarlo, se lavan cuidadosamente las manos de los niños, y a seguida se vierte una gota de tafetán, sobre el extremo de cada dedo, extendiéndola de modo que recubra el borde de las uñas. Dejándolas secar durante tres o cuatro minutos, se endurece, adhiriéndose a la piel y la uña con tal intensidad, que será muy difícil que los niños la arranquen mordiendo, pues tendrían que hacer un gran esfuerzo para ello, cosa que no suele ocurrir, pues en la mayoría de los casos no se llevan las manos a la boca sino a causa de la excitación que la nerviosidad les produce. Todos los días debe arrancarse la capa de tafetán, sustituyéndola por otra nueva. Conviene además excitar con frecuencia el amor propio de los niños, haciéndoles notar los peligros y la fealdad de este pequeño vicio, a la par que la belleza de las manos de los que no tienen este defecto.

Cuando hay que coser a máquina tejidos de poca consistencia como la seda y la muselina, se prenden o hilvanan tiras de papel siguiendo el camino que ha de ser respuntado por el lado de la tela que ha de tocar con los dientes de debajo del prensa-telas. De este modo no se arruga la tela y se trabaja fácilmente.

Para analizar bien el agua se echa una chispa de permanganato de potasa en una copa de las de vino llena de agua, y sin agitarla se observa el color que toma. Si se pone de color de vino obscuro o castaño, es que está contaminada, y cuanto más opaco sea el color, más peligro ofrece.

Para que la manteca de cerdo se conserve fresca durante varios meses, después de quitarle el sebo, se le echa una cucharada grande de miel por cada veinticinco o treinta litros de grasa, removiéndola para que se mezcle bien.

Para que no se empañen los cristales de las ventanas con la escarcha, se disuelve una parte de cera en diez de aguarrás, se añade una parte de barniz y otra de secante y se aplica la mezcla al cristal por la parte exterior. Antes de que se seque se enjuga restregando suavemente el cristal con un poco de algodón en rama.

Si se quiere puede añadirse a la disolución de cera, un poquito de azul de París, de carmín de rubia, etc.

Cuando se cuece leche, salsa o cualquier substancia comestible, una bola de porcelana, de esas que emplean los chicos para jugar, metida en la vasija, remueve automáticamente el contenido de la misma e impide que se queme.

La cocina

BACALAO A LA BRANDADE

Se toman unas dos libras de bacalao bien desalado procurando que sea la parte más gruesa; se corta en pe-

dazos cuadrados y se pone con bastante cantidad de agua fría para que cueza a fuego lento, y cuando va a levantar el hervor se aparta y se cubre con una tapadera dejándolo en esta disposición unos diez minutos, pasados los cuales se escurre por un cedazo y luego por un lienzo o cañamazo para que no quede ninguna humedad. Después se quitan las espinas con cuidado, dejando los pellejos; se frie en una cacerola en aceite muy fino una cebolla picada con una hoja de laurel, se echa el bacalao y se revuelve fuertemente con una espátula hasta que se haga pasta. Al hacer esta operación se echan unas cucharadas de aceite muy fino, dejándolo caer muy poco a poco y al mismo tiempo algunas gotas de limón. A fuerza de trabajo y con la ayuda del aceite y del limón, el bacalao adquiere una blancura y una elasticidad sorprendentes.

ARROZ A LO CAFRE

Esta receta es del popular libro de cocina de Angel Nuir "El Practicón". Dice así:

Lo primero que hace falta es una sandía. Según el número de comensales así será el tamaño de la sandía. Se parte ésta cortando un casquete, y con limpieza se vacía, descartándola en trozos presentables, que han de servir de entremés para el comienzo de la merienda.

Se sigue limpiándola por dentro de toda su carnosidad hasta que no quede más que la corteza, bien alisado el interior, resultando así una cavidad en forma de cazuela.

Se echa dentro aceite frito de antemano, calabacines en trozos pequeños, pollos, pescados o carne condimentados antes; se sazona, se agrega pimientos y tomates muy recortados.

PRUEBA DE INOCENCIA



—Tú te comes las ciruelas. He encontrado los carozos.
—Entonces no soy yo. Yo me los trago.

Es menester tener mucho cuidado de no dejar caer mucho aceite a la vez, porque sería muy fácil que se cortara como acontece con la mayonesa y el alioli, pero esto se evita fácilmente echándolo muy poco a poco. La cantidad de aceite no puede tasarse fijamente, atendido a que hay bacalao que lo toma más que otro, pero el término medio puede ser medio cuartillo para dos libras de bacalao.

A última hora puede ponerse un poco de leche o de nata, una cucharada de perejil picado, nuez moscada y sal si fuera menester.

Para servirlo se calienta meneándolo fuertemente al fuego y se sirve bien arreglado sobre la fuente o dentro de un "vol-au-vent" empanada, o pastel caliente de masa de hojaldre.

Se llena de agua la sandía hasta dos o tres dedos de sus bordes y se echa arroz en cantidad de una tercera parte del volumen de lo contenido en ella.

Se tapa con el casquete invertido y con un pedazo de lona fuerte, como si se hiciera un lío, se ata y se sujeta bien la sandía para que no se desplace la tapadera.

Hecho esto, se hace un hoyo en el suelo, se entierra la sandía y se recubre con un poco de arena.

Después se echa cal viva encima para formar montón y se apaga con agua. A los tres cuartos de hora se saca la sandía y se sirve este arroz perfectamente cocido, y sabroso hecho sin lumbre y sin vasija.

LA CULPA

de muchos disgustos caseros la tienen los estados de nerviosidad en las señoras, originados generalmente por las enfermedades propias de su sexo.

Toman bromuros y otros medicamentos nervinos sin ningún resultado, y, ya desesperadas, recurren a un médico, quien les indica el origen de su mal. Una vez conocida esta circunstancia se piensa en la facilidad con que se hubiese podido evitar la afección.

Y bien, señora; si usted no ha llegado aún a este estado, evítelo usted; no es molesto ni engorroso el habituarse a la práctica de la higiene personal íntima.

Todos los días al levantarse o acostarse, prepare usted una solución tibial al 1 o 2 por ciento de Lysoform, siguiendo las instrucciones del prospecto que acompaña cada frasco, y hágase una irrigación. Con esta sencilla operación verá usted disminuir sus dolencias, hasta llegar a su completa desaparición en breve tiempo y a poco costo.

Prosiguiendo usted el uso de Lysoform, no deberá temer las enfermedades propias del sexo, con sus funestas consecuencias, pues con la práctica de la higiene íntima pueden las señoras y las jóvenes eliminar el peligro de adquirir infecciones que, generalmente, suelen dar origen a numerosas enfermedades muy comunes en el sexo femenino.

El Lysoform es un eficaz bactericida que une a su poder desinfectante las buenas cualidades de ser inodoro y absolutamente inofensivo. Por esta razón constituye el antiséptico ideal para las señoras y para las jovencitas.

El Lysoform se vende en todas las farmacias, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1000 gramos.

MENDEL Y CIA.

En Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439
En Montevideo: Cerrito, 673

TARTA DE MANZANAS

Es un dulce muy popular en la Gran Bretaña y sencillísimo de hacer.

Se mondan veinticuatro manzanas, se limpian de pepitas y cellillas y se cuecen en un perol con medio vaso de agua, la corteza de un limón, canela y media libra de azúcar.

Cuando las manzanas están bien cocidas se pasan por una pasadera fina, como si se fuera a hacer puré. Luego se dejan enfriar y se les agregan, removiéndolas lentamente, ocho huevos bien batidos, como para tortilla.

Hecha la mezcla, se engrasa un molde con manteca de vaca, se llena con el manjar y se cuece al baño maría.

DULCE DE NUECES VERDES

Se cuecen las nueces cuando están todavía lo bastante blandas para poder atravesarlas de parte a parte con un alfilerón de sombrero. Se pelan, se blanquean por medio del agua hirviendo, y en seguida se las echa en agua fría, dejándolas en ella durante cuarenta y ocho horas. Al cabo de este tiempo, se retiran y se cubren con un jarabe de azúcar, que se hace poniendo los terrones en una cacerola al fuego, con medio vaso de agua por cada medio kilo de azúcar.

CONFITURA DE FRESAS

Se toman cantidades iguales en peso de fresas y de azúcar. Se disuelve el azúcar en un poco de agua a fuego suave y se deja hervir durante diez minutos.

Entonces se echan las fresas en el jarabe y se ponen a hervir en seguida durante treinta minutos a fuego vivo.

Para esta operación es mejor la leña que el carbón, porque se puede regular más fácilmente la fuerza del calor.

NOTAS AGRÍCOLAS Y GANADERAS

¿Por qué no fabrica usted mantequilla en su propia casa?

Sistema sencillo para realizarla

No se asuste ni crea que para ello hay que vencer un mundo de dificultades; por el contrario, es bien sencillo efectuarlo de manera que sabrá a ciencia cierta la calidad del producto que usted elaboró personalmente; mientras que si la compra, usted no sabrá seguramente, la mayoría de las veces, qué clase de producto va a consumir.

Si usted lee cuidadosamente los renglones que siguen, y luego trata de ejercitarse, cada vez se perfeccionará en la técnica, puesto que cada año puede ser maestro de sí mismo, obteniendo en su propio hogar excelente mantequilla.

Ante todo, débese procurar la materia prima o sea la crema, la cual se consigue de dos maneras: 1.º, por la centrifugación de la leche, operación que se efectúa en aparatos especiales llamados "desnatadoras", que trabajan desde pocos litros hasta miles por hora, y 2.º, dejando un tiempo en reposo la leche y siempre que se contase con un buen número de litros de "leche gorda", porque si fuese muy aguada se necesitarían probablemente mucho más de 10 litros para obtener 1 kilogramo de mantequilla; en cifras redondas podemos decir que con 3 litros de crema fluida o 2,50 litros de crema concentrada obtendremos 1 kg. de mantequilla; recogeríamos entonces la crema que sobrenada en una vasija perfectamente limpia, condición que debe tenerse muy en cuenta por la razón de que la crema absorbe con suma facilidad toda clase de sabores y olores, redundando en perjuicio de la calidad del producto.

Obtenida por cualquiera de las dos maneras, la crema debe ponerse a una temperatura, antes de verterla en la batidora, que varía según la estación: en el verano de 10 a 15° y en el invierno de 12 a 20°; es natural que estas cifras pueden variar en algunas unidades en más o en menos, variación que depende de la calidad o acidez de la crema, etc.; temperatura que deberá tomarse siempre con un termómetro lechero y no guiarse por cualquier otro signo que puede inducir a errores.

Ahora diremos dos palabras sobre la "maduración de la crema": consiste en tenerla en recipientes o estanques maduradores, provistos de doble pared o con agitador mecánico, por el cual circula agua caliente o fría, fabricados "ad hoc", en los cuales la crema permanece por lo menos 18 horas, operación que tiene por objeto desarrollar los "bacterios lácticos" que transforman la lactosa en ácidos grasos volátiles, los cuales precisamente son los que determinan el aroma; de ahí la importancia de no olvidar este paso de la fabricación de la mantequilla.

En nuestro caso, disponiendo de pequeñas cantidades de crema, se llevará a un lugar fresco y seco, preferiblemente un sótano, y se colocará en un recipiente con agua caliente o fría (de acuerdo con la estación), agua que se renovará con alguna frecuencia. Puede suceder que pasadas 18 o 24 horas, la crema se haya solidificado, siendo entonces necesario agitar, con una paleta de madera o cucharón de hierro galvanizado, para homogeneizar la masa, operación que se verificará por lo menos 2 o 3 veces en el lapso de tiempo indicado; cuando la crema tenga un gusto ligeramente acidulado y una apariencia aterciopelada, el período de maduración ha terminado.

Debe tomarse la precaución de no

mezclar crema tibia con fría, porque correríamos el riesgo de acidificarla antes de que entrara en la batidora; en cambio no hay dificultades para que pueda mezclarse cremas que tienen igual temperatura; de manera que no disponiendo de la cantidad de crema necesaria como para batir todos los días o día por medio, se puede efectuar esta operación cuando se juzgue conveniente; pero por lo menos dos veces por semana, bajo peligro de que no haciéndolo así la crema se descomponga.

El batido de la crema se efectúa en unas máquinas pequeñas y muy manuales, cuando se trata de fabricación casera, que se denominan "batidoras" y en las cuales la crema que está compuesta como hemos dicho por materia grasa, al chocar contra las paredes del recipiente que la contiene, obliga a los glóbulos grasos a reunirse y solidificarse, formándose de esta manera el producto mantequilla.

En el comercio se venden batidoras cuyo recipiente exterior es de vidrio y donde se ve claramente el aparato agitador, que por lo común son de madera y cuyos precios más o menos son los siguientes: norteamericanas, de

ca debiera ser de calidad inferior; todo depende de la temperatura a que se encontraba la crema durante su manipulación.

Si se incurriese en el error de trabajar con cremas cuya temperatura sobrepasase los límites anteriormente indicados, el producto resultará indudablemente inferior.

Se conocerá la terminación del batido cuando pequeños gránulos de mantequilla comiencen a formarse, y es precisamente en este estado cuando la crema se desprende del vidrio de la batidora; el período final queda indicando cuando los granos de mantequilla adquieren el tamaño de un grano de arroz o de trigo; ábrase entonces la canilla de escape para dar libertad al suero de mantequilla, teniendo la precaución de emplear un colador para recoger los granos que salieran con el suero, cosa que no es difícil si se tiene en cuenta la violencia de salida del líquido; se recogen luego estos gránulos y se vierten nuevamente en la batidora.

La operación siguiente consiste en lavar la mantequilla; para ello se empleará el agua común, pura y potable, la debemos llevar a la misma tempe-

blanda, siendo por el contrario dos buenos caracteres, además de los que enumeraré más adelante, su brillantez homogénea en cualquier superficie y su consistencia.

Terminado el amasado, se puede colocar en una mantequera sumergida en un tacho que contenga agua bien fría, a los efectos de que conserve su estructura y sabor.

Las dos últimas operaciones a realizar son: el moldeado y el empaquetado, operaciones propias de las grandes fábricas que de la industria casera, por lo cual se pueden suprimir; no obstante son de muy fácil realización; las describiremos someramente.

Si se prefiere tener panes de mantequilla de forma perfectamente regular y de peso exacto, es conveniente comprar un molde de madera que venden las casas del ramo; se pueden suplir estos, puesto que con una espátula de madera, previamente sumergida en agua caliente para evitar que la mantequilla se adhiera, le daremos la forma que mejor nos plazca, envolviéndola por último en papel apergaminado.

Cualidades y defectos más comunes de las mantecas argentinas.— Señalo a continuación, a grandes rasgos, los caracteres más sobresalientes para que cualquier persona sepa juzgar "a priori", si usted no se dedica a fabricar mantequilla en la forma preconizada, la calidad de la mantequilla que adquirirá.

El sabor debe ser muy ligeramente ácido o dulce, dependiendo esto de la calidad de la crema empleada; olor agradable y débil, jamás fuerte o rancio; su color será amarillo claro, nunca subido; la consistencia será tal que la mantequilla pueda moldearse a voluntad y los panes han de permanecer por sí mismos, indeformables; un corte practicado transversalmente no ha de dejar ver gotas del agua de lavado o de suero de mantequilla; tomando un pedazo entre los dedos, separada bruscamente se formará una superficie dentellada y sin grietas profundas.

Condiciones contrarias a las enumeradas indicarían que la leche o la crema son de mala calidad, pudiendo ser uno u otra sucia, ácida, etc.; local en el cual se manipula el producto, poca higiene de los operarios, puesto que el obrero negligente e infrecuencia fuma adquiere la mantequilla olor a tabaco, como con la misma facilidad absorbe cualquier otro olor, etc.

Consideraciones finales.— Si ahondáramos un poco más el tema "calidad de la mantequilla" y fuéramos a buscar su origen y qué es lo fundamental para obtener mantecas tan excelentes como la australiana, danesa, neozelandesa u holandesa, diríamos para mejorar la calidad de nuestras mantecas tendríamos que comenzar por estudiar cuidadosamente el capítulo "alimentación de la vaca lechera", estudios que han sido emprendidos y estimulados por la Sociedad Rural Argentina (concursos, etc.), por un lado, y por el otro, con los análisis químicos de los pastos en que se emplea el laboratorio de "Investigaciones Agropecuarias" de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, por mandato de su progresista decano, doctor Ramón J. Cárcano; el día que perfeccionáramos la técnica industrial (pasteurización de la crema, esmerada limpieza comenzando en el tacho y concluyendo en el obrero que vende el producto, etc.); cuando tengáramos una legislación que vigile e inspeccione, que multe sin piedad al especulador que atenta contra nuestra salud diariamente, entonces, sin duda, competiríamos con cualquier marca extranjera y consumiríamos mantequilla tan excelente calidad como la danesa, neozelandesa, etc.

Francisco GUTARELLA

Intendente, Av. Corrientes.

"AFTOSALINA"

CONTRA FIEBRE AFTOSA Y ENTEQUE

La "AFTOSALINA" constituye, hoy por hoy, el producto más indispensable en todas las estancias de la República dada su eficacia. Es el específico más científicamente preparado que se distingue de todos sus similares como **Preventivo de Fiebre Aftosa y Cura absoluta de Entoque.**

DATOS Y PEDIDOS: ROQUE CENTOLA

SUCESOR DE JORGE BELL

BmÉ. MITRE 367

Esc. 323

U. T. 4455 AVDA.

capacidad 4 kg. de crema, \$ 10.— m/n.; alemanas, de igual capacidad que las anteriores, \$ 7.50; las hay también de hierro y acero (capacidad 6 kg. de crema), \$ 45.—, que se pueden sujetar a una mesa o cualquier otro sitio; por último algunas tienen forma de barril o cajones prismáticos: cualquiera de ellas reunirá condiciones para la elaboración casera.

Hay que tomar la precaución antes de verter la crema en la batidora de "filtrar" la crema y de no llenarla nunca hasta la mitad, es preferible pecar por defecto y nunca por exceso; un tercio es la mejor medida, puesto que de este modo el batido se efectúa en las mejores condiciones; se darán unas cuantas vueltas a la manija y se dejan escapar los gases, repitiendo esta operación tantas veces hasta que no haya más desprendimientos.

El batido deberá concluirse en 25 a 40 minutos; puede darse el caso que durase algunos minutos más; ello no significaría, por cierto, que la mante-

ratura, más o menos, a la que se encontraba la crema en el momento de su entrada en la batidora y en una cantidad equivalente a la del suero expurgado; se darán unas cuantas vueltas a la batidora y se dejará salir el agua, repitiendo esta operación hasta que salga casi clara, pudiendo efectuarse una vez más si notáramos aún el color del suero.

Extraemos luego la mantequilla de la batidora y con una espátula de madera procederemos al amasado, siendo suficiente una cuantas compresiones dirigidas en todo sentido, ejercidas con alguna fuerza, para que la operación sea perfecta.

Esto se conocerá cuando, practicando un corte transversal, lo notamos homogéneo y compacto, y por carecer, además, cualquier superficie, de gotas acuosas por más que se ejerza presión.

Conviene no amasar mucho la mantequilla, porque se corre el riesgo de hacerla opaca, y lo que es peor todavía,

NUESTRO OBSEQUIO

para nuestros clientes

ALBUM CON LAS 100 RAZAS DISTINTAS DE AVES

en colores naturales que cultiva el

CRIADERO "EXCELSIOR"

el más importante de la América del Sud, a más Catálogo ilustrado de Incubadoras, Criaderos y Secadoras de Frutas, Lista de precios de Colmenas modernas, etc. Remitimos enviando pesos UNO moneda nacional.

EXPOSICIÓN DE AVICULTURA

BELGRANO, 499, esq. BOLIVAR - Buenos Aires



Un millonario norteamericano y su credo industrial

Muchos de nuestros lectores habrán oído el nombre de John D. Rockefeller. Para aquellos que no lo conocen, bastará decirles que es el hombre más rico de la tierra; su fabulosa fortuna es difícil calcularla, pero personas allegadas a este Creso de nuestros días, la suponen en más de mil doscientos millones de dólares.

Rockefeller pudo acumular esta inmensa cantidad de dinero, por haber sido de los primeros en desarrollar en gran escala los enormes yacimientos petrolíferos de los Estados Unidos, y por ese motivo se le designa hasta el día de hoy, con el nombre de "Rey del Petróleo". Tiene en la actualidad más de 78 años, y es ahora su hijo, John D. Rockefeller jr., el que se encuentra a cargo de los vastos negocios de su padre. Rockefeller jr. es un hombre comparativamente joven, el cual ha heredado de su padre grandes dotes administrativas, y desde que comenzó a trabajar se dedicó con ahínco a la solución de los variados problemas concernientes a los obreros. Hace poco pronunció un discurso, que calificaremos de notable, ante numerosos representantes de la industria y de la banca, en la Cámara Americana de comercio en Atlantic City. Trató principalmente sobre la significación del obrero y la cooperación de las diferentes fuerzas humanas en la industria, teniendo ocasión de enunciar lo que ha llamado el "Credo Industrial".

Son de tanta trascendencia las ideas de Rockefeller jr., que han llamado la atención de gran parte de los fabricantes americanos, y es muy posible que la gran campaña comenzada ya por el multimillonario petrolero, puede aplicarse con resultados benéficos para las clases trabajadoras de todos los países.

El "Credo Industrial" dice:

1.º Creo que el capital y el obrero son socios y no enemigos, que sus intereses son comunes y no opuestos, y que ninguno de los dos grupos puede separadamente alcanzar el más alto grado de prosperidad, sin la ayuda y cooperación del otro.

2.º Creo que la sociedad entera es una parte esencial de la industria y que deberá tener en ésta la misma representación y en la misma forma que el obrero.

3.º Creo que el objetivo de la industria no sólo consiste en el adelanto social, sino también en la prosperidad material, y que persiguiendo este propósito, los intereses sociales leberán ser objeto de una consideración especial; el bienestar de los empleados y obreros deberá estar asegurado; el cuerpo de directores debidamente reconocido y el capital justamente recompensado. Un fracaso en cualquiera de estos puntos, no representa otra cosa que pérdida para los cuatro grupos.

4.º Creo que cada hombre tiene el derecho a que se le presente una oportunidad para ganarse la vida, para obtener un salario equitativo, para horas razonables y buenas condiciones generales de trabajo, para poseer una habitación decente y una posibilidad de recreo, de aprendizaje y de buen tratamiento; que ese hombre pueda amar, pero también trabajar asiduamente. Creo que gravitan sobre la industria, la sociedad y el gobierno la responsabilidad de que prevalezcan estas condiciones y oportunidades.

5.º Creo que la actividad, iniciativa y eficiencia, deberán estimularse en cualquier parte donde estas cualidades se encuentren, remunerándose debidamente; al mismo tiempo, indolencia, indiferencia y restricción en la

manufactura, deberán desaprobarse.

6.º Creo que las medidas tendientes a poner al descubierto abusos o injusticias y resolver estos casos de manera satisfactoria, son principios funda-

mentales para que la industria pueda estar basada sobre un terreno firme y seguro.

7.º Creo que la manera más eficaz de establecer la armonía y prosperi-

dad industrial consiste en darle la debida representación a los diferentes grupos que forman las partes interesadas; creo, además, que los métodos y maneras en que actualmente se lleva a cabo esta representación deberán estudiarse de una manera cuidadosa y aprovecharse de aquellos sistemas que han demostrado ser satisfactorios y que sean adaptables a las condiciones peculiares de las diferentes industrias.

8.º Creo que la estructura más eficiente de representación es aquella que se ha construido desde sus cimientos bajo firme base; aquella que incluye a todos los empleados; la que da comienzo por la elección de representantes y por la formación de comités en cada una de las plantas industriales; la que procede a la formación de juntas o sociedades que se extienden en diferentes distritos manufactureros; la que efectúa conferencias anuales en una sola organización industrial, admitiendo a las demás corporaciones y fábricas que trabajan un mismo artículo, o bien aquella que renne, con el mismo propósito, todas las actividades fabriles de una región, de un país o de varias naciones.

9.º Creo que la aplicación de principios sanos no puede nunca producir otra cosa que relaciones estrechas; que la manera de poner en práctica ciertas ideas, es enteramente secundaria, importando tan sólo el espíritu que anima a dichas ideas; que los diferentes componentes de la industria están animados de un espíritu de justicia para todos y que cualquier plan que se proponga de mutuo acuerdo deberá dar buenos resultados.

10. Creo que el hombre que rinde el más grande de todos los servicios sociales es aquel que coopera en la organización de la industria con el propósito de ofrecer al mayor número de hombres las más grandes oportunidades para su propio desarrollo y que puede ofrecer también aquellos beneficios que implican con sus esfuerzos reunidos una mejora en el bienestar de los elementos civilizados."

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 1770, Av. 25 de Mayo, 597.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear

Atiende especialmente enfermedades internas

México 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 v. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0319

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque

TUCUMAN 531 de 2 a 4

Menos los Miércoles

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA

JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFIATMOLOGICO "SANTA LUCIA"

DE 2 A 4 1/2

Bdo. IRICOYEN 257 U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

LAS HERAS 1877

Consultas de 3 a 5 p. m.

Unión Telef., 5728, Juncal

Dr. ALEJANDRO PINTO

Médico cirujano

Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.

Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.

Asistente a la clínica del profesor Sebleau (París).

Consultas: de 2 a 4 p. m.

Libertad 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista cirujano

De 14 a 18 Sáenz Peña 216

Dr. Alfredo T. Rapallini

Dentista cirujano

Martes, Miércoles, Jueves y Sábados de 14 a 19
Horas especiales

A. DE MAYO 1022, 8.º piso
U. Telef. 21 Barracas 0339

PREGUNTA NATURALÍSIMA



—Márchese... y espero no volverlo a ver más por aquí.
—¿Se jubila usted, señor juez?

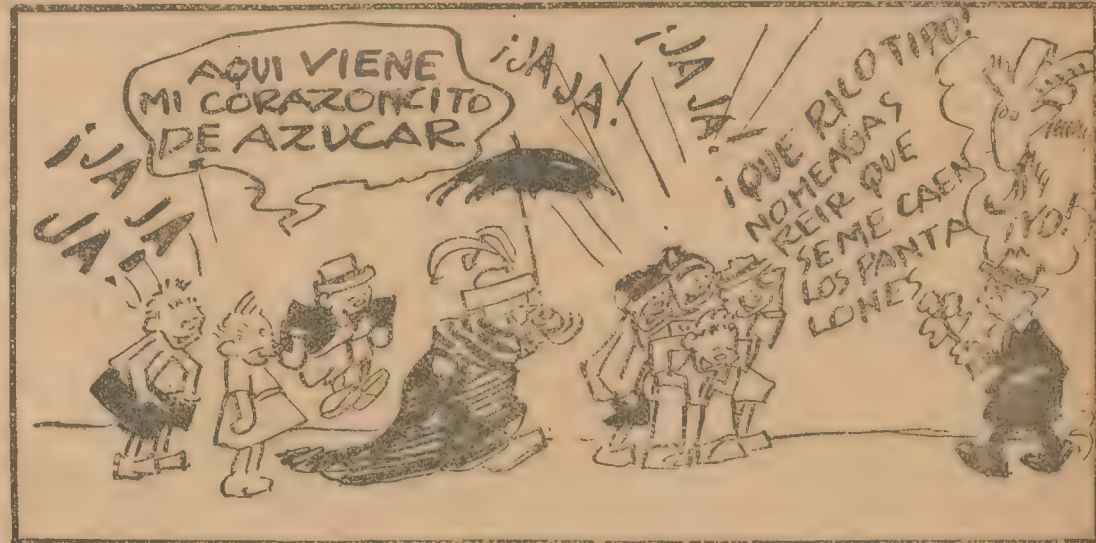
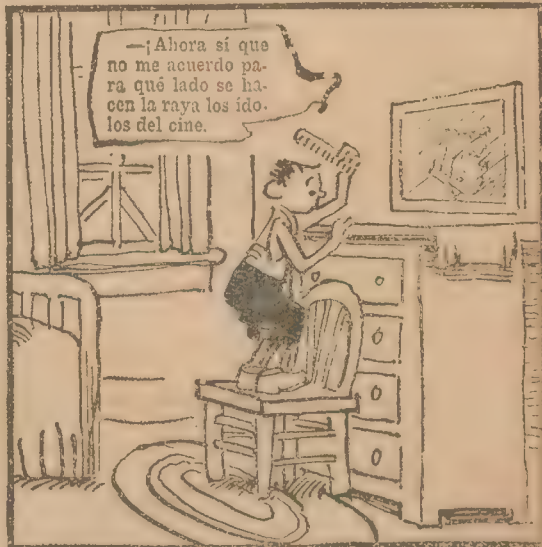
Transformaciones en el alumbrado de los hogares

Merced al ingenioso invento de uno de los empleados de las grandes compañías eléctricas de los Estados Unidos, resulta posible efectuar en menos de un minuto un cambio completo en las decoraciones o empapelado de las paredes de las viviendas.

El nuevo aparato, que funciona enteramente mediante la acción de la luz eléctrica puede producir en menos de 60 minutos hasta 50 diferentes colores en las decoraciones de las paredes de un cuarto, casi sin esfuerzo humano, salvo el de meter en el aparato una placa de vidrio coloreada sobre la cual se disponen artísticamente varios diseños coloreados.

El efecto deseado se obtiene usando linterna mágica con una cámara especial, la cual, una vez terminada, puede ocultarse o esconderse en el cuarto después de disponer de manera que el diseño pueda enfocarse perfectamente en la pared y cambiarse a voluntad. Cumple añadir que tanto los colores como los diseños pueden variarse según el efecto que se desee. Merced a estos diseños coloreados, el hogar puede adornarse produciendo una atmósfera de alegría o, si se desea, puede lograrse que predominen tonos severos y sombríos, según las circunstancias.

卷之五
 五



PAPEL Y TINTA

"Escuchando el silencio...", por
Federico A. Gutiérrez.

Inolvidable es para los escritores de mi generación aquel libro "Gérmenes", con el cual Federico A. Gutiérrez inició su vida literaria. Eran gérmenes, en verdad, de la poesía de un gran poeta; y cuando la mayoría de nuestros literatos iban tras la huella de Darío, hacia la Grecia mitológica o el París del siglo XVIII, Gutiérrez halló su camino, y antes de los veinte años! Y en su libro nos dio realidad, sencillez y claridad: óptimas cualidades.

"Entre el Pueblo" fué su segundo libro, en el que se mostró más meditativo; su ímpetu se iba haciendo reflexión. Y esto es lo que caracteriza este último volumen del poeta.

A "Escuchando el Silencio..." lo presiden dos númenes: la melancolía y el hastío. Es un libro doloroso, profundamente doloroso. Se confiesa en él un espíritu amargurado por la vida, quizás envejecido prematuramente; y tanta sinceridad revela, tan bien nos transmite ese estado emocional que domina todos los instantes de su vida, que al concluir la lectura de este libro nos hallamos mustios, hemos sufrido intensamente; lo cual revela que es obra de poeta verdadero.

De las varias partes en que se divide el libro, yo prefiero "Momentos del caudino" en la que hay una obra maestra de la magnitud de "En un café nocturno...", de la cual no valdría la pena decir que es una de las mejores páginas de nuestra poesía actual. Y prefiero "Es la hora del crepúsculo" y "En el silencio de la noche". De la primera de estas partes citaré "Caballito blanco" y reproduciré:

EL AUTOMÓVIL

El automóvil vuela. Hoy se impone [vivir aceleradamente, lo mismo que un motor, para poder triunfar... (comer, vale decir; y si se tiene un poco de dinero, mejor...)]

Los ensueños se van quedando en el [camino, como cosas inútiles... No hay tiempo [que perder en mirar una estrella, en escuchar un trino, en decirle una frase de amor a una mujer...]

El horizonte es una perspectiva de oro, en esta sollozante hora crepuscular; y el automóvil corre, más ligero que [un toro, como si enloquecido lo quisiera alcanzar...]

[Pero] expresarse más emocionalmente, el dolor de quien se ve obligado a vivir una vida absurda, contraria a sus más queridos anhelos?

En la segunda de estas partes citaré: "Escuchando el silencio...", "Caballito blanco", "La buena noticia" y reproduciré:

TODO IGUAL...

La vida, ¿qué es?
vulgar interés...
una cosa oscura y clara,
que aún no tiene solución...
—Háblame más bajo, para
que no sienta el corazón...

Ayer como ahora,
de aurora en aurora...
los que nos hacen creer
que esto se llama vivir;
trabajando para comer
y trabajando, morir...

Los hombres... ¿quién fuera
león o pantera!...
Hay unos que, por lo menos,
saben morir a palos,
pero hay otros que son buenos...
pero que no saben ser malos!...

¿Recuerdas de aquel
gallardo doncel,
que rompiera lanzas, como
un héroe en sus poesías?...
...mató el ensueño con plomo
y fué inmortal quince días...

¡Ah, todo es igual,
el bien como el mal!...
Y después de haber vivido,
sólo una cosa se advierte
inexorable: el olvido,
que es la muerte de la muerte...

Ya se verá el dolor que encierra
esta poesía, cuya rebelión de hombre
maduro queda trasmutada en reflexio-
nes tristes.

De las otras partes: "Amor, amor,
amor..." y "Augurios y Galanterías",
yo las hubiese quitado. En mi concep-
to, nada agregan; como también poco
dice el "Cofre de Sonetos", a pesar
de que en él se incluye a "Añoche
estuvo en casa".

Otras de las partes "Llanos, Selvas
y Ríos", la he dejado de propósito al
último para comentarla; es profunda-
mente original, es el producto de los
viajes que el autor se ha visto obli-

y en la planicie de oro, parece la la-
guna
un pedazo de cielo que se hubiera
caído...

Estas novias de la niñez,
que no se envejecen jamás,
ponen en nuestro otoño frío
un recuerdo primaveral.

El alma cabe en un rincón
y en una crotala el corazón...
tanto he soñado, que he vivido
menos despierto que dormido...

Y esta última que me parece admi-
rable
He trabajado desde niño...
y siempre igual... ¡y siempre igual!...
cuando la vida se hace prosa,
la gloria tiene gusto a pan...

En síntesis: Un buen libro en el
que hay páginas hermosas, y por el
cual nos felicitamos los que tenemos
por Federico A. Gutiérrez una admi-
ración de antaño sostenida, el que ha-
va salido de su silencio inveterado
para entregarnos esta música triste
de su alma: Ella hallará un largo eco
en nuestros corazones, también tristes.

Ernesto Morales

nado por un vago escepticismo que
lo hace decir:

"Yo necesito paz; yo necesito
un poco de ternura y de clemencia".

Otras veces, impotente ante el
mandato de lo fatal, exclama:

"Y canto al fin la vida como ley
[del destino
y sigo silencioso haciendo mi camino
con la vana ilusión de una amada
[mujer".

Y como la vida es amor, éste lo
alienta, lo impulsa a continuar por
su senda a veces desolada y otras
armoniosa y bañada de luz.

El libro de Braña acusa un alma
de verdadero poeta; sus sonetos es-
tán bien contruidos, sus finales son
brillantes; el pensamiento es claro,
preciso. Braña se refleja en sus con-
tigios; su alma dolorida vibra en ellos
y en medio de su escepticismo, cree
en la bondad suprema de Dios y le
dice:

"Yo creo en tí, Señor, y porque creo
y sé que es infinito tu deseo
de ser grande y eterno y milagroso,
¿cómo amarte, Señor, ciego y fe-
[cundo,
si todo tú lo puedes en el mundo
y no quieres dejarme ser dichoso?"

En síntesis diré que estos versos
acusan al autor como un excelente
poeta, que sabe mezclar a la urdim-
bre sutil de sus composiciones todas
las inquietudes que lo asaltan, el
dolor profundo y purificador que ca-
da día nublará su vida y desplegará
más las alas de su corazón!

"Firpo y la grandeza nacional",
por Atilio García y Mellid.—
Buenos Aires.

El autor del libro con que enca-
bezamos estas líneas, es un joven es-
critor que, rebelde ante el triunfo
del pugilista Firpo, ha hecho un es-
tudio metódico y acertado sobre la
popularidad de aquel y el desenvol-
vimiento del box como un medio lu-
crativo.

En realidad, el señor García y Mel-
lid, con una valentía poco común,
arroja esta obra anatematizadora en
la cual critica y censura, no al señor
Firpo — égo del box — sino a esto
último, que ya no es tomado como
un medio para vigorizar o desarro-
llar la naturaleza joven, sino como
un "modus vivendi". Repito que el
señor García y Mellid se muestra va-
liente, y es indudable que este libro
no encontrará mucho eco, puesto que
nuestro público que vive más para el
sport que para las cosas del alma,
se ha concretado a aplaudir los úl-
timos triunfos obtenidos por nuestro
boxeador.

Me agrada la teoría que sustenta
el joven escritor en este libro traza-
do con estilo claro y preciso, el cual
bien podría marcar una orientación
a la juventud inexperta que descuida
el espíritu.

Es raro, por cierto, que de un alma
joven partan estas ideas y reflexio-
nes, pero esto está justificado: Gar-
cía y Mellid es un espíritu culto y
sensible a las múltiples manifestacio-
nes de la belleza; cultiva el verso y
ama el arte que es un complemento
para sus sacerdotes que lo admiran
o lo ensalzan.

El doctor Manuel María Oliver pro-
loga este libro y en uno de sus be-
llos párrafos dice: "No se trata aquí
de arremeter contra el pugilista, sino
de detener en lo posible una nueva
forma de sport". El intrépido autor
de estas páginas es digno de su
nombre y de su convicción".

Un libro de esta índole, tejido con
amor y valentía se recomienda por
el propio a esa juventud que ha ex-
tragado sus sentimientos y descuida
la belleza de las cosas que enaltecen
la vida.

F. B. V.

Obras de CARLOS CORREA LUNA

Apareció el 1º tomo de la

"HISTORIA DE LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA"

(1823 - 1852)

Obra escrita por encargo de la Sociedad en celebración de su
primer centenario, con un prefacio del doctor Antonio Dellepiane.
En venta en todas las librerías al precio de \$ 3.50 %

Otros libros del autor

Don Baltasar de Arandia,

libro premiado con \$ 10.000 por el Gobierno Nacional
(Ley N.º 9141 de Fomento a la producción científica y literaria)

2.ª edición en venta en todas las librerías al precio
de \$ 2.50 m/n

A \$ 1.— el ejemplar:

LA INICIACIÓN REVOLUCIONARIA. EL CASO
DEL DOCTOR AGRELO
UN CASAMIENTO EN 1805
LA VILLA DE LUJÁN EN EL SIGLO XVIII
ANTECEDENTES PORTENOS DEL CONGRESO
DE TUCUMÁN

Por pedidos de estos últimos, dirigirse a la administración de FRAY MOCHO,
Bolívar, 879, Buenos Aires

gado a hacer en misión periodística.
Paisajes pampeanos, fluviales y bos-
cosos aparecen allí, y hombres y mu-
jeres de esas regiones hablan. Allí hay
vida, realidad, naturalidad. Descrip-
ciones como "Silencio", alternan con
evocaciones como "Aguas arriba" o con
diálogos tan típicos como "Motivos de
égloga".

Con "Llanos, Selvas y Ríos" se ve
cuánta suma de poesía verdadera, ju-
gosa y vital, es capaz de sacar de la
naturaleza este poeta, que de su vida
de ciudad nos da una expresión de
tanto dolor y tan intensa amargura.
Y aquí o allá, he encontrado en el
libro expresiones que son verdaderos
hallazgos. Daré algunas:

Me oculté en un algarrobo,
pero ella me descubrió,
cómo serían los golpes
que daba mi corazón!

El pueblecito está como recién pin-
tado.
en esta noche, llena de resplandor de
luna,
y su tristeza viene a evocar el pa-
sado...
hay un árbol que piensa y otro que
está dormido...

"Dolor de espíritu", poesías por
José M. Braña.—Buenos Aires.

He aquí un libro que bien podría
decirse que es un cofre, donde su
autor ha encerrado un dolor inexpli-
cable, profundo, inaudito, ese dolor
que para Amiel fué bálsamo purifi-
cador y templó su alma y lo hizo es-
toico y para Almafuerte fué como
un aduce que despertó en él la re-
beldía que encerró en sus "Lamenta-
ciones".

Braña nos ofrece una obra muy
bella y por ende sincera; una melan-
colía a veces suave, en otras impe-
tuosas y honda fluye de sus versos.
No diremos que estas composiciones
son pastiches, pues de ello no abusa
el poeta y esto se explica: siendo ca-
da composición una trama sutil de
desesperanza e inquietud, descuida
los matices que la Naturaleza ofrece
y refleja su propio "yo"; de ahí la
subjetividad de sus poemas, su ver-
dadera sinceridad.

El poeta se ha situado frente a la
vida; a veces envuelto en un cendal
de estoicismo y esperanza, creyendo
en Dios, en su destino, otras domi-

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

TEMAS PINTORESCOS

Como se sabe, el comunismo hace notables progresos y no hay modo de atajarlo, aunque se lo taje, porque siempre saca tajada. Y es que en cierto modo, el comunismo se practica aún entre las gentes más conservadoras y reaccionarias, mediante ciertos actos que a nuestro modo de ver son francamente comunistas. Por ejemplo, pedir diez pesos a un amigo es atacar la propiedad privada y resulta un modo práctico de hacer comunismo. ¡Y hay que ver si en Buenos Aires hay comunistas de esos! Nos sugiere estas reflexiones el título de la obra estrenada últimamente en la Comedia. Nos referimos a "Nuestra novia", de Paso. ¿Verdad que da qué pensar?

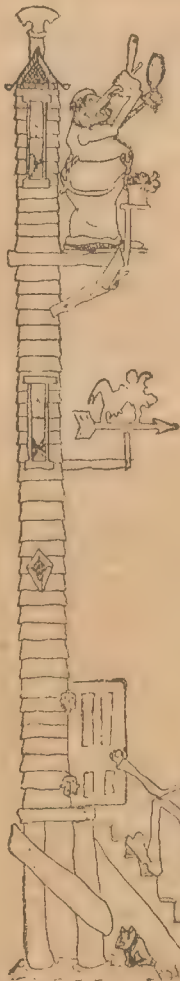
RUIDO DE CAMPANAS

A consecuencia de haberse postergado el estreno de "La campana de alarma", de Hennequin y Coolus, en el Marconi, por la compañía Podestá-Ballerini, no podemos ocuparnos de ella en este número, como habíamos prometido. Nosotros habíamos oído campanas... pero era la Asistencia Pública.

OTROSÍ DIGO

Lo mismo ocurre con "Al pan, pan y al vino, vino", de Rodríguez Acauso, en el Victoria, por Casaux. Se aplazó su estreno y ello nos obliga a demorar el comentario. ¿En qué se parece este estreno a un cardenal? Pues, sencillamente, en que está "demorado".

POR SUPUESTO



—¿Cómo? ¿Usted se afieja afuera?
—¡Claro! ¿O se cree que tengo la barba en el interior?

COSA BÁRBARA

—¿Te acuerdas de "Trutáñ"?
—Yo, perfectamente, ¿y tú?
—¿Cómo no he de recordar si me tuve que largar a reír al ambigü?
Pues alégrate. La empresa anuncia ya que es con esa pieza, con la que el gran Parra se beneficia.
—¡Gran pieza para una noche de farra!
—¿Quieres ir?
—¡No he de querer! Pero esta vez la he de ver con mi suegra, doña Elisa. Quiero ver si esa mujer se muere...
—¿De qué?
—De risa.

TRASPLANTE

La compañía de José Gómez abandona momentáneamente el repertorio nacional para ofrecer al público una pieza del teatro español que ha tenido gran éxito en Madrid. Se trata de "Los románticos", del talentoso dramaturgo Gregorio Martínez Sierra, obra inspirada en la po-

POLITEAMA

Poco hay que decir de la temporada que realiza la compañía italiana de María Melato, la gran actriz. Las nuevas obras que puso en escena, renovaron los éxitos anteriores y reafirmaron las aptitudes de la eximia intérprete.

DE ROSAS

La compañía del Mayo que encabeza este inteligente actor, está pasando revista a las obras que llevará en su repertorio cuando parta para España, de donde De Rosas ha de regresar con la consagración de los públicos de la península. Aunque un poco arriesgada la aventura, De Rosas saldrá bien del lance, pues es un intérprete de positivas aptitudes, lleno de aspiraciones nobles y celoso de su reputación artística.

Ha demostrado por lo menos que no es un sensualista, ya que pudo dejarse al sainete y ganar mucho dinero, tanto como desprestigio artístico. Merece, pues, triunfar allá como ha triunfado aquí.

le salió una cosa amena y nada más.

Con ella quedó reincorporada a la compañía del Buenos Aires la actriz Manolita Poli, que encarnó con acierto su papel. Muñío, en un vividor, sobresalió de los demás intérpretes.

PORTEÑO

Con fortuna viene desarrollando su nueva temporada la sala de la calle Corrientes. Salvo error u omisión, es posible que a estas horas el público haya conocido la nueva producción de Alberto Novión, "Donde el diablo perdió el poncho", que se venía anunciando como inminente estreno mientras hilvanábamos estas líneas.

SIMARI Y FRANCO

La brava yunta de populares cómicos sigue capitaneando con éxito la compañía criolla del Smart, que ha hallado en el sainete de Folco, "El casamiento de Chichilo", un éxito firme. Para pronto se anuncia el estallido de "La bomba", de Goicochea y Cordone.

GRAND SPLENDID

Todo un éxito resultaron las funciones llevadas a cabo en la semana anterior en este regio cine que tanto prestigio tiene entre las buenas familias. Las películas que se anunciaban para esta semana, constituyen verdaderas obras de arte de la cinematografía y han de determinar, sin duda, llenos totales. Recordamos que la función de los viernes a la noche es de moda.

CAPITOL

Después de un compás de espera que exaltó la curiosidad del público, hizo su presentación en esta acreditada sala la danzarina plástica Aurea, que fué muy aplaudida. Se trata de una artista original que realiza un trabajo interesante y viste muy bien. Dejó óptima impresión. Este elemento ha venido a matizar los espectáculos cinematográficos, de suyo atractivos.

FLORIDA

La reaparición de Gloria Gil Rey fué bien recibida en la bombonera del pasaje Güemes. Esta artista y las películas atraen público.

CASINO

Sigue el público vivamente interesado en el campeonato de lucha greco-romana, que va llegando a su término. Su desenlace mantiene atentos a todos los aficionados a ese deporte, que discuten desde ahora sobre quién será el vencedor.

Cambiar de piel

Ciertos descubrimientos pueden perfeccionarse, otros llegan de inmediato a la perfección. Este es el caso del maravilloso azufre termado que actúa tan activamente sobre las enfermedades de la piel, que parece al curarse que los enfermos han adquirido una piel nueva. Granos, barros, manchas, eczemas, herpes, etc., son rápidamente extinguidos de la piel quedando el cutis limpio y suave como una piel nueva. En todas las buenas farmacias puede conseguirse el verdadero azufre termado.



pular novela de Murger "Escenas de la vida bohemia". París-Madrid-Buenos Aires... Si esta obra no pega, habrá que dar la vuelta al mundo para encontrar un éxito.

ESTRENO

La compañía Lamas, que viene actuando en el Avenida con un éxito colosal, ha estrenado una pieza de Viérgol y Contussi titulada "Remate del Batacón". Hablaremos de ella en el próximo número.

RECONSTITUCIÓN

A raíz de la tormenta de Santa Rosa producida en el Maipo últimamente, Morganti y Gutiérrez reorganizaron sus huestes. Ahora, con un elenco nuevo en parte, se han presentado en el mismo teatro estrenando "Criollo viejo", de García Velloso y Cairo, de la que nos ocuparemos oportunamente.

COLABORACIÓN

En el "San Martín" se cita toda la gente exquisita y allí debes estar tú, porque el "San Martín" te invita. La pampa tiene el ombú, pero él tiene a Margarita Nírgü.

AMAR

Camila Quiroga ensaya "Amar" (nos referimos a una obra de Paul Gerald, no a otra cosa), que ha traducido al castellano don Joaquín de Vedia. Subirá a escena tan pronto como el éxito de "La divisa punzó" le permita y esto salvo error en el cálculo, sólo será cuando la Quiroga se haya instalado en la Opera, adonde se trasladará el día 16 del actual.

UN NOVEL DESALOJA A UN VETERANO

Tal el caso del doctor Las Heras Fernández, autor, según nos cuentan, de "Margot". La divertida pieza pochadesca del flamante comediógrafo viene ocupando las secciones de fuerza del Nacional, habiendo desalojado de casi todo el cartel a "A mí no me hablen de penas", de Vaccarezza, que se sostiene débilmente en la segunda sección. El fenómeno es digno de mención. Los noveles desalojan a los viejos autores. En realidad se explica: éstos no hacen ya otra cosa que repetirse, confiando en su prestigio más que en la fecundidad de su ingenio, si es que lo tienen. Unos seis autores como el doctor Fernández pondrían un poco de ingenio fresco en las candilejas...

"EL TÍO FALIN"

Este nombre raro corresponde a una pieza de Weisbach y Berrutti, que los del Apolo han debido estrenar en la semana anterior, lo que se anunciaba a tiempo de escribir nosotros estas líneas, cuando "La bolilla que faltaba" no era precisamente un estreno. La obrita de Díaz Olazábal se mantenía con buenas entradas.

DEL AMOR Y OTROS EXCESOS

Debe ser un exceso el amor cuando inspira una pieza como "Amor de juventud", del señor Rodríguez Ascaso, que no tiene nada de excepcional. El primer amor de un hombre es un tema que en manos de un poeta puede perder toda su vulgaridad y convertirse en un poema. El autor de esta obrita, como no es poeta, ha escrito una pieza más, haciendo lo que pudo. De ahí que

EL CONTRATIEMPO DE SAN NICOLAS

por Franc NOHAIN

San Nicolás se disponía a comer, como todos los sábados, su plato de carne de cerdo con coles de Bruselas. Desde la noche trágica en que sacó de la salmuera a tres niños y perdonó al pícaro carnicero que durante siete años los había conservado así, el vendedor de carne indignado no sabía como expiar su enorme crimen. En tal situación se le había ocurrido para demostrar a la vez cuánto se arrepentía de su deslealtad y cuán agradecido estaba al buen obispo por su mansedumbre, se le había ocurrido, digo, llevar todas las semanas a San Nicolás cierta cantidad de carne de cerdo adobada que no era, como se puede suponer, carne de niños perdidos en el campo.

A decir verdad, San Nicolás no tenía mayor afición a la carne, pero el buen obispo pensaba que debe procurarse no desalentar a un criminal en el camino del arrepentimiento...

Así, pues, San Nicolás comía sin entusiasmo pero con conciencia su carne de cerdo con coles de Bruselas—con muchas coles para hacerlas pasar—cuando fueron a anunciarle que estaba allí el carnicero y que deseaba hablarle en seguida.

—Lo que pasa—dijo el hombre—es una cosa que no se puede imaginar.

Al escuchar esas palabras, San Nicolás apresuró a dejar el tenedor se repatingó en el sillón como exigía tal exordio.

El carnicero continuó:

—Figúrese que esta mañana, Adolfito... ya sabe, señor... Adolfito, uno de los tres que yo... hace siete años... Adolfito fué a verme esta mañana y me propuso traerme a Guillermo... a Guillermo, el segundo de los tres que yo... Me propuso traerme a un compañero Guillermo, al caer de la tarde, para que yo hiciera con él otra vez el adobo.

Eché a correr hacia acá para ponerlo al corriente del espantoso proyecto de Adolfo, cuando Guillermo se precipitó a mi encuentro.

Iba a buscarlo—me dijo—necesito un cuchillo suyo para matar a alguien.uento además con su destreza reconocida y su tonel de adobo para desembarazarme del cadáver. Usted conoce bien a la persona de que se trata: Adolfo.

Bien mirado—reflexionó San Nicolás—quizá no deba uno extrañarse. La definitiva, no eran muy recomendables los antecedentes de estos niños; si no hubieran hecho rabona, si no hubieran andado travesando por los campos, no habrían ido en otro tiempo a llamar a la puerta del carnicero y el carnicero no habría tenido la tentación de hacerlos picadillo. Cuando puse los dedos en el tonel y la carne volvió a tomar milagrosamente la forma de estos muchachos, quizá estuviera distraído, quizá metí en el tonel a Guillermo unas bolitas de vidrio que pertenecían a Adolfo, o en el sillón de Adolfo un trompo que era de Guillermo. Ahora ni el uno ni el otro querrán devolver el trompo y las bolitas de vidrio.

Lo mejor será informarse por ellos mismos, confundir su criminal audacia y que comparezcan inmediatamente.

Por orden de San Nicolás, Guillermo y Adolfo, a quienes se fué a buscar en diligencia, no tardaron en presentarse ante él.

—Lo sé todo—dijo San Nicolás a los dos picarillos que daban vuelta a sus gorras en las manos y se echaban de soslayo miradas feroces. Y de pronto el obispo con un dedo en la sien—actitud que debía llegar a ser legendaria—repitió severamente:

—¡Lo sé todo!

—¡Yal...—exclamaron sin poderse contener los dos culpables que temblaban de espanto.

—Sí, lo sé todo—volvió a decir el obispo.—Conozco lo horroroso de vuestras intenciones; sé que tú, Adolfo, querías entregar a Guillermo, que tú, Guillermo, proyectabas matar a Adolfo. ¡Y todo ello es sin duda, por un trompo de boj y unas bolitas de vidrio! ¡Vaya! Puesto que es así, voy a empezar por confiscaros esas bolitas y ese trompo, para darlos a vuestro tercer compañero, al que no está aquí y al que sólo habría sacado del tonel, si llegó a sospechar todo lo pícaros que sois.

Vamos a ver—añadió San Nicolás volviéndose hacia el carnicero—¿cómo se llamaba ese tercer muchacho?

—Perdón, señor; no era un muchacho; era una niña.

—¡Valentina!...—suspiraron a la vez Guillermo y Adolfo.

—¡Díantre! ¡díantre! ¿dónde tenía yo la cabeza?—murmuró el obispo.

—Sí, Valentina—repuso el joven Adolfo con el rostro colorado y la voz animada;—Valentina, con la que hemos sufrido, con la que hemos crecido. Pasar siete años juntos, en la intimidad cotidiana de un mismo tonel de adobo ¿es cosa que se pueda olvidar?

—Ya ve, señor—afirmó a su vez Guillermo, avanzando atrevidamente hasta ponerse al lado de Adolfo—ya ve que uno de los dos está de más, que es preciso que uno de los dos desaparezca!...

—Esto cambia un poco el asunto—dijo San Nicolás—pero ¿qué piensa de esto la joven Valentina?

—Eso es lo que no nos hemos atrevido a preguntarle—confesaron tristemente Guillermo y Adolfo.

—Vamos, seré yo—declaró San Nicolás—quien de ese paso delicado, aunque necesario.

Os perdono, pero a condición de que habrá que someterse a lo que ella decida y que, después, os abrazaréis como buenos camaradas.

Y San Nicolás mandó buscar a la joven Valentina.

—Guillermo? Adolfo?—declaró ella a las primeras palabras,—son buenos mozos ciertamente y los quiero bien, pero, señor, en siete años, después de habernos sacado de aquel feo tonel, hemos crecido. Y como los vi así, con el pantalón tan corto y con las mangas de la blusa que les llegaban al codo apenas, me resultaron tan cómicos que... señor... ¡no, nunca, ya comprende usted, ni con Adolfo ni con Guillermo!...

Dicho eso, Valentina hizo una graciosa reverencia y se retiró arremangándose con coquetería, porque precisamente, había estrenado, para ir a ver al obispo, su primera pollera larga.

Los dos rivales, unidos en la misma desesperación, se arrojaron a los pies de San Nicolás y suplicaron al carnicero que pusiese fin a su miserable existencia; querían a todo trance volver al tonel del adobo.

Esta aventura mostró a San Nicolás la debilidad e inferioridad de los hombres, y por haberle parecido que éstos

EL GIN BOOTH'S

NO TIENE RIVAL
EN EL MUNDO



Unico agente para las Repúblicas
Argentina, Uruguay y Paraguay:

FEDERICO PEREA

Calle LIMA 1672, Bs. Aires

U. T. 616, B. Orden—Coop. T. 220, Sud

Agente en ROSARIO:

Ignacio Granados y Cía.

Maipú 845

necesitaban más protección que las niñas y que hasta necesitaban ser protegidos contra las niñas, se convirtió exclusivamente en protector de los muchachos.

INFORMACIONES ÚTILES



La actriz (rectando).—Todo debe terminar; pero ¿dónde podría encontrar a estas horas un veneno?
Una voz.—En el bar del teatro, señorita.

La canicie

Aunque hay muchas personas que envejecen precozmente, el envejecimiento es casi siempre consecuencia del avance de la edad.

La mudanza del color de los cabellos es generalmente gradual e imperceptible.

El problema del envejecimiento repentino ha sido en todos los tiempos muy discutido, y todavía hay quien duda la posibilidad de tal fenómeno. Sin embargo, los conocidísimos casos históricos de Enrique IV y de María Antonieta son innegables.

La literatura médica ofrece multitud de ejemplos de canicie repentina, y es muy reciente el de una señora que, inesperada y totalmente arruinada por la quiebra de su banquero, envejeció en unas cuantas horas y en otras tantas perdió todos sus cabellos. Es sabido que algunas enfermedades, el prolongado trabajo mental o las emociones angustiosas apresuran el proceso del envejecimiento.

La canicie ha sido atribuida al defecto de pigmento y a la presencia de pequeños bulbos aéreos en la substancia capilar. Lo cierto es que, cualquiera que sea el pigmento que contengan, el color de los cabellos depende de la cantidad de los tubos de aire. Y esto explica la posibilidad del envejecimiento repentino.

Sólo en raras ocasiones se ha observado que los cabellos recuperan su color primitivo.

Se recuerda el caso de un hombre que, en el curso de treinta años, vio cambiar tres veces el color de su pelo y de su barba, que se convirtieron de negros en blancos y de blancos en negros. Este es, entre los fenómenos del mismo género, quizá el más curioso de cuantos se registran en la historia de la Medicina.

El barco más grande del mundo

El gigantesco barco "Bismarck", alemán en otro tiempo, y ahora rebautizado con el nombre de "Majestic", es el más grande del mundo y el tercero, en el orden del tiempo, de los tres navíos colosales que fueron botados por la Compañía Hamburgo-América: el "Imperator", ahora "Berengaria" de la Cunard Line (52.000 toneladas), el "Vaterland", ahora "Leviathan" (54.000 toneladas) del Shipping Board of United States, y el "Bismarck" (56.000 toneladas) ahora "Majestic", que pertenece al gobierno británico.

El nombre del barco más grande del mundo fué elegido por el kaiser mismo, con objeto de conmemorar el centenario del nacimiento del gran estadista que debía celebrarse en el año siguiente, es decir, en el año en que el barco debía zarpar para su primer viaje trasatlántico. Pero poco más de una semana después de ser botada la nave, los diarios dieron la noticia de que el Archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria y su esposa morganática la duquesa de Hohenburgo, habían sido asesinados durante su visita oficial a Sarajevo, la capital de Bosnia. Esa tragedia y los acontecimientos mundiales que le sucedieron, explican porqué el "Bismarck" no hizo su primer viaje en 1915, y porqué zarpó con el nombre de "Majestic" en mayo de 1922.

El kaiser prometió, una vez ganada la guerra, lanzar el "Bismarck" como emblema de la supremacía alemana en los mares, y a menudo daba órdenes para que se le tuviera preparado, pero cuando fué estipulado el armisticio se hallaba en las mismas condiciones que cuando fué botado, y el tratado de paz impuso a Alemania la obligación de terminarlo y entregarlo a la Comisión de Reparaciones, que lo vendió a Gran Bretaña por sólo un millón de libras esterlinas. Vale por lo menos cuatro, si es permitido fijar precio a esa nave única, y que lo será por mucho tiempo, pues dado el costo de los materiales y la mano de obra será difícil, si no imposible, construir otra igual.

El "Majestic" tiene un largo de 959 pies, (un pie, como se sabe, equivale a 305 milímetros). Mide, pues, 200 pies, más que el infortunado "Lusitania" y el "Mauretania" y 74 pies más que la nave más grande que, después de él, posee el Imperio Británico, el "Olympic". Es una vez y media más grande que el famoso "Queen Elizabeth" y supera por 146 pies al buque de guerra más grande del mundo, el "Hood".

Es instructivo recordar que después del fracaso del "Great Eastern" construido en el Támesis hace unos setenta años, y de un largo de 640 pies, se creyó que era arquitectónicamente imposible construir una nave de semejante longitud. Predominó esta idea durante más de cuarenta años, hasta que la Compañía Cunard construyó en 1893 el "Lucania" y el "Campania" que superaban a los famosos 600 pies.

Al comparar el "Majestic" con algunos de sus predecesores, nos sorprende la rapidez de los progresos realizados. Es veintidós veces y tres cuartos más largo que el "Cometa" el primer barco a vapor botado en Gran Bretaña por los astilleros de John Wood, en el puerto de Glasgow, el año 1812, y su tonelaje es 2.000 veces mayor. El "Majestic" es ocho veces más grande que el "Sirius" con el que se inició en 1837 los viajes a vapor a través del Atlántico. El "Sirius" costó 27.000 libras ester-

linas. No se sabe cuánto costó el "Bismarck" a Alemania. Por último, es interesante recordar que su tonelaje equivale al de las 123 naves de la célebre armada española, sumadas todas ellas.

Todas las dimensiones del "Majestic" son gigantescas. Basta decir que podría cargar la población entera de una ciudad pequeña, con todos sus bagages, alimentos y demás artículos indispensables para un viaje de un lado a otro del Atlántico. Tiene una capacidad equivalente a la de 800 departamentos de 4 habitaciones cada uno. Puede transportar 5200 personas, es decir, 4100 pasajeros y 1100 hombres de tripulación. Dispone de alojamiento para 1000 pasajeros de primera clase, 700 de segunda y 2400 de tercera.

"El Majestic" tiene un ancho de 100 pies justos. Sus turbinas pesan, cada una 375 toneladas; son cuatro y, en conjunto, desarrollan una fuerza que oscila entre 62.000 y 64.000 caballos. Sus hélices dan 170 vueltas por minuto, que le imprime una velocidad de cerca de 23 nudos por hora.

Los salones del "Majestic" son amplios y muy altos, cosa esta última rara en la arquitectura naval. El gran salón comedor mide 117 pies de largo. El baño pompeyano abarca un área de 820 pies cuadrados, una profundidad de 9 pies y contiene 130 toneladas de agua marina caliente, que se puede introducir en 25 minutos;

sus principios fundamentales son ley, no sólo para los hombres de todas las razas y de todos los pueblos, sino hasta para los animales. Claro está que sería un poco atrevido asegurar que un gato, por ejemplo, cree en Dios, o que una liebre se abstiene de tomar su nombre en vano; pero de los siete últimos mandamientos, o sea de aquellos que indican los deberes para con el prójimo, puede asegurarse que los animales los cumplen, y que tan pronto como tratan de evadirlos, reciben el merecido castigo.

Honran padre y madre

Todo animal, durante su juventud, está obligado a respetar y obedecer a sus padres, so pena de sufrir las consecuencias de su pecado.

Una gallina que divisa al gavián en los aires, llama a sus pollitos para que se refugien bajo sus alas; las tiernas avecinillas no saben todavía lo que es el peligro, pero oyen el llamamiento de su madre y acuden a él; si alguna desobedece, al punto será víctima de la rapaz. Otras veces, la madre llama a sus crías hacia un sitio donde abunda la comida: el pequeñuelo que desobedece no comerá tan bien como los demás, no crecerá tan robusto y será, por ende, más fácil para las enfermedades o los peligros.

Los medios de que las madres o los padres irracionales se valen para dar a entender a sus hijos que hay peligro o que les conviene ir aquí o allá, son variadísimos; pero en todas las especies la obediencia a los mayores es cuestión de interés vital, y la desobediencia supone, para el que en ella incurre, algún perjuicio.

CASA EDITORIAL FRANCO IBERO AMERICANA

222, Boulevard Saint-Germain — PARIS

ACABA DE PUBLICARSE

EL PRESIDENTE ALVEAR

POR

RICARDO H. ARAMBURU

Un tomo en 8° de 208 páginas, en rustica.

con un magnífico retrato del Presidente

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

está adornado con magníficos mármoles y mosaicos.

Dispone de un café sobre cubierta, circundado de cristales y adornado con numerosas plantas y enredaderas, de suerte que es una especie de jardín. Posee también un jardín de invierno y un invernáculo en el que se conservan las plantas finas que transportan los pasajeros. Es de admirar un salón de juego para niños, provisto de toda clase de juguetes y en las paredes presentan artísticas ilustraciones de las fábulas más conocidas. Existe un salón cinematográfico, un salón de baile y una sala para jugar a la baraja.

No faltan tampoco los ascensores, para transportarse de los pisos bajos a la cubierta, así como una instalación telefónica y radiotelegráfica perfecta. Cada camarote posee ventilador. Empleados, de facción en distintas partes del barco, proporcionan a los pasajeros indicaciones para guiarse dentro de esa ciudad flotante.

Los animales y los mandamientos

Muchas veces se ha dicho que los mandamientos de la Ley de Dios son el código más conforme con la naturaleza. La mejor prueba de ello es que

No asesinan a sus semejantes

El quinto mandamiento, que condena la muerte violenta de un ser de la misma especie, acaso es más fielmente observado entre los animales que entre los hombres.

Una serpiente de cascabel recién nacida muere al instante a cualquier otro animal que se le ponga delante, pero nunca a otra serpiente de cascabel.

Los animales salvajes, los machos sobre todo, riñen con frecuencia entre sí por la jefatura de la manada; pero el duelo es siempre a primera sangre; tan pronto como el más débil cae al suelo o se confiesa vencido, el vencedor se da por satisfecho. Cuando pelean dos gatos, el que sale ganando no pretende más que hacer huir al otro; si se tratase de un animal de diferente especie, no pararía hasta matarlo.

El explorador Nanyo cuenta que nada es más difícil que inducir a un perro esquimal, aunque esté muriéndose de hambre a comer carne de otro perro, y un lobo no toca jamás un cepo cebado con carne de lobo. Sin embargo, en caso de mucha necesidad puede darse el canibalismo en ciertos animales; pero en los mismos casos, el hombre no obraría probablemente de otra manera.

El sexto mandamiento

Tal vez el sexto mandamiento parezca el menos apropiado para ser

La IODHYRINE del Dr. DESCHAMP

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

ADELGAZAR

SIN PERJUDICAR LA SALUD

Combate la gordura excesiva, reduce las caderas y vientre. Adelgaza el tallo.

No deja arrugas

Es el MAS SERIO de los específicos contra la

OBESIDAD

Autorizada por el Dto. de Higiene. Todas las Farmacias, \$ 7.50 la caja. Concesionario: M. León. SAN MARTIN 450

cumplido por animales, y sin embargo, como si los vicios fuesen producto exclusivo de la civilización, los animales salvajes podrían dar a muchos humanos, ejemplos de moralidad.

Solamente las especies más débiles y más sujetas a enfermedades, como los ratones, viven en una desordenada promiscuidad, las demás podrán practicar la poligamia, como los ciervos, o la monogamia, como los leones, pero siempre observan fidelidad conyugal, cuando menos hasta tanto que uno de los cónyuges muere o envejece demasiado.

Hay especies, como los gansos silvestres y esos loritos llamados inseparables, en los que, cuando muere un individuo, su pareja permanece siempre fiel a su memoria.

No robarás

Los irracionales tienen también idea de la propiedad, y parecen conocer que una fuerza suprema prohíbe atentar contra ella.

Cuando las ardillas buscan nueces o piñones para su provisión de invierno, tan pronto como una coge un fruto, se lo pone unos instantes en la boca y luego lo guarda en su almacén, segura de que las demás lo reconocerán como su propiedad y se guardarán muy bien de tocarlo.

Muchos animales, entre ellos el hurón y la comadreja, poseen glándulas que segregan un olor que indudablemente sirve como signo de propiedad; otros, como los osos, frotan su cuerpo contra los árboles próximos a su guarida, para dar a entender a los demás que aquel sitio tiene dueño.

En las islas del mar de Behring, los zorros azules tienen el terreno repartido entre sí; cada familia ocupa un territorio limitado, y ni sale de él, ni consiente la entrada a otros zorros.

El naturalista Thompson Seton, que ha estudiado detenidamente las leyes de los animales, nos explica como entienden los perros esquimales el séptimo mandamiento. Habiendo echado un hueso a uno de ellos, éste, no teniendo hambre, lo escondió en un matorral, y puso allí su sello a estilo de perro, alzando la pata. A poco, vino otro perro mucho más fuerte, olió el tesoro escondido y fué a sacarlo; pero al momento se presentó el primero y se puso en guardia, enseñando los dientes. El intruso, que de una dentellada pudo haber destruido al otro, se retiró sin embargo con el rabo entre piernas, como si comprendiese que no estaba la razón de su parte.

La mentira

Los ingleses, cuando cazan zorros a caballo, emplean una casta de perros que no ladran hasta que dan con la pista del animal perseguido. Sucede a veces que un perro joven o inexperto, creyendo estar sobre la pista, se pone a ladrar; el resto de la jauría acude en seguida, pero en cuanto descubre el error abandona al autor de la torpeza, y desde aquel momento no vuelve a hacerle caso. El embustero puede volver a ladrar cuanto quiera; aunque dé con la verdadera pista, sus compañeros desconfían de él, y como el pastor de la fábula, no vuelve a encontrar quien le crea.

Colaboración espontánea

La muerte de la abuelita

Para "Fray Mocho".

Los nietos se han despertado, mas, al empujar la puerta donde siempre han encontrado a la abuelita despierta...

En la puerta se han parado y han dado su ¡chits! de alerta, aunque no han imaginado que la abuelita está muerta.

—La abuelita se ha dormido— exclaman,—no hagamos ruido para que no se despierte.

Y mientras los padres Moran, juegan los niños, que ignoran de los sueños de la muerte.

Alfredo MOZZI.

El supremo tesoro

Para "Fray Mocho".

Tratabas de hallar oro en la montaña y rompías la tierra sin cesar, solamente pensabas en hallar el metal en aquella dura entraña.

Ansiabas poseer algún tesoro que te diera la plena independencia y la felicidad, que en tu demencia creías que se hallaba con el oro.

Hallaste aquel metal tan codiciado y fuiste un gran señor acaudalado; mucho oro, pero ninguna palma,

es claro... caballero Don Dinero, el único tesoro valioso es el que nos prodiga nuestra alma...

Luis Beltrán CASSAGNE.

Jugar con fuego

Le plus sot animal a mon avis c'est l'homme.

Boileau.

Entre los muchachos, que hace algunos años seguían los cursos secundarios del colegio nacional... había un joven llamado José Cruz Andrade. Era un chico de buena familia, hermoso como el amante de Safo, simpático como Julio César, y vestía siempre con arreglo al último figurín. Tenía apenas 20 años, poseía un corazón impresionable y una imaginación de fuego. Para él el mundo no era otra cosa que un vergel sembrado por todas partes de bellas y fragantes flores.

Uno de esos hermosos días de primavera, en que el sol resplandece como la felicidad, en que el cielo brilla como el placer, en que por doquiera se respira vida, perfume, poesía, José se encontró con su dulce María. María, esas cinco letras arrancadas al alfabeto, y que componen el nombre más dulce, más poético, más hermoso de los hijos del Evangelio formaba su nombre. Sus labios perfectamente delineados poseían el rojo tinte de la amapola, siempre se veían entreabiertos por una sonrisa, que revelaba el candor de su alma. Azules, como el cielo, eran sus ojos, y rubios, como el oro del Potosí, sus cabellos. Su rostro ovalado ostentaba la majestad de una conciencia tranquila. Su nariz era de una perfección completa. Su estatura, como la de Esther, la esposa de Asuero, su cintura, esbelta y

flexible, como la palmera; en fin, era un hermoso ejemplar de la mujer porteña. Sus cualidades morales igualaban sus perfecciones físicas, pues era estudiosa, sencilla, modesta. Contaba, en esa época, diez y siete primaveras, dichosa edad de las ilusiones, de los sueños color de rosa, de las esperanzas en perspectiva. Edad en que el corazón comienza a decirnos que vive, que late dentro de nosotros, que comprende, que siente y que ha llegado la hora de ser comprendido, de hacer sentir otro corazón. Edad en que la mujer suele ver los objetos a través de un prisma encantador. Edad en que todo sonríe, en que todo respira amor y poesía. ¡Oh, dichosa juventud, primavera de la vida como te denominaba Bernardino de Saint Pierre, halagadora ilusión del alma, seductora mentira del

María suspiró. Sus bellos ojos se fijaron con cierto temor en el joven y con trémula y dulce voz, respondió: Sí, José, lo he comprendido; sin embargo yo no lo a... ¡Oh! dulce amor mío, continuó el joven, interrumpiéndola; cuando se ama como yo te adoro, no hay imposibles. El amor vence las mayores dificultades, porque el amor, dulce perfume del alma, lo facilita y embellece todo. ¿Qué es la vida cuando no se puede satisfacer las exigencias del corazón? Un martirio infinito, un padecer eterno. Yo te amo María, te amo como no creía que se pudiera amar. No amarte me sería tan imposible como le hubiera sido al Tasso no pensar en Eleonor, o a Rafael olvidar a la Fornarina. María, continuó el joven apasionadamente, después de una ligera, la duda que me atormenta el corazón, es mil veces peor que la muerte. Yo quiero oír de esos bellos labios, que me amas o que no puedes amarme; María necesito un sí o un no. Si lo primero para arrojarme a tus pies y si lo segundo... entonces... ¡oh, entonces!

—¿Para qué?—preguntó la niña con curiosidad. —Para qué, es un secreto espantoso, que no puedo, que no me atrevo a revelar.

—¿Es algo...

—Que sí, ¿verdad amor mío?

—Que no,—replicó la joven con una estrepitosa carenciada.

—¡Oh!—exclamó José llevándose las manos a la cabeza y dando algunos pasos por la habitación, murmuró algunas palabras incoherentes. A poco rato se sentó, quedó tranquilo, como si hubiese hecho un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo a María:—¿Querrá usted mandar que me den un vaso de agua?—A los dos minutos lo tenía en sus manos. Sacó un papel del bolsillo de su saco, echó en el vaso unos polvos blancos y se bebió el agua. María comenzó a temblar, encontrando en esta operación tan sencilla, una cosa extraña que no se explicaba. ¿Qué sería el contenido del papel? ¿Dios mío, qué sería?

José dijo con una calma espantosa:

—He perdido el color, María? ¿Me pongo livido?

—Sí, sí... yo creo que sí...—dijo la niña temblando.

—No, no es tiempo, no ha podido producir su efecto.

—¿Su efecto! ¿Qué, José por Dios? ¿Qué tiene usted? ¿Qué es lo que usted ha tomado?

—Lo quiere usted saber?

—Sí.

—¡Pues es... un veneno!

María lanzó un grito y en un instante se halló reunida toda la familia, la casa era una confusión. Unos traían aceite, otros agua caliente, otros llamaban a gritos al médico, al vigilante, a los vecinos, José se resistía a beber, pero dos criados le sujetaron, le abrieron la boca y le embaucaron en el cuerpo varios litros de aceite y agua caliente próxima a hervir. José se moría, se moría de cólera, se moría de agua, de aceite, qué se yo... se moría. Entre tanto el médico no llegaba y el agua y el aceite continuaban entrando, como si el pobre José fuese un depósito de Palermo. Llegó, por fin, el médico, le pone sanguijuelas, sinapismos, cántaridas, ventosas, la mar de cosas. El veneno es muy activo, dice el médico y no lo vamos a neutralizar, si no le damos más agua y más aceite. José hace entonces un esfuerzo heroico y logra por fin desasirse de las manos de los criados. Conoce que va a morir si aquella situación dura un cuarto hora más. ¡Silencio! grita con desesperación, señores, por Dios, no es veneno lo que he tomado!...

—Pues ¿qué es?—dicen todos a la vez.

—Azúcar,—contesta él.

Una carenciada general estalla en la sala, el médico toma el sombrero, María se esconde avergonzada, y José derribando criados y sillas salva de un salto la escalera y pies para que os quiero.

"Y si lector dijeres ser cuento, como me lo contaron te lo cuento."

I. Elisa CLAVEL.

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO



—¿Y? ¿reconoce a su pueblo natal? —¡Oh, sí! Todo como en el tiempo en que me fui de aquí: nada está en su lugar.

pensamiento, tu eres una virgen cuyas sonrisas nos fascinan y subyugan, pero desapareces para no volver nunca, como el canto del pajarito en el espacio! El amor, ese soplo santo y misterioso que engrandece y poetiza el alma de la mujer, aún dormía en su corazón virgen y puro. José C. Andrade se enamoró de ese hermoso trozo de paraíso. Condiscípulo y amigo de un hermano de la niña, obtuvo pronto acceso a la casa de la joven, donde era recibido fraternalmente. A las guiñadas de ojos, a los suspiros melancólicos, a las miradas a lo carnero desgollado, que José le dirigía, María contestaba con una sonrisa. No era coqueta, pero, como a todas las muchachas, le gustaba hacer una conquista sin compromiso. El cautivar a un muchacho simpático tiene muchos atractivos para una niña. La felicidad consiste en tan poca cosa a veces, que el pobre estudiante se creía amado. Una tarde se le presentó la ocasión de encontrarse solo con María y la aprovechó para hacerle su declaración. Sentóse, pues, a su lado, y sin preámbulos le dijo: Para que ocultarle por más tiempo lo que mis ojos le han dicho infinitas veces. Cuando se ama como yo, por primera vez, con un amor firme, vehemente, es inútil disimular. Las pupilas revelan los sentimientos del alma. ¿No es verdad, María, que usted sabe que yo la amo con todo el corazón?

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Semestre. . . 4.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	Año. . . 8.00
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo \$ 12.—	3.70
" " " chico.	" " " 8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande.	" " " 9.—	2.—
" " " chico.	" " " 6.—	1.50



FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



"En la estancia San Juan". — Negativo de la Sociedad Fotográfica Argentina.



*Para aclarar, suavizar y embellecer
el cutis femenino, no hay nada
que supere al*

Powder Graseoso **LEICHNER**

Precio en la capital federal: \$ 1.50 la caja

MENDEL y Cía.

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo: calle Cerrito, 673

